



TORMENTA DE VIENTO Y CENIZA

YOLANDA
REVUELTA



YOLANDA
REVUELTA

LOS SUEÑOS SE CUMPLEN
SI NO LOS ABANDONAS

TORMENTA DE VIENTO Y CENIZA

YOLANDA REVUELTA

TORMENTA DE VIENTO Y CORAJE

Copyright © 2024 YOLANDA REVUELTA

Corrección: @romanticascorreccion

Portadas: Carla Ruiz

Maquetación: Valerie Miller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición: Mayo 2024

Sello: Independently published

“Hay lugares hermosos
fuera de nuestra comodidad”.

Anónimo.

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CORAZÓN Y CORAJE

HIELO Y CORAJE

ORGULLO Y CORAJE

YOLANDA REVUELTA

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

CHICAGO NEWS

MONDAY, DECEMBER 19

CITY NEWS

CHICAGONEWS.COM

ARQUITECTURA: Nueva obra del arquitecto Jeff Harrison en honor a su nueva vida con su esposa, Zoe Harrison.

HISTORIA: Reveladores estudios del profesor Marc O'Brien sobre la cultura celta.

TRAGEDIA EN LAS ALTURAS DE LA MODA

En un giro desgarrador de los acontecimientos, un incendio catastrófico ha sacudido los cimientos de la industria de la moda en Chicago. En la madrugada de hoy, las llamas rugieron en el cielo nocturno, consumiendo un almacén de ropa de una figura pública de renombre, cuya identidad ha dejado atónitos a los observadores de la alta sociedad.

El edificio, ubicado en uno de los barrios más elegantes de Chicago, albergaba un tesoro de moda exclusiva, una colección única que alguna vez adornó las pasarelas más glamurosas del mundo. Sin embargo, en cuestión de horas, ese oasis de estilo se transformó en un espectáculo dantesco de destrucción y desolación.

Los servicios de emergencia acudieron rápidamente a la escena, pero la ferocidad del incendio presentó un desafío formidable. Las llamas, avivadas por los vientos nocturnos, devoraron el edificio con voracidad, envolviendo en su abrazo ardiente las preciosas telas y diseños que alguna vez fueron el orgullo del propietario.

La tragedia que envuelve el incendio en el almacén Harding ha tomado un giro aún más sombrío con el descubrimiento de un cadáver entre los escombros calcinados.



El incendio del edificio Harding, esta madrugada

En medio de los esfuerzos de búsqueda y rescate, los equipos de emergencia hicieron el desgarrador hallazgo, agregando una capa adicional de dolor y conmoción a una situación ya devastadora.

Las autoridades han confirmado que el cuerpo encontrado en el lugar del incendio corresponde a un individuo aún no identificado. Se especula con la posibilidad de que esta persona estuviera presente en el almacén en el momento del siniestro, aunque aún se desconoce su papel exacto en el evento y las circunstancias que rodearon su presencia en el lugar.

PRÓLOGO

Hacer fuego se convirtió en una necesidad imperiosa. Recorriendo los pasillos del almacén, se detuvo frente a la última y exitosa colección de zapatos de Selma Harding. Una lástima, porque en cuestión de minutos se convertirían en pasto de las llamas.

La venganza era un plato que se servía frío y aunque en este caso, el fuego sería quien hiciera los honores y, tras muchos meses de espera, el momento había llegado.

Respiró profundamente, consciente de que la destrucción y el declive de la mujer que había heredado todo un imperio estaban al alcance de su mano. Sabía exactamente qué debía hacer, este no era su primer incendio y, por supuesto, no sería el último. Cargó con un par de latas de gasolina y empapó paredes, suelos y la absurda decoración navideña, una artimaña para seducir a los clientes con una felicidad efímera. Eso era algo que nunca lograría comprender.

¿Cómo podían ser algunos humanos tan imbéciles?!

La sociedad estaba enviciada por el consumismo y la apariencia ante sus semejantes, un desequilibrio flagrante. Selma Harding era culpable de su desgracia y lo pagaría caro.

Prosiguió su camino, dejando un rastro de gasolina a su paso. Ahogar los zapatos, bolsos o pañuelos de seda en combustible era una satisfacción demasiado grande para ignorarla. El simple olor lo excitaba. Era pura ambrosía.

Pronto, el fuego cobraría vida, se extendería y las llamas devorarían cada rincón de aquel maldito almacén. El distintivo aroma del catalizador le enfervorizaba de una manera casi incontrolable. Subió al siguiente piso y repitió la misma operación, trabajando en absoluto silencio, mientras observaba la cámara de seguridad, que había desactivado hacía escasos minutos. Acceder al programa y encontrar las teclas adecuadas había sido un juego de niños.

Selma Harding debía invertir más presupuesto en la vigilancia de sus almacenes si no quería que hubiera más “accidentes”. Solo pensar en ella aumentaba su excitación a niveles inimaginables.

Sí, esa zorra iba a pagar un precio muy alto por lo que había hecho. Él se aseguraría de que así fuera.

El inútil de Paxton dormía profundamente en el cuarto de vigilancia. Echar somnífero a su café había sido una idea innovadora, la culminación de un trabajo perfecto. Esperaba, por su propio bien, que se despertara pronto y pudiera escapar antes de que las llamas profanaran aquel templo de la moda. Si no, sería un daño colateral más.

Con un suspiro, acercó la cabeza de la cerilla a la pared de la cajetilla, haciendo fricción hasta encenderla. La pequeña llama marcó el inicio de una emoción indescriptible. ¿Cómo algo tan diminuto podría devorar aquel almacén en cuestión de minutos? En el fondo, no le importaba la respuesta; por eso dejó caer la cerilla al suelo, y un reguero de llamas, de un rojo intenso, se abrió paso, cobrando cada vez más fuerza.

Sonrió satisfecho. Por fin había llegado el día.

Se alejó sin prisa por una de las puertas de emergencia, sabiendo que no podía quedarse a contemplar su obra de arte. Cuando la noche fría lo envolvió, miró sobre su hombro. La sombra del fuego se avivó mientras el denso humo ascendía, ocupando cada rincón del maldito almacén. Pronto, los cristales estallarían por el calor, rugiendo mientras el fuego buscaba una salida con desesperación, devorando todo a su paso. La satisfacción no se hizo esperar. No quedaría nada del edificio emblemático, ese era el plan inicial y estaba a punto de convertirse en realidad.

Lamentaba no poder contemplar el rostro desencajado de Selma Harding, tendría que bastarle con imaginarlo. Sí, debía conformarse. Quizás la próxima vez...

Con esa idea en la mente y sobreexcitado por la sorpresa que se iban a encontrar tras apagar el incendio, su corazón latió a una velocidad vertiginosa contra su pecho. Aumentó la zancada, consciente de que los bomberos y la policía no tardarían en llegar.

CAPÍTULO 1

Selma abrió el frigorífico y alcanzó la botella de leche, sorprendida al descubrir que eran solo las dos de la madrugada. Suspiró, agotada. Con un movimiento automático vertió la leche en una taza y la introdujo en el microondas.

Estaba segura que la colección de primavera sería un éxito. Había dedicado más tiempo a esta colección que a ninguna otra, quizás porque quería que su padre se sintiera orgulloso y, sobre todo, para evitar que la sombra de su hermano se cerniera sobre ella. Nada había sido igual desde la muerte de Adam.

¡Cómo lo extrañaba! Su corazón se le encogió de dolor al pensar en él y las lágrimas empezaron a acumularse en sus ojos. Con gesto exasperado miró hacia el techo de la cocina y suspiró, pero fue inútil. La culpa la atravesó como el filo de un cuchillo.

Debería haberle impedido pilotar aquella maldita avioneta. Sin embargo, todas las disculpas se evaporaron como por arte de magia. La doctora Bailey, su psicóloga, se lo había repetido hasta la saciedad, nada de lo ocurrido era su responsabilidad. Adam tomó una decisión, y esa decisión tuvo consecuencias devastadoras. Y eso era todo, poco más que añadir.

«Poco más que añadir». Eso no bastaba. No, no era suficiente, al menos para ella.

Se frotó la sien allá donde comenzaba a fraguarse un incipiente dolor de cabeza. El argumento de la doctora Bailey no era del todo válido en su opinión. Ella era Selma Harding, una mujer controladora que siempre sopesaba meticulosamente los pros y los contras antes de dar un paso. Debería haber comprobado las condiciones meteorológicas cuando Adam la llamó para decirle que se dirigía al aeropuerto. Tenía una reunión muy importante en San Francisco a la que no podía faltar, pero nunca llegó.

Infló las mejillas y exhaló el aire con fuerza.

Dios, iba a ser una noche muy larga.

El pitido del microondas la sobresaltó, y entonces volvió a la realidad. Sus padres estaban destrozados por el dolor y la ausencia de un hijo que nunca regresaría. Mientras tanto, ella, para evitar enfrentarse a la culpa, había asumido el control de las galerías Harding.

Con un cansado suspiro agarró la taza por el asa. Fue en ese instante cuando su móvil vibró sobre la encimera. Se inclinó para leer el nombre en la pantalla, pero solo apareció un número extremadamente largo. Antes de que pudiera reaccionar, el asa resbaló entre sus dedos. La taza se estrelló contra el suelo, rompiéndose en decenas de pedazos, a escasos centímetros de sus pies.

La leche caliente empapó su pantalón de seda.

—¡Maldita sea! Lo que me faltaba.

Esbozó una mueca molesta al abrir un cajón, procurando no cortarse y agarró un paño. Secó la prenda lo mejor que pudo mientras su móvil no paraba de vibrar contra el frío mármol. Lo atrapó y descolgó, mientras ponía el altavoz.

—¡Vaya desastre! —murmuró al ver lo que había quedado de la taza.

—¿Selma Harding?

La desconocida voz la puso en alerta al instante.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre? —preguntó, nerviosa.

Escuchó a través de la línea los gritos de algunos hombres, las sirenas y el ajetreo que

caracterizaban a una tragedia. El conjunto le heló la sangre de las venas. A su mente volvió una llamada muy parecida a esa, seis meses antes, cuando Adam se estrelló con la avioneta. El corazón se le encogió de tal manera que dejó de respirar unos segundos.

El hombre en cuestión se identificó como capitán de la policía.

—Siento comunicarle que su almacén está siendo pasto de las llamas.

Selma intentó mantener la calma sin éxito alguno. Dio un paso atrás y un trozo de afilada porcelana del suelo se le clavó en la planta del pie. Levantó la pierna y estuvo a punto de perder el equilibrio; y así habría sido de no haberse aferrado al borde de la encimera con los dedos. La sangre se mezcló rápidamente con la leche esparcida por las baldosas.

Cerró los ojos e intentó no emitir ningún sonido ante aquel desastre.

—¿Hay heridos? —preguntó a duras penas, temblando.

—El guardia de seguridad ha inhalado bastante humo.

Selma pensó en Paxton, que trabajaba en la empresa desde hacía al menos veinticinco años.

—¿Es grave?

—No. Está consciente.

—¡Gracias a Dios! —Suspiró, agradecida—. Voy para allá.

Hunter McKay abrió la puerta de su coche y no se dejó intimidar por las llamas. Los bomberos estaban realizando una gran labor extinguiendo el incendio. Aún quedaba mucho por hacer, pero al parecer lo peor ya había pasado.

Ya tenían controlado al monstruo.

Y él estaba a punto de entrar en acción.

—McKay —le saludó el jefe de bomberos con una afectuosa palmada en la espalda al llegar a su altura.

—Parece que os estáis divirtiendo.

—Más de la cuenta, te lo aseguro. Hacía tiempo que no veía un incendio así.

—¿Están todos los hombres bien?

—De momento sí. Estoy en contacto con ellos. —Dio un par de toques a la radio, que llevaba muy cerca del hombro izquierdo.

Hunter se alegró de oír aquello.

—¿Qué puedes contarme?

—No tengo muchos detalles. Como puedes ver, estamos intentando que el techo no caiga.

Hunter observó con atención el área señalada por el jefe de bomberos. La estabilidad del techo, sin duda, salvaría vidas. Los hombres luchaban contra las amenazantes llamas, mientras de las mangueras el agua fluía a borbotones por las ventanas de la última planta y las grietas abiertas por el incendio en el tejado. Se abrochó la chaqueta negra ignífuga con la mirada fija en la escalera del camión de bomberos. Los chicos estaban haciendo un trabajo increíble y se alegraba por ello. Él había estado en su pellejo cientos de veces y sabía lo desafiante que era enfrentarse a un infierno de esa magnitud.

Acto seguido, abrió al maletero y de allí sacó unas botas de goma. Alzó la mirada y descubrió las luces de Navidad de la calle vecina que, contra todo pronóstico, seguían encendidas. Después de todo estaban en Chicago, y allí todo era posible.

Colocó las botas en el suelo empapado de agua y cenizas y se las calzó. Agradeció que

no hubiera espectadores ni prensa, aunque sabía que la noticia estaría en primera plana al día siguiente.

—¿Algún sospechoso? —preguntó Hunter.

—Nadie aún, que yo sepa —respondió el jefe de bomberos.

—¿Algún herido?

—El guardia de seguridad, pero está fuera de peligro.

Hunter observó la ambulancia con las luces aún encendidas. En la parte trasera se encontraba un hombre afroamericano, sentado y cabizbajo, con la mascarilla de oxígeno cubriéndole buena parte del rostro. Conocía bien la horrible sensación del humo en los pulmones y esa asfixia inminente.

Volvió la mirada al edificio, las llamas lo devoraban con un afán descontrolado.

—¿A quién pertenece este almacén?

—A los Harding.

Hunter silbó con fuerza.

—No les va a hacer gracia todo este despliegue. —Se colocó sobre la cabeza un casco viejo y abollado que había sido su compañero inseparable durante los últimos diez años.

—Estoy seguro de que no —dijo el jefe de bomberos, sin apartar los ojos del edificio.

La llegada de un coche de alta gama llamó la atención de ambos hombres. Hunter vio salir a una mujer; a pesar de la oscuridad de la noche, notó su expresión contrita. Bajo el abrigo, descubrió que estaba en pijama. No le extrañó en absoluto, al fin y al cabo, eran las dos y media de la madrugada.

—¿La conoces?

—No, y no creo que vaya a hacerlo. Estoy felizmente casado.

Hunter sonrió y le palmeó el hombro al jefe de bomberos.

—Y que siga así.

En ese momento, voces abruptas y cansadas se escucharon por la radio del jefe de bomberos.

—Mi gente me necesita. Nos vemos, Hunter —se despidió a toda prisa.

Hunter asintió. Él había estado en la piel de esos hombres años atrás y sabía muy bien lo que se sentía al estar en un edificio en llamas, era como estar dentro de un horno sin escapatoria. La sensación de asfixia era indescriptible, pero al mismo tiempo, la adrenalina te pedía más riesgo.

Solo esperaba que no hubiera heridos; no sería la primera vez que encontraban algún que otro cuerpo calcinado en la escena después de sofocar un incendio. Volvió la cabeza y ella seguía ahí, inmóvil, envuelta en su costoso abrigo de diseño, sin apartar la mirada del edificio en llamas.

Decidió acercarse, el modelo del coche le dio una pista de quién podría ser. Cuando llegó a su altura, ella se sobresaltó.

—¿Conoce este almacén?

Ella contuvo un gemido. Era una noche fría; tanto los dedos de las manos como los de los pies estaban rígidos y helados.

—Sí. Todos mis sueños estaban ahí dentro.

—¿Es la propietaria?

—Así es.

Hunter observó a la mujer, incluso vestida de esa forma, resumaba sofisticación.

—¿Sabe dónde está Paxton?

—¿Quién es Paxton? —quiso saber Hunter.

—El guardia de seguridad.

Hunter señaló la ambulancia.

Ella tomó una respiración profunda y después dejó salir todo el aire cuando vio al hombre asentar al enfermero.

—Está bien, gracias a Dios.

Se encogió a causa del frío, mientras una nube de vaho salía de su boca. Se frotó las manos una contra la otra, pero no logró calentarse lo suficiente. Diciembre en Chicago podía ser traicionero, especialmente a esas intempestivas horas de la madrugada.

Hunter no supo qué pensar al ver a la maltrecha mujer arrebujada en su abrigo, pero distinguió claramente su pijama, lo que de algún modo le divirtió. Era una prenda de noche de raso, sugerente a su parecer. El pantalón tenía una mancha a la altura de la rodilla.

—Veo que ha salido precipitadamente de casa.

Ella lo miró algo confusa.

—¿Cómo dice?

Hunter señaló su pijama.

Ella se fijó en que era un hombre alto, con una barba descuidada de varios días. Se le podía considerar atractivo y, bajo aquella chaqueta desgastada por el uso y el paso del tiempo, se vislumbraban hombros anchos y fuertes. Su voz era grave y varonil, en sintonía con su físico. Era moreno y, gracias a las luces de su coche, distinguió unos ojos azules deslumbrantes, que cortaban la respiración. Su mandíbula fuerte, una boca diseñada para ser besada y una sonrisa excesivamente sensual le advertían que debía andarse con pies de plomo.

—No he tenido tiempo de cambiarme —dijo sin más.

La respuesta sorprendió y divirtió a Hunter al mismo tiempo.

—Mi nombre es Hunter McKay y soy inspector de incendios provocados.

Selma se volvió tan rápido que su melena flotó en el aire. Hunter tuvo que reconocer que era toda una belleza. De estatura media, pelo castaño, ojos felinos, color jade y aunque no podía distinguirlo por la oscuridad de la noche, podría jurar que de piel tostada. Se fijó en sus pómulos marcados y femeninos.

—¿Ha dicho que es inspector de incendios provocados? —inquirió Selma con asombro.

—Eso he dicho, sí —respondió Hunter, pacientemente.

—¿Cree que el fuego ha sido provocado?

—Aún no lo sé con certeza, pero estoy aquí para averiguarlo.

Selma sintió que le faltaba el aire, no a causa del denso humo que salía de su almacén.

—¿Y usted es...?

Ella levantó la cabeza como un resorte, entrecerró los ojos y observó al hombre de gesto austero. Se le veía seguro de sí mismo, algo engreído para su gusto, y notó algo en su expresión que la inquietó.

—Selma Harding, como le mencioné antes, soy la propietaria del edificio.

—Déjeme decirle algo, Selma Harding —recalcó su nombre con un excesivo énfasis—. No me gustaría estar en su pellejo ahora mismo.

Ella, entre sorprendida y humillada, le sostuvo la mirada con furia. Era evidente que el inspector McKay no tenía pelos en la lengua.

—Dígame, ¿dónde vive?

—840 N Lake Shore Drive 1802.

Hunter apenas la escuchó entre los gritos de los hombres y el rugido de las mangueras.

Selma repitió su dirección y la mirada circunspecta del inspector le dio a entender que no

parecía asombrado. Le vio garabatear algo en una libreta que sacó del bolsillo trasero de su pantalón.

A Hunter no le extrañó en absoluto que la señorita Harding viviese en una de las zonas más exclusivas de Chicago. Seguramente, su comfortable piso podría alcanzar más de un millón y medio de dólares en el mercado inmobiliario.

—Su número de teléfono, por favor.

Ella lo recitó de memoria.

—¿Debo suponer que estaba en su...? —Él esperó pacientemente a que ella terminase por él la pregunta.

—Ático.

—De acuerdo, ático. ¿Ha salido en algún momento de su vivienda?

Ella se puso rígida al escuchar la pregunta.

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente, inspector?

—La pregunta no es complicada, señorita... señora...

—Señorita Harding. —Selma estuvo a punto de romperse una muela de tanto que apretó la mandíbula—. ¿Me está preguntando si yo provoqué el incendio?

—Es una pregunta sencilla, así que límitese a responder, por favor.

—¡¿Qué clase de mujer cree que soy?! —exclamó fuera de sí, señalando hacia la ambulancia—. Ha estado a punto de morir un hombre.

Hunter disimuló una sonrisa. Los ojos de ella no eran para nada calmados, eran muy expresivos. Si alguien le hubiera pedido que describiese esa mirada, habría dicho que era como una llamarada.

—Está bien. —Hunter añadió otra nota a su libreta—. Debería regresar a su ático y dejarnos hacer nuestro trabajo.

Ella ignoró el tono sarcástico de su comentario y sus ojos se volvieron hacia el resplandor de las llamaradas. El fuego se había propagado por todo el edificio y lo devoraba como un monstruo hambriento, convirtiéndolo en una masa ardiente e incontrolable. Las llamas, de un rojo intenso, salían por las ventanas, creando un contraste brutal con el cielo nocturno. El humo, espeso y negro, se elevaba en espirales, ocultando las estrellas y arrebatando la calma de la noche. El calor era asfixiante, y el olor a quemado impregnaba el aire. Los bomberos, con ayuda de sus mangueras y esfuerzo incansable, luchaban por sofocar aquella antorcha gigante, pero ella sabía que era demasiado tarde. Todo su mundo estaba ahí, convertido en cenizas, al igual que su colección nupcial de la próxima temporada.

—Necesito saber quién ha hecho esto, inspector.

Hunter levantó la mirada de la libreta y la observó con detenimiento, sin duda parecía abatida. Pero él nunca se dejaba llevar por una primera impresión.

—Soy bueno en mi trabajo, señorita Harding. —Se acercó al coche de la mujer y le abrió la puerta—. Aquí ya no puede hacer nada. Debería irse y dejar trabajar a los bomberos.

Ella lo miró conmovida, pero no obedeció. Le dio la espalda y se encaminó hacia la ambulancia.

A Hunter le sorprendió verla cojear del pie izquierdo y al mismo tiempo, que se preocupase por un empleado. La vio hablar con el guardia de seguridad y, aunque no podía escuchar la conversación, intuyó por la expresión del hombre, que ella empleaba palabras amables y tranquilizadoras.

Cuando regresó a él, el semblante de ella cambió.

—¿Qué le ha ocurrido en el pie? —preguntó Hunter.

Selma bajó la mirada y se fijó en sus deportivas. Lo primero que había encontrado a mano, al coger su abrigo.

—Me he cortado con una taza.

Él arqueó ambas cejas.

—¿Nadie le ha dicho que es peligroso andar descalza?

Ella le buscó con la mirada y observó cómo en el rostro del inspector se dibujaba una sonrisa de complacencia.

—¿Eso me convierte en sospechosa? —preguntó, exasperada.

—No lo descarto.

Ella sopesó la respuesta y lo miró con indiferencia.

—¿Le han comentado en alguna ocasión que es usted un hombre insensible?

—Demasiadas veces para llevar la cuenta —fue la respuesta de él.

Ella ahogó una exclamación. Aún no lo conocía y ya lo odiaba.

—Me pondré en contacto con usted en los próximos días.

—Lo estoy deseando.

A él no le pasó por alto su tono sarcástico.

—Una cosa más...

—Usted dirá, parece tener siempre la última palabra.

Él no hizo caso al comentario mordaz.

—No es nada personal, créame. Un consejo: debería ponerse en contacto con su seguro lo antes posible.

Con un último vistazo al edificio en llamas y los ojos acuosos, se sentó en el asiento del conductor. Estranguló el volante con los dedos antes de dirigirse de nuevo al inspector.

—No me gusta jugar sucio, señor McKay. Creo que debería saberlo. —Cerró de un portazo, aceleró y se alejó como había llegado, con el estómago en un puño.

Hunter observó cómo las luces traseras del coche desaparecían de su campo de visión.

—A mí tampoco, señorita Harding —murmuró, sabiendo de que ella ya no podía escucharle.

Oyó que alguien lo llamaba. Guardó su bloc de notas de nuevo en el bolsillo trasero de su pantalón y se encaminó hacia el desastre, observando el edificio ruinoso y sintiendo un atisbo de alivio al ver que el monstruo estaba perdiendo la batalla.

CAPÍTULO 2

Al salir del ascensor, Selma se percató de que todas las miradas se posaban en ella mientras avanzaba camino a su despacho. Estaba claro que la noticia del incendio había corrido como la pólvora.

«Buena comparación» pensó, a la vez que sus pasos se alargaban sobre sus tacones de aguja. Después de todo, la herida de la planta del pie no resultó ser profunda. Nada que no pudiera arreglarse con un antiséptico y una tirita.

Había regresado cerca de las cuatro de la madrugada y no se le ocurrió volver a meterse en la cama. Estaba demasiado enfadada como para conciliar el sueño. El inspector McKay era el tipo más impresentable que había conocido a lo largo de su vida. No había mostrado empatía ni disposición para colaborar en ningún momento, todo lo contrario.

Ni siquiera una larga ducha de agua caliente había disipado su frustración. Las pérdidas eran más que cuantiosas. Se trataba de mucho más que de dinero, había malgastado tiempo e ilusión. En definitiva, un proyecto que tardaría más de la cuenta en ver la luz.

Llegar a su despacho y tomar las riendas de la situación se convirtió en una necesidad. Ese día se había decantado por un vestido gris de punto, sencillo pero cautivador, con cuello alto. Sentirse cómoda era esencial.

Al llegar a la mesa de su asistente, se detuvo:

—Frank, llama al departamento financiero y dile a Gerard Morley que quiero hablar con él lo antes posible. —Estaba claro que el incendio iba a ser noticia de primera plana en las portadas, en papel y digital, de los principales periódicos y televisiones de todo el país—. Localiza también a Ginny y dile que se ponga en contacto conmigo inmediatamente.

—De acuerdo, Selma.

—Bien. —Selma se dirigió a su despacho, pero se detuvo para dirigirse de nuevo a Frank. Se quitó el abrigo, lo dobló y lo colgó de su brazo—. También necesito que llames a la compañía de seguros, tengo que hablar de nuevo con ellos. Y no aceptes ningún pretexto.

Su asistente arrugó el entrecejo en un gesto pesaroso.

—Selma, respecto a lo del incendio...

Ella inspiró hondo.

—Lo sé, Frank. Pero vamos a salir de esta —respondió con una vaga sonrisa—. Hemos superado crisis peores.

—Eso es cierto —comentó su asistente, haciendo referencia a la muerte de Adam.

Frank era un modelo de discreción. Si algo sabía hacer como nadie era guardar un secreto. Le contrató nada más entrevistarle, recién salido de la universidad. Vio algo en él que no le hizo dudar ni un solo instante. En fin, Frank le gustaba y eso bastaba.

Hasta ese día, y ya habían transcurrido dos años, no se había arrepentido de su decisión. Había llegado a sus oídos que mantenía una relación con Peter, el segundo de a bordo de recursos humanos, pero ella no le había dado importancia. Cuando Frank estuviese preparado, él se lo comunicaría. Después de todo, las relaciones entre trabajadores eran consentidas. Su padre jamás lo había permitido, pero ella no pensaba igual, las prohibiciones solo generaban problemas y secretos a largo plazo.

Además, ¿quién era ella para prohibir el amor?

—Dios, Selma, es horrible. No sabes cuánto lo siento.

La voz de Frank la sacó de su ensimismamiento.

—Yo también, Frank. Es una sensación demoledora y demasiado frustrante como para ignorarla.

Sus ojos color café, tras los cristales de las gafas, parecían más grandes de lo que eran. Frank era alto y delgado, como una espiga de trigo. Vestía un traje azul con corbata naranja sobre una camisa blanca, un aspecto clásico y refinado que le iba como anillo al dedo. Ese día llevaba el pelo revuelto, como si hubiera pasado la mano por él repetidas veces.

—Ponte a ello y pásame las llamadas. Es urgente.

—Por supuesto. Dame diez minutos.

Selma sabía que, en menos de siete minutos, sonaría el teléfono de su mesa.

—Gracias, Frank.

Se desplomó en el sillón al entrar en su despacho. La noche había sido una pesadilla y el día no se presentaba mejor. Pensó en el almacén, en la colección nupcial y también en la de primavera y verano que estaban allí guardadas. Estaba segura de que no quedaría nada más que cenizas. La sola idea la hizo hundirse más en su asiento.

Había tenido la intención de volver al almacén para entender todo aquel caos, pero en el último momento lo pensó mejor. Encontrarse con el arisco y desconsiderado Hunter McKay no estaba en sus planes. Esperaría el informe del inspector antes de tomar decisiones.

—Selma, Gerard Morley en la línea uno.

Antes de descolgar el teléfono, miró su reloj. No habían pasado diez minutos, ni siquiera siete como había pensado inicialmente. Frank había tardado solo cinco en pasarle la llamada. Definitivamente, era el mejor.

Hunter estaba exhausto. Se había pasado la noche buscando pruebas en el ruinoso edificio, ahora pasto de las llamas. El fuego había devorado las paredes, dejando un desolador panorama. El almacén era un amasijo de hierros retorcidos, escombros humeantes y telas chamuscadas. El fuego había arrasado con todo lo que había dentro, dejando solo un recuerdo de lo que una vez seguramente fue un lugar lleno de vida y color. Los zapatos eran solo restos de cuero, plástico y goma, irreconocibles e inservibles. Los vestidos de novia, que antes deslumbrarían con sus encajes, bordados y perlas, ahora eran solo harapos grises, negros y rojos, manchados de hollín. El sueño de muchas mujeres para su gran día había quedado reducido a cenizas. Pensó en su ex mujer, pero intentó apartar el recuerdo de su mente. No podía permitirse distraerse ni cometer errores.

El edificio de tres plantas, con suelos de madera tenía escaleras interiores que se comunicaban entre sí con pequeñas ventanas y escasa ventilación. La primera planta, donde él se encontraba en ese momento, era el almacén donde se guardaba la colección de la nueva temporada, según le había comentado la señorita Harding. Y estaba claro, porque a su alrededor había perchas deformadas por la exposición al fuego y que supuso que antes colgarían de una barra metálica, que bien podía ser de un soporte o vestidor. Con la mirada puesta en los restos del incendio descubrió varias decenas de tarros de cristal ennegrecidos por el humo.

Se paseó por la ceniza sucia mojada, cartón húmedo y alambres retorcidos, con la mirada puesta en los restos del incendio. Aún quedaban rescoldos de humo que los bomberos se afanaban por sofocar, para evitar que se avivaran de nuevo las llamas. El olor a quemado era insoportable, y el silencio solo se rompía por el crujir de las vigas y el gotear del agua.

Utilizando una navaja, raspó un residuo en el suelo que le llamó la atención. El olor le

hizo fruncir el ceño. Su experiencia le confirmó sus sospechas: era gasolina.

Examinó el rastro de destrucción dejado por el incendio. El fuego se había propagado hábilmente, infiltrándose en rincones inesperados. Había una clara evidencia de que el incendio fue provocado. Alguien odiaba, y mucho, a Selma Harding.

La idea de comunicárselo no le resultó para nada atractiva. Había subestimado a esa mujer. Incluso en pijama, era imponente y poderosa, y eso le atraía y asustaba a partes iguales. Parecía conseguir siempre lo que se proponía, lo cual era inquietante.

Era un problema serio que debía tener presente. Porque hacía mucho tiempo que una mujer no le impactaba de ese modo.

—McKay, ¿dónde estás?

Hunter escuchó la voz apremiante del jefe de bomberos en la distancia.

—Aquí —gritó Hunter.

—Acércate. Tienes que ver esto.

Se levantó en cuclillas, aún con la vista fija en un vestido de novia medio calcinado. Se dirigió hacia la planta superior, donde el jefe señalaba un punto específico en el suelo. Lo escuchó maldecir en voz alta y luego dar una orden a sus hombres.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando llegó a su altura.

Su superior señaló un punto específico en el suelo.

—¿Qué demonios...? —Hunter no pudo terminar la frase.

—Tenemos un problema aún mayor, ¿no te parece? —escuchó decir al jefe de bomberos a su espalda.

Dos horas más tarde, estacionaba frente a su casa. La noche había sido larga, y el día prometía ser más agotador. Aún tenía que terminar el informe preliminar y entregarlo. La idea de pasar horas frente a la pantalla de un ordenador aporreando el teclado ya lo desanimaba. Se pasó la mano por el cuello tenso y agarrotado, y sopesó las consecuencias del último descubrimiento en el almacén. Selma Harding tenía un serio problema.

De camino a su coche, había realizado una búsqueda rápida en internet. Lo que descubrió le hizo sentirse insignificante en comparación. La señorita Harding tenía una fortuna impresionante. Tras la muerte de su único hermano, su padre se había retirado, dejando la empresa en sus manos, y al parecer, le estaba yendo bastante bien.

Algunos titulares revelaban que Selma Harding estaba llevando el mundo de la moda a otra dimensión. Causaba sensación en Chicago y su espectacular colección nupcial estaba lista para conquistar también el mercado internacional.

—Colección nupcial —musitó para sí Hunter, irónicamente—. ¿Quién demonios querría casarse?

Comprobó la hora en su móvil. Más cansado de lo que suponía, frunció el ceño al darse cuenta de que llegaba justo a tiempo. Aún con suerte, podría preparar el desayuno a Mark y llevarlo al colegio.

Ser padre soltero estaba resultando más duro de lo que había imaginado seis años atrás, cuando Larissa le pidió el divorcio y después, sin dar explicaciones, desapareció de sus vidas para siempre.

Salió del coche y se enfrentó al frío viento matutino. Se apresuró hacia la casa que había comprado poco después de casarse. Había deseado formar una familia con Larissa, y por un tiempo, lo había logrado. Sin embargo, las cosas no habían salido según lo planeado, aunque

tener a Mark con él era el mejor regalo.

Pensando en regalos, se pasó la mano, con pesar, por la cara. Aún no había comprado los de Mark y la Navidad estaba a la vuelta de la esquina.

Mientras caminaba hacia el jardín, la señora Crane salió a su encuentro, envuelta en una manta de lana que probablemente había tejido ella misma.

—Hola, Hunter.

—Buenos días, Alice. ¿Qué tal se ha portado Mark?

—Es un niño encantador —comentó la amable mujer—. Solo se despertó un par de veces.

Hunter suspiró, preocupado. A sus ocho años, Mark padecía terrores nocturnos; algo que a él le inquietaba, y mucho. Según los especialistas, era algo normal a la edad de Mark y no debía preocuparse en exceso.

—Te agradezco que hayas cuidado de él.

—Ya sabes que, para Tom y para mí, Mark es como una bendición de Dios.

Hunter se fijó en Alice. Aunque no sabía su edad exacta, calculaba que debía rondar los setenta años. Su cabello, grisáceo y corto la favorecía, resaltando el color de sus ojos, un azul apagado por el paso del tiempo. Pequeños y profundos surcos recorrían su rostro, marcando el transcurso de la vida. De complexión media y siempre con una bonita y sincera sonrisa en los labios, era su mejor aliada.

Los Crane eran sus vecinos desde hacía diez años, habían conocido a Larissa y habían sido testigos de aquellos turbulentos meses de su matrimonio. Alice había sido quien se había ocupado de Mark cuando Larissa tenía sus arrebatos de ansias de libertad y se largaba sin más, dejando al niño solo en casa. Según ella, ser madre le quedaba demasiado grande.

Habían sido muchos meses de negación por parte de él. Lo intentó todo, incluso acudieron a un consejero matrimonial en busca de ayuda. Pero fue en vano. Con el tiempo, descubrió que Larissa quería abandonarlos casi desde el momento en que supo que estaba embarazada. Solo Dios sabía cómo aguantó tanto.

—Ya he visto las noticias en la televisión. Ha debido ser una noche agotadora.

La imagen de Selma regresó a Hunter a una velocidad pasmosa.

—Más bien complicada, diría yo.

Alice asintió, no muy satisfecha con la respuesta, pero sabiendo que Hunter era reservado y poco dado a ofrecer explicaciones sobre su trabajo.

—Mark está en la cocina y te está esperando.

—Gracias, Alice. Hace frío, deberías entrar en casa. No me gustaría que te resfriaras.

La mujer hizo un aspaviento con la mano.

—No te imaginas lo que puede hacer un zumo de pomelo y naranja por las mañanas. Mis defensas están mejor que las de una joven, te lo aseguro.

Hunter asintió, divertido.

—Me alegra saberlo.

A punto de traspasar el umbral de la puerta, Alice lo llamó.

—Está disgustado. Quiere comentarte algo.

—¿Alguna pista?

La mujer sonrió.

—Será mejor que te lo cuente él. Ahora voy a ver qué hace Tom. —Desvió la mirada hacia la ventana de su desván—. Espero que esté ganando la batalla a las luces de Navidad.

Fue el turno de Hunter para sonreír.

—Después de llevar a Mark al colegio me pasaré por vuestra casa y ayudaré a Tom a instalar las luces de la fachada —se ofreció, olvidando por un momento el informe que tenía que escribir.

—Deberías dormir, tienes que estar agotado.

—Dormir está sobrevalorado. Dile a Tom que irá enseguida.

—Te lo agradezco. —Apretó cariñosamente el antebrazo de Hunter—. Eres un buen hombre.

«Pero al parecer, no el mejor», pensó Hunter, apesadumbrado.

—Gracias por el cumplido, Alice. Será mejor que entres en casa antes de que cojas un resfriado.

—De acuerdo —claudicó la mujer—. Siempre tan atento.

Hunter respiró hondo y no permitió que el cansancio le venciera. Mark era lo más importante que tenía y así seguiría siendo hasta su último aliento.

—¿Quieres más, campeón?

Mark negó con la cabeza.

¡Se parecía tanto a Larissa! Tenía su misma sonrisa, sus ojos color miel, grandes y expresivos, y algunos gestos que le recordaban demasiado a su exmujer. De él había heredado su constitución y la mata de pelo oscuro como el carbón. Mark era un niño alto para su edad y poseía una mente ágil. Cada día se sentía más orgulloso de él.

Hunter dejó la sartén en la fregadera, abrió el grifo y la enjabonó. A continuación, la secó con un paño. Posó la mirada en Mark y suspiró. Conocía muy bien a su hijo y sabía que había algo que le preocupaba, así que dejó la sartén a un lado y cruzó las piernas a la altura de los tobillos, a la vez que ajustaba las manos al borde de la encimera.

—¿Me vas a contar lo que ocurre? —preguntó en un tono amigable.

El niño levantó los hombros para luego dejarlos caer. Suspiró de forma melodramática, miró detenidamente su plato de huevos revueltos, pensativo, y acto seguido arañó la porcelana con el tenedor.

Hunter entrecerró los ojos, como si con ese gesto pudiera aislarse de aquel ruido tan estridente.

—Mark, ¿qué sucede?

Su hijo lo miró con expresión de preocupación.

—En el cole van a hacer un concurso de galletas de Navidad.

Hunter arqueó ambas cejas, sorprendido. Él no veía el problema por ninguna parte.

—¿Y qué te preocupa?

El niño se volvió a encoger de hombros con exasperada indiferencia.

—Mark... —instó—. Vamos dime.

El niño puso los ojos en blanco antes de volver a fijar la mirada en su padre.

—Todos mis amigos van a hornear galletas de Navidad con sus madres.

Hunter se frotó la cara con las manos antes de enterrar los dedos en el pelo. Suspiró hondo. Odiaba con todo su ser esas jornadas de puertas abiertas de padres e hijos.

—Puedo ir yo, si quieres.

Mark dejó caer el tenedor sobre el borde del plato y el impacto metálico contra la porcelana no se hizo esperar.

—¡No es lo mismo! —exclamó, disgustado—. Además, ¡tú no sabes hacer galletas!

El hecho de que su hijo estuviera pasando por tal situación hizo que se le retorcieran las entrañas. ¿De quién había sido la magnífica idea de proponer un concurso de galletas navideñas entre madres e hijos? Por el amor de Dios, vivían en una sociedad donde muchos hogares eran monoparentales.

—¿Has pensado en la señora Crane? —preguntó Hunter, esperanzado—. Si se lo pidieses, quizá podría ir. —Mark levantó la cabeza de golpe y Hunter descubrió que no era la respuesta que él esperaba—. Lo siento, hijo, pero poco más puedo hacer al respecto.

El niño, furioso, se levantó de su silla y lo taladró con la mirada.

—¡Todo esto es una mierda!

Hunter lo observó con una mezcla de sorpresa y enfado. Mark no solía comportarse así.

—¡Cuida ese lenguaje! —le ordenó.

—¡Todo es un asco! —protestó Mark, enfadado.

Hunter se armó de paciencia.

—Te lo he explicado en más de una ocasión. —Intentó controlar su enojo mientras maldecía a Larissa para sus adentros—. Tu madre tuvo que irse.

—¡¿A dónde?! —exclamó el niño fuera de sí.

De acuerdo, la situación se le estaba yendo de las manos, porque Mark jamás le había preguntado algo así. Él dudó unos segundos, lo que dio ventaja a Mark.

—Mamá no me quería, ¿verdad? ¿Por eso se fue?

—Claro que no —respondió Hunter, acercándose raudo hacia su hijo con la única intención de poder aplacar su ira.

—Entonces, ¿por qué no está aquí, con nosotros?

Hunter clavó una rodilla en el suelo mientras sus manos se aferraban a los brazos del niño. Lo miró directamente a los ojos.

—Es complicado, Mark —respondió, sin saber muy bien cómo gestionar la situación. Era la primera vez que ocurría algo así, y tenía la impresión de que no sería la última—. Pero no es culpa tuya, ¿de acuerdo?

Supo que fue una respuesta errónea cuando su hijo, con un movimiento brusco, se zafó de él.

—¡Mientes! ¡Todo el mundo miente! —gritó, mientras salía de la cocina como alma que llevaba el diablo.

El corazón de Hunter latía tan fuerte que sintió que podía darle un infarto allí en ese mismo instante. Se incorporó y, tensando la postura, maldijo por enésima vez a Larissa.

Ahí mismo tenía la prueba de que Mark estaba creciendo y estaba seguro de que a partir de ese momento las preguntas se volverían más incómodas. Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz con los dedos. Respiró hondo, pero no le sirvió de nada.

Estaba claro que el día se complicaba por momentos.

CAPÍTULO 3

Los ojos de Selma volaron hacia la ventana; el cielo plomizo y amenazante, presagiaba lluvia. Tuvo que tomar aire y hacer un verdadero esfuerzo para concentrarse en la diatriba de Gerard Morley, jefe del departamento financiero. Como esperaba, las noticias eran devastadoras.

—Estamos hablando de millones de dólares en pérdidas, Selma. Si la compañía de seguros no se hace cargo e indemniza a la empresa, la situación no va a ser nada agradable.

Selma se negaba a creerlo.

—¿Estás seguro?

Gerard se inclinó hacia la mesa y apuntó con el índice el informe que Selma tenía delante de los ojos.

—Los números hablan por sí solos.

Selma suspiró, resignada. Gerard tenía razón, estaban en un serio aprieto.

—La crisis económica mundial de los últimos meses es mucho peor de lo que imaginas.

Selma sabía que Gerard tenía razón, no obstante, necesitaba ser optimista y no dejarse llevar por el desánimo.

—El seguro se hará cargo, ya lo verás. —La mirada de Gerard reflejaba prudencia—. He hablado con ellos y volveré a hacerlo en unos minutos. Lo solucionaré.

Aunque sintió su vacilación, Gerard no insistió en el tema financiero, algo que sorprendió a Selma.

—¿Qué sabemos de la causa del incendio?

—Todavía nada. El inspector McKay está en ello. Sin embargo, no fue muy optimista al respecto.

—¿Podría haber sido provocado?

—Es muy posible. —Selma observó a Gerard detenidamente. Era inteligente, atractivo y meticuloso en su trabajo, lo que atraía las miradas de todas las mujeres del departamento cuando pasaba entre las mesas. A pesar de aparentar tenerlo todo, ella sabía que no era así—. El hecho de que el inspector estuviera allí anoche da que pensar.

—Puede ser parte del protocolo de incendios —dijo Gerard, alisándose la corbata de seda con la palma de la mano.

Era una posibilidad, pero Selma estaba segura de que McKay tenía razones justificadas para estar allí.

—Hablaré con él hoy. Supongo que podré leer el informe muy pronto.

—Me parece bien. —Gerard carraspeó, nervioso—. Te invito a cenar para seguir discutiendo el tema. La junta está inquieta, necesitan detalles.

Selma se recostó en el sillón y lo miró.

—Lo nuestro es pasado, Gerard. Es mejor dejar las cosas como están, ¿no crees? —Una sombra de estupor cruzó por la mirada del hombre, pero ella la ignoró deliberadamente—. Respecto a la Junta, no te preocupes. Yo me encargo.

—¿Estás segura?

Ella lo miró unos segundos sin decir nada.

—Sí, Gerard, hablaré con la junta y les explicaré la situación en cuanto tenga el informe en mis manos.

—Lo que me da a entender que tú tienes siempre la última palabra —comentó el asesor

financiero con fingida calma.

—Gerard... —comenzó a decir ella.

La expresión del hombre permaneció inmutable. Levantó una mano, deteniendo lo que Selma estaba a punto de decir.

—Está bien, como tú quieras. Pero opino que no todo en la vida es trabajo. —Se levantó, abrochándose el botón de la americana—. Lo nuestro estuvo bien mientras duró, y podría haber sido aún más increíble si tú hubieras querido darle algo de entusiasmo a nuestra relación. Ya sabes dónde encontrarme si necesitas más información financiera.

Selma no se sintió decepcionada.

—Es mejor así.

Gerard, que estaba a punto de salir del despacho, se giró.

—Algún día conocerás a un hombre y te enamorarás perdidamente de él. —Ignoró la expresión de desconcierto de Selma—. Y entonces no sabrás qué hacer con ese amor. Así comprenderás cómo me siento yo en este momento.

Sin darle oportunidad de réplica, Gerard se marchó.

Selma pensó seriamente en las palabras que acababa de escuchar. A su manera, era feliz, estaba casada con su trabajo y, por el momento, eso era suficiente. Pensó en Adam y a duras penas pudo esquivar el dolor.

¡Lo echaba tanto de menos!

Soltó un suspiro y revivió imágenes de la madrugada: las llamas devorando el edificio, el ajetreo de bomberos y policías, y la mirada imperturbable del inspector McKay. Ese último pensamiento la hizo entrecerrar los ojos.

—Un dólar por tus pensamientos.

Selma salió de su estupor y se encontró con Ginny, su amiga y responsable de relaciones públicas de la empresa.

—No creo que mis pensamientos valgan ni un solo dólar.

—Entonces vamos mal. —Ginny se dejó caer en la silla que había ocupado Gerard minutos antes—. Frank me ha llamado. ¿Cómo te encuentras?

—Agotada, sin fuerzas.

—Te llamé anoche, en cuanto me enteré del incendio. Pero no respondiste a ninguna de mis llamadas.

—Lo siento. Fue una noche dura.

—Me lo imagino.

—Perdimos toda la colección —dijo derrotada. Las imágenes del incendio de la noche anterior llegaron a ella de forma muy nítida.

—¿Un café?

Selma negó con la cabeza.

—Por mis venas corre cafeína en vez de sangre. Ya he perdido la cuenta de los cafés que he tomado.

Ginny se levantó y se dirigió resuelta a la cafetera. Eligió una cápsula, la introdujo en la máquina y apretó el botón.

—He pasado esta mañana por el almacén y reconozco que da escalofríos ver el daño que ha ocasionado el fuego, todas esas vigas retorcidas por las llamas y esos cristales ennegrecidos y rotos dan que pensar. ¿Por qué no me llamaste?

—¿Qué habría cambiado? —Selma apoyó la barbilla en su mano, fijando la mirada en el café.

Ginny se esforzó por no parecer ofendida.

—Soy tu amiga, Selma. Y las amigas están para lo bueno y para lo malo. Además, trabajo como relaciones públicas de esta empresa. Habría estado bien enterarme por ti de lo que estaba sucediendo y no por las noticias. —Se llevó la taza humeante a los labios y dio un pequeño sorbo.

—Lo siento, tienes razón. Te pido disculpas.

Ginny necesitó creerla.

—Estoy lidiando con la prensa y no me lo están poniendo fácil. ¿Hay alguien con quien pueda hablar del caso?

—Sí que lo hay. El inspector de incendios provocados, Hunter McKay.

Ginny estudió a su amiga antes de dar otro sorbo de café.

—¿Es impresión mía o acabas de vomitar su nombre?

Selma soltó un largo y sonoro suspiro. Observó a la mujer que tenía ante sí. Esa mañana llevaba un precioso vestido *midi* en crepé de viscosa en tono amarillo, y como complemento una *blazer* negra y botas altas que estilizaban su figura. Su cabello rubio, semirrecogido con mechones entrelazados, le daba un aspecto favorecedor y elegante.

—Es un tipo arrogante —dijo sin más—, que piensa más en su trabajo que en las personas.

—Entonces tenéis algo en común.

—Eso no ha tenido gracia —dijo Selma, entrecerrando los ojos.

Ginny medio sonrió.

—De acuerdo. Bueno, al menos yo lo definiría como un profesional. —Ginny dejó la taza cerca de la cafetera y caminó hasta Selma. Parpadeó, sorprendida. Rebobinó mentalmente la conversación—. Disculpa, ¿has dicho «inspector de incendios provocados»?

—Sí, así es. Aunque todavía no hay un informe preliminar, o al menos eso creo.

Ginny asintió, distraída.

—Comprendo. —Selma tenía un aspecto frágil y parecía estar agotada. Tenía muchas razones para estar preocupada por su amiga—. ¿Por qué no vuelves a casa y te das un baño de espuma relajante? Yo hablaré con ese tal McKay.

—Estoy bien —mintió—. Y seré yo quien hable con él. Quiero conocer todos los detalles. Necesito saber si fue un accidente o, por el contrario, fue un incendio provocado.

—Selma, no hace falta que te diga que, si ha sido provocado...

—Lo sé.

Se levantó despacio de su sillón y fue hacia la ventana. Como de costumbre, se quedó hipnotizada por el paisaje urbano que se extendía ante sus ojos. Desde su despacho, en el piso cuarenta de un rascacielos de cristal y acero, podía contemplar la avenida Michigan, una de las arterias principales de Chicago. La avenida estaba llena de vida, con un ir y venir constante de coches, autobuses, taxis y bicicletas. A ambos lados de la calle, se alzaban majestuosos edificios de diferentes estilos y épocas, desde el neoclásico al moderno, pasando por el gótico y el art déco. Algunos de ellos eran verdaderas obras de arte, como el Wrigley Building, el Tribune Tower o el John Hancock Center. Otros eran iconos de la cultura y el ocio, como el Museo de Arte Contemporáneo, el Teatro Chicago o el Water Tower Place. Entre los edificios, se abrían espacios verdes, como el Millennium Park, el Grant Park o el Jardín de las Esculturas. Y más allá, se divisaba el lago Michigan, de un azul intenso, que contrastaba con el gris del cielo. Era una vista espectacular, que le recordaba el poder, la riqueza y la belleza de la ciudad que la había visto crecer y triunfar.

—Selma...

Se cruzó de brazos y sintió cómo el estómago se le encogía.

—De ser así, estaríamos ante un serio problema. Hablaré con él y le haré saber que necesito el informe ya mismo.

—No creo que las cosas funcionen así, Selma. Todo lleva su proceso.

—Supongo que tienes razón, pero es que están sucediendo demasiados acontecimientos negativos en poco tiempo y no soy capaz de gestionarlos —confesó, esforzándose por no parecer patética.

—Eres humana, Selma. —Ella se giró y observó cómo los ojos de Ginny transmitían lo que parecía ser compasión—. Sé que no estás pasando un buen momento, aunque lo respeto porque es tu elección, pero esconderte del mundo y enterrarte en este despacho bajo cientos de informes financieros y propuestas de moda no es algo que ayude. —Ginny estiró las piernas y escuchó la protesta de su amiga en forma de quejido. Por supuesto, lo ignoró—. Llega un momento en el que una mujer debe enfrentarse a sus miedos.

—No tengo miedo; estoy cansada, eso es todo.

—Claro que sí, Selma. Tienes miedo a perder esta empresa. —Barrió con las manos el aire—. Miedo a defraudar a tu padre, miedo al futuro sin Adam.

No tenía ningún sentido negarlo. Ginny, como de costumbre, tenía razón. La conocía bien.

—Necesito un poco de coherencia, entender lo que está sucediendo. Nada más.

—Trabajaré sin descanso hasta averiguarlo, hablaré con algunos contactos e intentaré dar sentido a la situación lo antes posible.

—Te lo agradezco, Ginny. —Asintió al escuchar esas palabras. Volvió a su sillón y se sentó. Cogió un bolígrafo, que había sobre la mesa, y terminó jugueteando con él en las manos.

—¿Has hablado ya con el seguro?

—Sí, a primera hora de la mañana, pero necesito ponerme en contacto de nuevo; aunque estoy segura de que no se van a pronunciar hasta tener el informe en su poder.

—Sí. Es lo más probable. Y... hay otro tema que te quería comentar.

—Tú dirás. —Selma dejó el bolígrafo sobre la mesa y miró directamente a los ojos a Ginny.

—Acabo de ver a Gerard y no parecía contento.

El dolor punzante del estómago se agudizó, pero logró mantener una expresión serena.

—Retomar la relación, si es que alguna vez hubo una —aclaró— no es buena idea.

—¿Por qué no?

—Tengo demasiados frentes abiertos como para añadir uno más. Lo ocurrido con Gerard es una prueba fehaciente de que debo centrarme en el trabajo y dejar de lado el amor, al menos de momento. —Respiró hondo y luego frunció los labios—. Sé qué crees que estoy loca pensando así, pero es lo que hay.

—Selma, el amor forma parte de la vida. Además, ¿quién habla de amor? Me estoy refiriendo al sexo.

—No es mi caso —puntualizó con énfasis.

Ginny cruzó las piernas y observó con interés a la mujer que tenía ante sí. Selma era una de las mujeres más impresionantes que había conocido, destacaba por su inteligencia y poseía una belleza sin igual que atraía a los hombres como la miel a las abejas. Tenía el cabello castaño, ojos como el jade y una piel aceitunada, herencia de su abuela paterna de origen africano.

—Cuéntame lo sucedido.

—Fue una noche extraña y dura.

—Me lo imagino.

—Era un infierno, Ginny. Perdimos toda la colección. Policías y bomberos iban y venían —recordó el calor que desprendían las devastadoras llamas y la angustia al ver cómo todo lo suyo se desvanecía ante sus ojos—. Ver cómo algo tuyo se destruye... es indescriptible.

—Necesitas descansar.

—Lo que necesito es solucionar esto de una vez por todas.

—Está bien —dijo Ginny, levantándose de la silla—. Veré lo que puedo hacer, pero prométeme que me llamarás en cuanto tengas noticias.

Selma asintió.

—Lo haré. Mantenme informada, por favor. Nos jugamos mucho más que cientos de millones de dólares. *Moon Drews* es algo más que una colección nupcial, es un símbolo para mujeres de todo el mundo.

Selma suspiró, cuestionándose si la realidad era tan romántica como quería hacer creer a otras mujeres. Dejó escapar el aire lentamente y miró a Ginny.

—Estamos en contacto —comentó Selma, convenciéndose de la importancia de confiar más en su círculo cercano. Justo cuando Ginny estaba a punto de salir del despacho, Selma la detuvo—. No permitas que los buitres de la prensa se den un festín.

—No te preocupes, tengo otro tipo de carnaza para ellos.

CAPÍTULO 4

Hunter colocó la última hilera de bombillas en la fachada de los Crane. Ese año Tom había decidido darle a su casa un toque navideño más distinguido que el resto de los hogares de la urbanización, y era evidente que lo había conseguido.

—¿Crees que me he excedido? —preguntó Tom, buscando su aprobación.

Hunter, como de costumbre, decidió ser sincero. Descendió con facilidad por la escalera de mano de madera que reposaba en la fachada. Una vez en el suelo, con los brazos en jarras, observó la decoración navideña durante unos instantes, buscando las palabras adecuadas para no lastimar los sentimientos de su vecino, que admiraba su casa con un orgullo desmesurado.

—Lo que creo, Tom, es que te has propuesto estar en boca de todo el vecindario.

Tom soltó una risotada y palmeó la espalda de Hunter de manera afectuosa.

—Siempre sabes cómo decir las cosas, Hunter. Eso es algo que valoro de ti.

—Espero que no estés intentando ligar conmigo —bromeó Hunter.

El hombre se carcajeó ante la ocurrencia.

—Alice siempre me dice que escondes muy bien tu sentido del humor, y créeme, no se equivoca.

Hunter observó a Tom. A sus setenta y cinco años tenía una vitalidad envidiable. Se le podía describir como un hombre afable y gran sentido del humor. Había sido bombero y excombatiente del último año de la guerra de Vietnam. Sin duda, un superviviente nato. Era un hombre alto y corpulento, aunque el paso del tiempo no perdonaba. A veces, su mirada se perdía en el pasado, pero rápidamente volvía al presente, especialmente a Alice, su esposa.

La imagen de Selma Harding irrumpió sus pensamientos de manera impactante. Necesitaba sacársela de la cabeza cuanto antes, de lo contrario, se volvería loco.

—Alice mencionó que fue una noche dura.

Pues no, parecía que Selma Harding no iba a desaparecer. Se preguntó cómo alguien a quien acababa de conocer podía enredarse tanto en sus pensamientos.

Hunter metió las manos en los bolsillos y cambió el peso de una pierna, mientras contemplaba una hilera de bombillas de diferentes colores que decoraban la barandilla del porche.

—Uno de los peores incendios en los que he estado últimamente —dijo Hunter, ajeno al tumulto de pensamientos dispersos por su mente—. El edificio ardió en pocas horas, como si fuera de cartón. Las paredes apenas resistieron. —Recordó la fachada ennegrecida, el reguero de agua que intentaba refrescar el ladrillo, el suelo cubierto de hollín y cenizas, las prendas y zapatos consumidos por las llamas, los cristales rotos en mil pedazos a causa de las altas temperaturas. Sus pulmones aún estaban doloridos por el aire corrompido por el humo—. La propiedad pertenece a Selma Harding.

Tom sopesó el nombre.

—¿Los grandes almacenes Harding?

—Sí, así es.

Tom silbó con asombro.

Hunter le facilitó la dirección del ruinoso almacén.

—Conozco la zona, y el edificio. —Tom se cruzó de brazos, pensativo—. ¿Cuál es tu primera impresión?

Hunter no tuvo que pensar demasiado en la respuesta.

—Ha sido provocado.

Tom observó a Hunter. La vida no le había tratado bien y él lamentaba que fuera así. Sin embargo, era un gran profesional.

—Lamento que sea así. Un pirómano nunca deja de sorprendernos y aprender al mismo tiempo. Es algo fastidioso e internet no ayuda demasiado.

Hunter no podía estar más de acuerdo con la explicación.

—Hay algo más.

Tom le miró de forma inquisitiva.

—Entre las cenizas y escombros ha aparecido un cadáver.

Tom arqueó ambas cejas, visiblemente sorprendido.

—Vaya, el caso se complica. ¿Lo habéis identificado?

Hunter negó con la cabeza.

—Esperamos que su ficha dental ayude.

—Entiendo. Alice no me ha comentado nada al respecto.

—A la prensa no se le ha dado todavía esa información.

Tom no necesitaba preguntar; su experiencia hablaba por sí sola.

—Lo daréis a conocer en breve.

—Sí, una vez que redacte el informe. —Hunter sacó las manos de los bolsillos y resopló—. Lo que me recuerda que me espera mucho trabajo.

—Tómalo con calma —sugirió Tom.

—No es un mal consejo. —Hunter echó un último vistazo a la casa de sus vecinos—. Por cierto, no sabrás nada al respecto de un concurso de galletas de Navidad, ¿verdad?

Tom sonrió con sarcasmo.

—Alice me ha comentado algo esta mañana —dijo Tom.

—Mark no me habla; está enfadado conmigo, y no le culpo.

Tom guardó un prudente silencio.

—No está enfadado contigo, sino con su madre. Dale tiempo.

—No se le va a pasar así como así.

—Claro que no. —Hunter se estremeció ante la respuesta—. Pero el cariño y el amor lo curan todo, y Mark tiene dosis más que suficientes para salir ileso. Yo que tú no me preocuparía demasiado.

Hunter miró a su vecino y amigo con gesto amable.

—Gracias por estar siempre ahí.

—Bueno, esa es la función de una verdadera familia, después de todo, ¿no?

Casi tres horas después, Hunter se dio por satisfecho. Había redactado un informe exhaustivo y conciso y, probablemente, poco favorable para Selma Harding. Por su bien, esperaba que tuviese un buen seguro que cubriera las innumerables pérdidas materiales.

Cerró la carpeta y sopesó algunas opciones. Dudaba mucho que una mujer como ella incendiara su propio almacén a propósito, pero a lo largo de su carrera profesional había presenciado demasiadas situaciones, como para descartar nada a priori.

El otro asunto era el cadáver hallado entre las cenizas. Estaba seguro de que homicidios ya estaba investigando; conocía bien el departamento. Después de todo, su hermano Donel era teniente. La idea de llamarlo se convirtió en una necesidad, pero decidió no hacerlo. Al fin y al

cabo, no era su historia.

Se pasó la mano por el pelo, sentado en la silla, bajo el rincón de la escalera donde había improvisado su zona de trabajo. No necesitaba mucho: una vieja mesa, un ordenador para escribir informes, leer las noticias o consultar alguna información puntual, una impresora y una cajonera para archivar los documentos menos importantes.

Le gustaba trabajar y reflexionar en soledad. Sabía que era bueno en su trabajo, al igual que sus superiores. Quizás esa fuera la razón por la que no tenía un despacho propio en la central. Trabajar desde casa le facilitaba la vida, como el hecho de educar a su hijo y organizar su tiempo según sus compromisos y obligaciones.

El timbre sonó. Se levantó dispuesto a abrir, asegurándose de la hora. Mark estaba a punto de salir del colegio y quería ser puntual, tenía que hablar con la profesora para aclarar ciertos detalles.

—Galletas de Navidad —murmuró enojado mientras se dirigía a la puerta—. Esa mujer me va a oír.

Cuando abrió, su sorpresa fue mayúscula. Entrecerró los ojos y preguntó, sin demasiada delicadeza:

—¿Qué hace aquí?

—Buenos días también para usted inspector. No es un hombre fácil de encontrar, ¿sabe? —Hunter tensó la postura ante Selma Harding. No había rastro del pijama de la madrugada anterior; esa mañana llevaba un elegante abrigo y tacones altos, que estilizaban unas bonitas piernas enfundadas en unas medias oscuras. El maquillaje escondía cualquier rastro de haber pasado la noche en vela. Ellaladeó la cabeza y su sedoso cabello atrapó la luz—. ¿Puedo pasar?

Negarse no tenía sentido alguno, así que se hizo a un lado. Selma entró en la casa mientras su mirada se entretenía en un perchero donde colgaban abrigos y gorros de lana. Se sorprendió al ver unas pequeñas deportivas junto al zaguán, pero no hizo comentario alguno al respecto.

«Tiene un hijo», pensó, distraída.

El pensamiento en sí la sorprendió. No sabía por qué, pero se imaginaba a Hunter McKay como un hombre soltero, lejos de responsabilidades familiares. Desvió la mirada hacia sus manos, grandes y masculinas; en su dedo anular no había alianza.

La situación se ponía cada vez más interesante.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Preguntando por aquí y por allá —fue la evasiva respuesta de Selma.

Hunter maldijo para sus adentros. Se pellizcó el puente de la nariz, sabiendo que Selma Harding había venido en busca de respuestas.

—Debe tener buenos contactos en las altas esferas. —Ella se limitó a sonreír—. Sabe que existe una ley sobre la protección de datos, ¿verdad? —preguntó Hunter, sin molestarse en ocultar su malestar.

Ella le miró fijamente durante un largo instante en el que ninguno dijo nada. Finalmente, Selma decidió romper el silencio.

—Así es. Pero hay gente que me debe favores y, cuando los necesito, los cobro. Es así de simple, inspector McKay.

Hunter intentó no sentirse demasiado ofendido por la respuesta. Vio cómo se desataba el abrigo, no le sorprendió descubrir debajo de este un elegante vestido gris de punto y cuello alto que estilizaba su figura.

—¿Le apetece un café? —preguntó solo con la intención de ser buen anfitrión.

—No, gracias. Solo he venido por el informe.

—Señorita Harding...

—Puede llamarme Selma —le interrumpió ella—. Me han comentado que además de ser observador, trabaja rápido. También me han asegurado que es un gran profesional.

Hunter soltó una carcajada de lo más amarga.

—¿Puedo preguntar quién le ha dado esa información?

—Se dice el pecado, no el pecador, inspector. A estas alturas ya debería saberlo.

—Entiendo.

—Siéntese, por favor.

Selma se fijó en el salón: era un espacio luminoso, sencillo y al mismo tiempo acogedor. Los tonos marrones y ocre teñían la estancia de calidez en un mes tan frío como diciembre. Algunos juguetes estaban esparcidos en un rincón de la estancia, nada que ver con su lujoso ático en una de las zonas más exclusivas de Chicago o la casa señorial donde vivían sus padres en San Francisco. La casa del inspector rezumaba vida por los cuatro costados. Los cojines estaban arrugados y dispersos por el sofá, las cortinas descorridas dejaban a la vista unos cristales con rastros de la última llovizna. Sobre la mesa de centro había varios cómics, dos de ellos abiertos, mostraban a Spiderman enfrentándose a sus infatigables enemigos: el Doctor Octopus y Duende Verde. La alfombra había conocido tiempos mejores, las manchas adheridas al tejido dejaban entrever que solían cenar viendo televisión. Sí, allí se respiraba vida y por un momento sintió envidia.

Hunter se percató del caos reinante; le había ordenado a Mark que recogiese sus juguetes antes de ir al colegio, pero estaba claro que su hijo, enfadado como estaba, había desobedecido la orden a propósito.

—De haber sabido que venía, habría ordenado la casa.

Ella levantó la cabeza de golpe, su expresión pilló desprevenido a Hunter.

—¿Tiene hijos?

No tenía ningún sentido negarlo, así que optó por ser sincero.

—Uno. Se llama Mark.

La vio asentir tras dedicarle una pequeña sonrisa de disculpa.

—Lo siento, no quería ser entrometida.

Si Selma Harding ya era una mujer bellísima en pijama, vestida y arreglada quitaba el aliento. Estaba seguro de que no iba a olvidar tan fácilmente la imagen de ella en el salón de su casa.

—No lo ha sido, usted ha preguntado y yo me he limitado a responder.

Lo cierto era que Hunter McKay podía ser muchas cosas, entre ellas un gran profesional; sin embargo la simpatía no era su fuerte.

—Necesito respuestas, Hunter.

A él le gustó cómo sonaba su nombre en los labios de ella.

—Señorita Harding...

—Selma, por favor —le corrigió ella.

Él inspiró con fuerza para soltar el aire por la nariz un segundo después.

—De acuerdo, Selma. Presentarse en mi casa sin ser invitada es algo que puedo tolerar.

—Notó cómo ella lo miraba con ciertos tintes de curiosidad—. Pero exigirme que le hable del informe del incendio que ha destruido su almacén es algo bien distinto.

—¿Por qué? —estranguló con los dedos el asa de su bolso mientras estudiaba el gesto contrito del inspector. De pronto cayó en la cuenta—. Ya entiendo. Soy sospechosa.

—Lo ha dicho usted, no yo.

—Le voy a decir algo, inspector, que quizá le sorprenda. Adoro mi trabajo y la colección que he perdido vale mucho más de lo que me pueda pagar el seguro, ¿entiende? —La pregunta endureció su gesto—. Yo no he provocado el incendio. Ni por lo más remoto se me ocurriría pasearme por las calles de Chicago con una lata de gasolina en mitad de la noche.

Furiosa, puso distancia.

Él la miró sin perturbarse.

—Lo que yo piense da igual, Selma. Como le he comentado, antes debo informar a mis superiores.

—Claro. Y lo entiendo. Es comprensible. —Apenas podía mantener su enfado bajo control—. Pero necesito saber lo que está pasando, inspector. Tengo que empezar de cero y dejarme la piel para sacar de nuevo la colección al mundo en un tiempo récord, y no podré hacerlo ni quedarme tranquila sin saber a ciencia cierta si ha sido un accidente o, por el contrario, el fuego ha sido intencionado.

Hunter sintió el trasfondo de desesperación que encerraban aquellas palabras. Sin embargo, tenía las manos atadas y poco o nada podía hacer al respecto.

—Selma, entiendo su enojo. No obstante, existen unos cauces legales que yo no me puedo saltar. Espero que pueda comprenderlo.

Clavó los ojos en él y sin mediar palabra enfiló el camino hacia la puerta.

—Gracias por su tiempo, inspector.

Hunter, cuando la vio tomar distancia, soltó un juramento en voz baja.

—¡Espere!

Los ojos de Selma se encendieron de esperanza. Hunter metió las manos en los bolsillos y sopesó todas las opciones antes de tomar de nuevo la palabra. Sus superiores solían decirle que tenía buen olfato para catalogar a las personas, y no se equivocaban. Por desgracia, no había sido tan perspicaz con Larissa.

Además, quería ver la reacción de ella cuando le dijera que el incendio había sido provocado y que habían encontrado un cadáver calcinado entre las cenizas. La primera impresión siempre era importante, la que contaba.

—Me gustaría preguntarle algo.

Ella arqueó una de las cejas. Le enfurecía que el corazón le latiese con tanta fuerza. Hunter McKay la sorprendía e inquietaba al mismo tiempo. Y eso, en cierta manera, la preocupaba. Estaba acostumbrada a tener el control de la situación, no a que fuera a la inversa.

—Usted dirá, inspector.

Hunter sacudió la cabeza, como si estuviera a punto de arrepentirse de formular la pregunta.

—¿Qué cantidad de dinero es la que va a recibir del seguro?

Ella lo miró unos segundos sin decir nada, como si quisiera asegurarse de haber escuchado bien.

—¿Me está preguntando en cuántos miles de dólares está valorada mi colección, inspector?

—Algo así —respondió él sin demasiado énfasis.

Selma suspiró, demasiado cansada. Abrió su bolso con un movimiento enérgico y extrajo un sobre.

—Aquí está la cláusula del seguro. —Extendió el brazo y agitó el sobre en el aire. Hunter, decidido, se acercó y lo recogió—. Espero que esto aclare sus dudas. El incendio no me

va a hacer más rica, inspector.

Hunter abrió el sobre y desdobló el papel que albergaba en su interior. Observó y estudió las cifras bien detalladas en un par de columnas. Estaba claro que Selma Harding tenía razón. La cantidad que iba a recibir no era para nada desproporcionada. Seguramente solo le serviría para cubrir algunos gastos. Había hecho demasiados informes para saber que era así.

—¿Satisfecho?

El tono irónico de la pregunta lo irritó del mismo modo que cuando esa misma mañana su hijo había hecho rechinar el tenedor contra el plato.

—¿Qué quiere saber exactamente? —preguntó con voz tensa.

Selma escuchó el tono áspero de su respiración. Saltaba a la vista que Hunter McKay no tenía interés alguno en darle ningún tipo de información; sin embargo, lo iba a hacer.

—¿El incendio fue provocado? —preguntó sin vacilar.

—Sí.

La contundente respuesta la hizo retroceder varios pasos. Tropezó con las piernas contra el sofá. Se dejó caer y se hundió en él.

—¿Está completamente seguro? —preguntó, sin salir de su asombro.

Selma Harding tenía que desentonar en su hogar; no obstante, no lo hacía. Daba la impresión de ser una escena cotidiana, de todos los días. Verla allí sentada le hizo tensar la postura. La asustadiza mirada de ella no podía improvisarse, así como así. Eso le dio que pensar.

—No me cabe la menor duda. —Le entregó el sobre—. No obstante, esa no va a ser su mayor preocupación, Selma.

Ella entrecerró los ojos y lo observó sin comprender.

—¿Qué quiere decir?

Hunter miró hacia la ventana. Era un día frío del mes de diciembre, sin embargo, débiles rayos de sol se afanaban por huir de un cúmulo de nubes densas y plomizas que enmarcaban el cielo. Volvió de nuevo su atención a Selma: lo que estaba a punto de decirle iba a cambiar la situación de forma irremediable.

—Han hallado un cadáver.

Ella abrió los ojos de forma desmesurada. Lo miró, atónita e incrédula.

—¡No puede ser! —exclamó consternada. Selma había pensado que la situación no podía ir a peor. Había invertido buena parte de su tiempo esa mañana en tranquilizar a los clientes, a los trabajadores de su empresa y a sus respectivos sindicatos, por no hablar de la prensa. La muerte era siempre un titular muy apetecible para los medios de comunicación—. ¿Lo han identificado? —logró preguntar a duras penas.

—No, aún no. Es pronto —dijo Hunter, sintiendo cierto pesar por ella—. El forense ya está trabajando en ello.

Si le hubieran arrojado una jarra de agua helada le habría dado menos impresión que la noticia que acababa de oír de los labios del inspector. De pronto se le ocurrió una teoría.

—¿El cuerpo podría ser del pirómano? —preguntó Selma—. Quizás no tuvo la oportunidad de escapar.

—Podría ser, sí. No se descarta ninguna teoría. —Hunter ya había pensado en esa posibilidad. Sin embargo, lo dudaba. El edificio estaba equipado con la seguridad necesaria: extintores, aspersores, detectores de humo... y cuando el fuego se propagó, ninguno funcionó. Así que debía tratarse de alguien que sabía muy bien lo que se traía entre manos—. En este momento todas las vías del caso están abiertas.

—Cada minuto que pasa, esto cobra más relevancia para mí, inspector. —Sintió cómo un

incipiente dolor de cabeza crecía de forma beligerante cerca de su sien.

Hunter se fijó en que los ojos de ella estaban llenos de incertidumbre y tristeza. La teoría de que Selma hubiera dado la orden de incendiar su propio almacén perdía fuerza a pasos agigantados.

—Sé lo importante que es para usted y esa es la razón por la cual le estoy dando esta información. No se imagina hasta qué cotas de crueldad puede llegar un pirómano —comentó Hunter, sin apartar los ojos de ella—. Los medios de comunicación se harán eco de la noticia en breve, solo he sido considerado con usted al revelarles algunos de los datos que, no hace falta que le advierta, son confidenciales.

Selma lo escuchaba a lo lejos mientras su mente bullía e intentaba darle algún sentido a aquella situación tan surrealista. El dolor de cabeza aumentaba por momentos. Levantó la mirada del suelo, a duras penas podía respirar.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

Hunter no tuvo que pensar demasiado en la respuesta.

—En esta parte de la historia entra homicidios.

Selma se levantó del sofá. Le temblaban las piernas, pero hizo uso de su férreo control para mantener la dignidad intacta.

—Está bien, supongo que es parte del protocolo.

—Así es.

Sintió que le faltaba el aire en los pulmones.

—¿Me irá informando?

A Hunter le habría gustado negarse, pero por alguna razón incomprensible para él en ese momento, no lo hizo.

—No le prometo nada, pero lo intentaré.

—Eso es más de lo que me esperaba, inspector.

Hunter comprobó la hora en su móvil.

—Ahora, si me disculpa, debo marcharme. Mark me espera.

—Le agradezco que me haya recibido y dedicado su tiempo.

No hacía falta ser un lince para percatarse de que Selma Harding estaba tensa y nerviosa. Al fin y al cabo, era del todo comprensible. Estaba claro que era una mujer a la que le gustaba jugar con sus propias reglas y controlar todo lo que llegaba a su vida.

—Déjeme que la acompañe a la puerta.

—Si puedo serle de ayuda, no dude en comunicármelo, inspector.

Hunter abrió la puerta, invitando a que el gélido frío penetrara en su hogar. Vio a Selma arrebujarse en su abrigo al tiempo que se deshacía de algunos pensamientos incómodos.

Selma lo vio dudar unos segundos.

—¿Hay algo en lo que pueda ser útil? —preguntó ella.

—No, de momento nada. Estaremos en contacto.

Ellaladeó la cabeza.

—¿Qué le preocupa?

Hunter esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿Sabe hornear galletas de Navidad?

Ella le miró perpleja, pero no por ello dejó de responder:

—Claro que sí. Mi abuela era una repostera excelente y conozco algunos trucos infalibles.

—Quizás los necesite. —Él rio sutilmente.

Selma no entendía el sentido de la conversación; pero para el inspector parecía importante. Así que se limitó a devolverle la sonrisa.

—Lo siento, llego tarde al colegio.

—Sí, disculpe. —Selma salió de la casa con el corazón encogido. Ya se dirigía a su coche cuando se volvió—. Inspector, ¿qué edad tiene su hijo?

—Ocho años —respondió él.

Ella asintió.

—Es un niño con suerte. Hasta pronto, inspector. —Sin más preámbulos, se giró y fue al encuentro de su vehículo.

Hunter apoyó el hombro en la jamba, sin dejar observar a la figura femenina que se alejaba con la elegancia propia de un felino.

—Ni se te ocurra pensarlo, Hunter —dijo para sí antes de cerrar la puerta.

CAPÍTULO 5

La señora Murray resultó ser una mujer agradable y comprometida con sus alumnos. Era la primera vez que Hunter se citaba con ella para hablar de Mark, quizás porque su hijo era un alumno sobresaliente y no solía meterse en problemas. Hunter calculó que la mujer debía rondar la cincuentena, aunque su forma de vestir, melena rubia hasta los hombros y un cuidado maquillaje, le hacían aparentar menos edad.

—Le debo una disculpa, señor McKay. No era mi intención crear ningún tipo de incertidumbre a ninguno de mis alumnos y tomé las medidas pertinentes para hacer entender a los niños la situación. Pero también quiero que sepa que yo no hablé solo de la presencia de madres —le dijo la mujer visiblemente consternada.

—¿Entonces? —quiso saber Hunter.

—Mire, Mark es un niño muy inteligente y sensible al mismo tiempo. Y, como todos los chicos de su edad, quieren lo que tienen los otros sin considerar la viabilidad del asunto. En su caso, es una madre. Él siente que la necesita más que nunca. —La mujer le sonrió de tal forma que Hunter pareció retroceder treinta años en el pasado, cuando su profesora de lengua, la señora Nixon, le levantaba el castigo de turno—. Se trata de chantaje emocional, señor McKay. A esta edad son unos verdaderos profesionales en la materia.

Hunter, entre intranquilo y consternado, la miró unos segundos sin saber muy bien qué decir al respecto. Hasta el momento creía haber lidiado bien con la situación respecto a la marcha de Larissa, aunque al parecer no era así.

—¿Puedo preguntarle algo? —preguntó la profesora.

—Sí, claro. Adelante.

—¿Hay alguna forma de ponerse en contacto con la madre de Mark?

La señora Murray no necesitó una respuesta; la mirada del hombre hablaba por sí sola.

—Comprendo —comentó, apretando los labios.

Hunter salió del aula con una sensación de preocupación devastadora. Mark estaba creciendo ante sus ojos y él parecía no darse cuenta de las necesidades de su hijo.

El niño estaba sentado en uno de los bancos del largo y ancho pasillo del colegio. Cabizbajo, se miraba las deportivas, como si allí estuvieran todas las respuestas existenciales que necesitaba encontrar. Cuando escuchó sus pasos levantó la cabeza como un resorte.

—¿Estoy castigado? —preguntó afligido.

La mirada de su hijo se entrelazó con la suya. Hunter suspiró y se colocó a su altura, de cuclillas.

—Mentir no es la solución, Mark.

El niño volvió a bajar la mirada, cohibido.

El constante rumor de actividad resonaba a su alrededor: voces y puertas de taquillas que se abrían y cerraban; un balón que, a lo lejos, rebotaba contra el suelo de forma imparable.

—Mírame, por favor.

Mark levantó la cabeza muy despacio, anticipando que no le iba a gustar lo que estaba a punto de escuchar.

Cuando Hunter tuvo toda la atención de Mark, dijo:

—Intento hacerlo lo mejor que puedo, pero ser padre no es fácil. El día que naciste fue el más maravilloso de mi vida. Cuando te cogí en brazos tenías los ojos muy abiertos, como si

tuvieras prisa por explorar el mundo al que habías llegado. Y en ese mismo instante, te hice dos promesas: mantenerte siempre a salvo y que nunca te harían daño. Y, créeme, moriría antes de romper esas promesas —confesó Hunter—. Sin embargo, tengo la impresión de que no lo estoy consiguiendo. Y no sabes cómo lo siento, hijo.

—No es culpa tuya, papá —dijo Mark con gesto compungido—. Yo solo quiero conocerla, y la foto que hay sobre mi mesilla de noche ya no me vale.

A Hunter se le rompió el corazón al escuchar esas palabras. Estaba claro que la foto ya había cumplido su función, ya no era suficiente para Mark.

—Soy responsable de esta situación, hijo, tanto como ella. Siempre se puede hacer más, pero me rendí y supuse que a los dos nos iría bien solos, cuando tu madre decidió distanciarse de nosotros. —Pasó la mano por el pelo de su hijo y se lo revolvió—. No sé dónde está, Mark. Hace años que cambió de número de teléfono y le perdí la pista.

Mark clavó la mirada en el suelo.

—¿Por qué se fue?

Ahí estaba la incómoda pregunta que había estado esperando estos últimos años. Se decidió por una verdad a medias.

—Necesitaba tiempo para sí misma.

Distraído, Mark comenzó a doblar las rodillas y dar suaves patadas en el aire.

—Yo creo que no me quiere.

Hunter, incrédulo, estudió la expresión de su hijo. Maldijo a Larissa por enésima vez ese día.

—Hey, campeón, no pienses eso, ¿de acuerdo? Claro que te quiere, pero a veces los adultos tenemos otro tipo de problemas y debemos hacerles frente en un momento determinado de la vida.

Mark levantó la cabeza y sus ojos lo miraron sin pestañear.

—No lo entiendo, papá.

—Si te soy sincero, yo tampoco, hijo. —Besó a Mark en el pelo.

—¿No podemos hacer nada?

Hunter le observó unos segundos en silencio. Estaba claro que Larissa no quería saber nada de Mark; de lo contrario, ya se habría puesto en contacto con ellos.

—¡Papá! —la evidente sorpresa en la voz de Mark le hizo temer lo peor—. Tío Donel es policía, podría encontrarla.

Hunter se frotó la nuca sopesando los pormenores. Aquella no era la peor opción, al menos de momento. Así que decidió que lo mejor era aceptar.

—Sí, es buena idea. Hablaré con él, ¿de acuerdo? —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Rodeó a su hijo con los brazos y lo atrajo hacia sí. Lamentó no ser suficiente para su pequeño.

Mark escuchó tronar el corazón de su padre en sus oídos; era fuerte e iba a mil por hora. Allí, como de costumbre, se sintió seguro y protegido.

—¿Quieres que horneemos juntos las galletas de Navidad? Puede que no se me dé del todo mal, lo puedo intentar.

Mark se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Papá, tú no sabes ni la receta —protestó.

Hunter, si hubiera podido, se habría echado a reír.

—Siempre puedo aprender, campeón.

El concurso de galletas sería en dos semanas; tenía que convencer a su hijo de que él era su mejor opción. Si Mark no lo aceptaba, podría pedirle el favor a Alice.

Mark hundió un poco los hombros y exhaló un suspiro.

—Está bien —claudicó el niño, poco entusiasmado.

Hunter se incorporó y tomó la mano de su hijo. Ambos comenzaron a caminar por el largo y ancho pasillo del colegio.

—Vámonos a casa —sugirió Hunter con el corazón aún en un puño—. Sé de alguien que hace unas galletas buenísimas, o al menos eso me ha comentado.

Mark levantó la cabeza y miró a su padre con entusiasmo renovado.

—No estarás pensando en pedirselo a la señora Crane otra vez, ¿verdad?

—Ella también podría ayudarnos, supongo. Pero no, quizás podríamos pedirle la receta a alguien más. —La imagen de Selma Harding se coló en su mente.

Mark dio algunos pasos en silencio antes de continuar la conversación.

—¿Es una mujer?

—Así es.

—¿Es guapa?

Hunter esbozó una sonrisa amable.

—La verdad, no me he fijado mucho —mintió—. Sospecho que estará ocupada, pero supongo que no le llevará demasiado tiempo escribir una receta. —Consideró la situación con cierta duda—. Aunque, pensándolo bien, nos la podría enviar por email.

—Papá, nadie está tan ocupado. Todo el mundo tiene tiempo para hornear galletas —comentó Mark muy serio.

Hunter rio de buena gana. Cariñosamente, levantó la mano para despeinar a su hijo.

—Supongo que tienes razón.

—¿Hablarás con ella? —preguntó Mark, ya saliendo del colegio.

—Es posible que saque el tema de las galletas la próxima vez que la vea.

La sonrisa de Mark fue el mejor regalo para Hunter ese día. Sacó las llaves del coche, pero sus pensamientos se desviaron a Selma Harding. Necesitaba cerrar ese caso de inmediato. Si no lo hacía, estaría en serios problemas. Hacía demasiado tiempo que no pensaba tanto en una mujer.

Abrió la puerta con demasiado énfasis y se sentó tras el volante.

—¿Te has abrochado el cinturón? —le preguntó a su hijo una vez dentro del coche.

—Sí, ya está.

—De acuerdo, nos vamos a casa. —Hunter giró la llave y el motor ronroneó con fuerza—. Ah, Mark, una cosa más. Nada de mentiras entre nosotros —le dijo mirándole fijamente a los ojos—. ¿Entendido?

El niño asintió, pensativo.

—¿Tú cumplirás tu promesa?

—¿Cuál de ellas? —quiso saber Hunter.

—La de hablar con el tío Donel.

Era un callejón sin salida, así que a Hunter no le quedó más remedio que afirmar con la cabeza.

—Lo haré.

Mark sonrió de oreja a oreja y a él se le cayó el alma a los pies. Conocía bien a Larissa y no creía que el paso de los años la hubiera hecho cambiar de opinión.

Giró el volante, aceleró mientras maldecía en silencio una vez más a su ex esposa y, sin más dilación, puso rumbo a casa.

La mirada de Selma se detuvo en el cuadro que colgaba de la pared, cautivada por su belleza. Era una pintura de una mujer desnuda, con la piel blanca y el cabello rubio, que yacía sobre una roca en el mar. Su cuerpo era una obra maestra de formas geométricas y curvas suaves, que resaltaban su feminidad y su poder. Su rostro expresaba una mezcla de orgullo y melancolía, como si fuera consciente de su destino. El fondo era un cielo azul intenso, que contrastaba con el tono plateado del agua y la roca. Era un cuadro de Tamara Lempicka, una pintora que admiraba por su estilo art déco y su personalidad rebelde. El título: “Andrómeda”, como la princesa de la mitología griega encadenada a una roca como sacrificio a un dragón. Selma se sintió identificada con ella, pues también se sentía atrapada en una situación sin salida.

El original colgaba de una de las paredes del salón de sus padres, siempre había admirado esa obra maestra del *art déco*. Quizás porque la artista había vivido su vida tal y como ella había deseado, desafiando las convenciones de su época.

Se acercó al armario y se decidió por una botella de vino. Mientras sus pensamientos más tristes pululaban a su antojo en su mente, descorchó la botella. Sin embargo, algo más la inquietaba: la conversación con el inspector McKay. Había sido franco al compartir muchos detalles del informe. Apreciaba su sinceridad, aunque le molestaba su desconfianza. Pero había algo que no podía quitarse de la cabeza: el cadáver hallado en el almacén.

Había hablado con Ginny y la había puesto al corriente de los detalles. No había que ser adivina para saber que los próximos días serían complicados para su entorno.

Conocía bien a la prensa y sabía mejor que nadie que necesitaban carnaza fresca para sus lectores. Se sirvió una generosa cantidad de vino en una copa de cristal y, con la mirada fija en el cuadro, dio un sorbo. Lamentablemente, los medios iban a disfrutar con la situación.

Ya se imaginaba los titulares:

"El Trágico Destino de Selma Harding: Su anhelada colección nupcial devorada por el fuego"

Odiaba a la prensa tanto como detestaba el fuego.

La noticia ya resonaba en su cabeza:

"El hallazgo de un cadáver en los grandes almacenes ha añadido un oscuro giro a la ya complicada situación de Selma Harding, que se enreda con cada avance en la investigación. La empresa familiar se encuentra ahora en medio de un conflicto adicional, amenazando con sacudir los cimientos de una de las familias más acaudaladas del país."

Por el amor de Dios, aún no se había recuperado de lo de Adam y ya había otra muerte haciéndole sombra. Se llevó la copa a los labios y esta vez dejó que el vino bañara su paladar. El sabor afrutado la reconfortó de algún modo.

¿Qué estaría haciendo en ese momento Hunter McKay?, se preguntó.

No tenía sentido negarlo, se sentía atraída por él a pesar de que la desconcertaba. No entendía por qué; era un hombre tosco, impenetrable y demasiado autoritario. Pero, aun así, había algo en él que la fascinaba.

—Es padre, Selma —murmuró para sí misma—. Así que olvídate. Él ya tiene su prioridad en la vida. No tenéis nada en común, así que sé inteligente y minimiza el riesgo.

Resopló con un gesto trémulo. Seguramente, en esos momentos estaría con su hijo, en casa, preparando la cena. Por un instante, sintió el deseo de compartir ese momento. Sin embargo, debía ser realista; eso nunca sucedería. Ella era directora de una de las empresas textiles más importantes de Estados Unidos y toda su energía estaba enfocada en mantener ese

estatus. Era una mujer ambiciosa y uno de sus proyectos más desafiantes consistía en expandir su compañía a Europa, concretamente a París y Milán.

Además, tenía previsto sorprender con una colección clásica y atemporal, sostenible. Prendas confeccionadas a partir de materiales reciclados que tenían un gran impacto en el medio ambiente, como era el caso de las botellas de plástico. Quería comprometerse con el planeta y al mismo tiempo enviar un mensaje de esperanza a sus clientes con un nuevo eslogan:

«Juntos podemos sensibilizar al mundo. La Tierra no tiene un plan B».

Bajó la mirada y se encontró con los dossiers abiertos sobre la mesa de mármol. Suspiró, consciente de que se pasaría otra noche en vela. Tomó del plato un trozo de queso curado que había cortado al llegar a casa y se lo llevó a la boca.

—Será mejor que empiece —murmuró con desgana.

El teléfono vibró sobre la encimera, sobresaltándola. Al ver el nombre en la pantalla, suspiró de nuevo.

—Papá, no es buen momento para uno de tus sermones —musitó para sus adentros, y decidió rechazar la llamada.

Luego, sirvió más vino en su copa y se sentó en uno de los altos taburetes. Había llegado el momento de evaluar las pérdidas.

CAPÍTULO 6

—¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo que me estás pidiendo? Tú, mejor que nadie, conoces el procedimiento de una investigación, Hunter.

Sí, su hermano tenía razón. Había redactado demasiados informes a lo largo de su carrera profesional como para no saber que lo que oía era cierto.

—Lo sé, y no te lo pediría si no fuera importante. —Miró hacia la ventana, convenciéndose de que estaba tomando la decisión correcta—. Necesito acelerar este caso lo antes posible y guardarlo en el fondo del cajón, Donel.

Su hermano arqueó ambas cejas, claramente sorprendido.

—¿Qué ocurre? Tú no sueles venir a mi despacho a pedirme favores.

Hunter se removió inquieto en su asiento y cruzó las piernas de tal forma que apoyó un tobillo sobre la rodilla de la otra. Necesitaba, con urgencia, que Selma Harding saliera de su vida. Había pasado buena parte de la noche pensando en ella y en el caso, buscando algún tipo de dato o lógica que se le hubiera pasado por alto, pero lo único que había conseguido era un dolor de cabeza de esos que hacían historia. Y en el fondo, sabía que aquello no había hecho más que empezar.

—No ocurre nada —mintió—, solo quiero saber si el forense ya tiene los resultados de la autopsia.

Hunter conocía lo suficiente a su hermano para saber que no se había tragado su explicación. Donel era seis años mayor. Mientras él tenía el pelo oscuro, los ojos claros y era alto, su hermano había heredado los genes de sus antepasados: su pelo rojo, ojos color café y tez blanca eran buena prueba de ello, aunque, a decir verdad, la estatura de ambos era muy similar. Donel estaba felizmente casado con Anna, su novia del instituto. Tenían dos hijos, Ian y Angus, este último poco mayor que Mark.

Hunter se alegraba de que al menos a uno de los dos le fueran bien las cosas.

—Hunter, explícate por favor —le exigió su hermano.

Desde niños, esos seis años de diferencia siempre habían sido ventajosos para Donel y él lo sabía mejor que nadie. Así que resopló con fuerza y se obligó a sí mismo a ser sincero. Engañar a Donel no tenía sentido alguno, él tarde o temprano pillaría la mentira. Lo había demostrado con creces a lo largo de su niñez y juventud.

—Ya sabes que el edificio donde se encontró el cadáver es propiedad de la familia Harding.

—Estoy al tanto, sí. —Donel estiró el brazo, abrió uno de los cajones y sacó una cajetilla a la que le faltaban algunos cigarros. Extrajo uno, pero no lo encendió—. ¿A dónde quieres ir a parar?

—He tenido la fortuna, o la puñetera mala suerte, de conocer a Selma Harding.

—¿En serio? —preguntó antes de golpear, distraído, el cigarro contra su rodilla. Hunter no se dejó llevar por el tono sarcástico de Donel—. Tengo entendido que su hermano murió hace unos meses en un accidente de avión.

Hunter ya conocía esa información.

—Así es. A decir verdad, la familia Harding no está pasando por un buen momento.

—Supongo que no —fue la austera respuesta de Donel.

—He contrastado los datos y ella tiene coartada.

—Cierto. —Donel encendió el cigarrillo, sin dejar de observar a su hermano a través de la llama del mechero—. Vino ayer y entregó voluntariamente su teléfono. Los de la científica aseguran que, tras haber comprobado la tarjeta SIM de su móvil, ella no estuvo allí antes del incendio, aunque sí después.

—Sí, llegó casi al tiempo que yo.

—Vaya, debió ser todo un espectáculo.

Hunter decidió no entrar en detalles, y mucho menos decirle a Donel que Selma Harding apareció en mitad de la noche en pijama y deportivas.

—No hay mucho que decir al respecto.

Donel le observó unos segundos sin decir nada.

—¿Qué tiene de especial este caso para ti?

Hunter apoyó la espalda contra el respaldo del asiento y sopesó la pregunta.

—Tengo mi propia teoría.

—¿Qué teoría? —Donel aspiró una calada, mirando fijamente a su hermano.

—Que ella no ha tenido nada que ver con el incendio —expuso Hunter.

—Un incendio que fue provocado —apuntó Donel.

—Sí, intencionado. Veo que has leído mi informe.

—Es lo primero que he hecho al llegar esta mañana y te felicito, es un informe muy detallado, lo cual se agradece. —Dio otra calada al cigarrillo y dejó que el familiar sabor del tabaco calmara su ansiedad. Se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre la mesa—. Pero, Hunter, no te engañes, ella pudo contratar a una *antorcha* para que su edificio ardiese como la cabeza de una cerilla. No es la primera vez que lo vemos. Ese tipo de gente no se mancha las manos, contrata a alguien barriobajero para que haga el trabajo sucio.

—No fue ella, Donel —contrató.

Su hermano lo miró sin pestañear un par de segundos.

—Pareces muy convencido.

—He visto la cláusula del seguro, la cantidad es absurda en comparación con las pérdidas.

—Podría tratarse de un documento falso. —Donel expulsó una bocanada de humo—. A lo largo de mi carrera he visto cosas que te pondrían los pelos de punta, Hunter. He visto con mis propios ojos a padres vender a sus hijos, así que, ¿por qué razón Selma Harding no iba a incendiar su propio almacén? —preguntó con la mirada fija en el cigarrillo. No esperó a que su hermano respondiera—. Ese tipo de gente no da puntada sin hilo.

—Deberías haberla visto. —Observó cómo en la mirada de Donel nacía un brillo de interés, pero lo ignoró deliberadamente—. Está afectada por lo sucedido. Vino a mi casa y...

—Un momento, ¿Selma Harding ha estado en tu casa? —preguntó, desconcertado por lo que acababa de oír.

—Así es. Solo quería hablar —se vio en la necesidad de aclarar Hunter.

—¿Solo hablar?

—Sí, solo hablar —corroboró Hunter, a punto de perder la paciencia.

—¡Vaya! La señorita Harding no pierde el tiempo —exclamó Donel en tono irónico.

—Está preocupada.

Hunter observó cómo su hermano daba otra profunda calada al cigarro.

—Está preocupada...

—¡Maldita sea, Donel! ¿Vas a repetir todo lo que digo?

—No, ¡solo intento abrirte los ojos! —exclamó furibundo Donel, aplastando con fuerza

el cigarro sobre el cenicero abarrotado de colillas que descansaba sobre la mesa—. No hace falta que te recuerde, hermano, que ese tipo de gente juega en otra liga muy diferente a la nuestra.

—Es posible —confirmó Hunter, de mal talante—. Creo que venir a hablar contigo ha sido una idea pésima. Siento las molestias. —Se levantó, arrastrando la silla hacia atrás con tal fuerza que estuvo a punto de volcarla, y habría sido así de no haberla agarrado en el último segundo.

Su hermano suspiró.

—No te andes por las ramas, sé sincero conmigo y dime, ¿qué pretendes con todo esto, Hunter? Involucrarte personalmente con un caso no es algo que vaya contigo.

—Nada en absoluto —se vio en la necesidad de precisar—. Solo quiero saber el resultado de la autopsia, eso es todo.

Su hermano se cruzó de brazos antes de reclinarsse de nuevo sobre su sillón.

—La verdad, Hunter.

Hunter, en ese momento, sentía irritación. Su hermano estaba en lo cierto, él nunca se involucraba personalmente en un sumario. Investigaba, redactaba un informe y daba carpetazo, olvidándose por completo del caso. Pero por alguna extraña razón que aún no lograba comprender, este era diferente. Tenía la impresión de que se le escapaba algo y no sabía el qué.

—Supongo que tienes razón, lo estoy haciendo personal.

—¿Por qué?

—No lo sé aún, pero hay algo que no encaja en todo esto. Si al menos el forense pudiera aclarar la hora de la muerte, sería un gran paso.

Donel se le quedo mirando fijamente.

—De acuerdo. Hablaré con él e intentaré sonsacarle lo que pueda. Después de todo, eres mi hermano favorito.

—Soy tu único hermano —respondió resignado.

—¿Ves? Siempre tienes que fastidiarlo todo. —Hunter se pasó la mano por la frente, no sabía si echarse a reír o a llorar—. Pero antes debes prometerme algo.

—¿El qué? —Hunter lo miró expectante.

—Una vez que sepas el nombre de la víctima, te olvidarás del caso y de Selma Harding.

—Donel, por el amor de Dios...

—¡Escúchame! —gritó su hermano, a punto de perder los nervios—. Así es como empiezan los problemas, ¿entiendes?

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Si te involucras, tarde o temprano todo se complicará.

—Solo hago mi trabajo, Donel —aclaró Hunter, apoyando las manos en el respaldo de la silla al tiempo que cambiaba el peso de una pierna a la otra.

—Eso es lo que realmente me inquieta.

—Mi trabajo consiste en estar detrás de una mesa redactando informes. No hay peligro alguno en ello.

—El informe ya está redactado y entregado, así que el hecho de que estés aquí me confunde. —Donel soltó el aliento de golpe—. Eres concienzudo, hermano. Por lo que he leído, sé que has estado buscando en la base de datos a pirómanos que trabajen con el mismo *modus operandi*.

—Eso forma parte de mi trabajo.

Donel chasqueó la lengua.

—A eso me refiero. Cuando se te mete algo en la cabeza, no hay forma de sacarlo.

—Me conoces bien.

—¡Cómo no! No has cambiado. De pequeño eras igual, cuando nos peleábamos tú nunca dabas por perdida una pelea. De algún modo te las apañabas para buscar mi punto más débil y meter el puño ahí hasta que me doblaba en dos a causa del dolor.

—Aprendí del mejor.

Donel rio con ganas.

—Te he enseñado demasiado bien, maldita sea —se quejó con una sonrisa en los labios—. Está bien, ¿tienes algo más?

—Aún no, pero ya me conoces; no tardaré en dar con él. Está claro que es alguien reincidente, un profesional. —Devolvió la mirada a su hermano—. Y si algo me ha enseñado este trabajo es que volverá a intentarlo. A los pirómanos les encanta jugar al gato y al ratón.

—Así que es eso, esa es la razón por la que estás preocupado por la señorita Harding. ¿Crees que se trata de algo personal?

—Aún no lo sé. Pero si algo tengo claro es que es un daño colateral más.

—Está bien, tú ganas. Hablaré con el forense, pero no te prometo nada.

—Te lo agradezco. Gracias —dijo Hunter, a sabiendas de que Donel no saldría con las manos vacías de la sala de autopsias. Despegó las manos de la silla y se giró con intención de marcharse, pero su hermano le detuvo.

—Anna quiere que vengas a cenar una noche de esta semana.

—No.

Donel rio a mandíbula batiente.

—La última vez no estuvo tan mal.

—No quiero otra cita a ciegas con una de sus amigas —le advirtió Hunter—. Fue una cita espantosa.

—Venga ya, Nancy es una mujer extrovertida y muy atractiva. Según Anna —se apresuró a aclarar.

—La amiga de tu mujer es una acosadora de cuidado; me estuvo llamando todos los días durante dos largas semanas.

—Anna dice que le gustabas.

—Vete a la mierda, Donel. No voy a ir.

—Eso tendrás que decírselo tú a ella.

Hunter, pesaroso, se pasó la mano por el pelo.

—Está bien —dijo de repente. De pronto, se le ocurrió una idea descabellada, pero podría hacer que su cuñada le dejara en paz una buena temporada—. Invitaré a Selma Harding, estoy seguro de que querrá hablar contigo.

Su hermano silbó con fuerza.

—Vaya, vaya. Esto se pone interesante. Más te vale avisar a Anna, si no lo haces, no te lo perdonará nunca. Me estará dando la lata hablando de vestidos y zapatos varios días. Un precio alto que estoy dispuesto a pagar, si te soy sincero. —Chasqueó la lengua y luego miró a su hermano—. ¿Estás seguro?

—Si quieres que vaya, esa es mi condición.

—¿Crees que Selma Harding aceptará la invitación?

—No lo sé. —De pronto a Hunter la idea no le pareció tan descabellada.

—¿Vendrás también con Mark?

—Sí, está deseando ver a sus primos.

—Me alegra oír eso. La familia es importante. —Donel se levantó y se dirigió hacia

donde estaba su hermano—. Te voy a dar un consejo que no me has pedido, hermano: mantén la bragueta cerrada con esa mujer.

Bajo ningún concepto iba a permitir que su hermano se inmiscuyese en su vida sexual.

—Yo te voy a dar otro: deja de fumar o se lo diré a tu esposa.

—¡No te atreverás a hacerlo!

Hunter rio.

—Ponme a prueba.

Donel movió la cabeza de un lado para otro.

—Con los años te vuelves más cabrón, ¿lo sabías?

—Sabes que eso no es cierto. A propósito, quiero pedirte otro favor.

Donel observó a su hermano y suspiró profundamente.

—¿Nadie te ha dicho que si tiras demasiado de la cuerda puede romperse?

—Si no fuera importante para Mark, no te lo pediría.

Hunter se fijó en cómo su hermano arrugaba el entrecejo.

—¿Mark está bien?

—Podría estar mejor —le confesó.

—¿Qué ocurre?

—Pregunta por Larissa.

Donel se pasó la mano por el dolorido cuello.

—¡Maldita sea! —exclamó en tono áspero.

Hunter notó que sus músculos se tensaban por la frustración y por el agotamiento de tener que nombrar a Larissa varias veces al día.

—Me ha pedido que la busques.

—¡No puedes hablar en serio! —profirió Donel, ceñudo.

—Quiere hablar con ella.

—Es un error, Hunter. Se le pasará; no es más que un niño.

Hunter se frotó la cara, pesaroso.

—Yo no estoy tan seguro. Los terrores nocturnos no han desaparecido, sino todo lo contrario, van en aumento. Y cada vez me hace preguntas más complicadas para las cuales no tengo respuesta.

Donel maldijo en voz alta.

—Eso quiere Mark. ¿Y tú? ¿Qué quieres tú, Hunter? —preguntó su hermano con cara de pocos amigos—. ¿De verdad quieres que la busque para que ponga tu vida otra vez patas arriba?

Hunter no estaba seguro de nada, y menos de querer localizar a Larissa.

Respiró hondo y tragó saliva.

—Ahora lo que yo quiera no importa.

Donel lo miró con cara de pocos amigos, pero al fin claudicó.

—Está bien, haré lo que pueda, aunque no te prometo nada. Aquí en homicidios tenemos cosas más importantes que hacer que buscar a una madre que abandonó a su hijo.

—Donel... —se quejó Hunter.

—Solo soy sincero, Hunter. Nunca me cayó bien, y después de lo que hizo, mucho menos. Hablaré con algunos compañeros, quizás ellos puedan descubrir algo.

—Te lo agradezco.

—Hunter, ¿estás seguro de todo esto? El pasado nunca trae nada bueno.

—Supongo que podré soportarlo.

—Siempre has sido un cabezota. Y esta vez no iba a ser diferente, supongo.

—Es algo que se lleva en los genes, hermano —bromeó Hunter—. Y deja esa basura. — Señaló el cenicero.

—Tú mantén la boca cerrada, y a Anna ni una palabra

—Cómo tú bien has dicho antes, siempre busco el punto más débil para meter el puño. Deja ese estúpido vicio antes de que te mate.

Sin más dilación, salió del despacho mientras a su espalda escuchaba echar pestes a su hermano. Decidió ignorarlo y siguió caminando hasta que la apresurada y dinámica vida del departamento de homicidios lo engulló.

CAPÍTULO 7

Habían transcurrido un par de días desde que había hablado con su hermano y no había sabido nada de él hasta esa misma mañana, cuando Donel le había llamado y dado algunos datos de interés con respecto al cadáver que habían encontrado entre los escombros del edificio. Tras dejar a Mark en el colegio, decidió que era un momento perfecto para hacer una visita.

La oficina de Selma Harding era diferente a cualquiera que hubiera visto nunca, era un reflejo de su éxito profesional y su gusto exquisito. Ubicada en el piso cuarenta de uno de los rascacielos más emblemáticos del centro de Chicago, ofrecía una vista impresionante de la ciudad y el lago Michigan. El espacio era amplio y luminoso, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz natural. El mobiliario era de diseño moderno y elegante, con tonos neutros y toques de color. Una gran mesa de cristal y acero dominaba la estancia, rodeada de cómodas sillas de piel. En una esquina, había un sofá de terciopelo azul y una mesa de centro de mármol, donde seguramente recibiría a sus clientes más distinguidos. En la pared, colgaban varios cuadros de arte abstracto y una pantalla de plasma. La oficina estaba equipada con la última tecnología y contaba con un sistema de seguridad avanzado.

La composición era dinámica y le daba un toque minimalista que a Hunter no le disgustó.

—Disculpe la espera —dijo Selma nada más entrar a su despacho—. Estaba en una reunión.

Hunter advirtió que en su tono había cierta urgencia.

—No hay problema.

Un hombre agraciado, de traje a medida, zapatos negros relucientes, un exceso de gomina en el pelo y un nudo de corbata perfecto entró tras ella. El recién llegado lo estudió de arriba abajo con cara de pocos amigos. A Hunter le dio la impresión de que su presencia allí le molestaba.

—Si le soy sincera, no le esperaba —comentó ella.

Hunter le miró a los ojos y comprendió. Selma Harding podía sorprender, pero no ser sorprendida. Por primera vez en el día, sonrió:

—Necesito hablar con usted.

Selma asintió.

—Me gustaría presentarle a Gerard Morley, del departamento financiero.

Por alguna extraña razón, a Hunter no le gustó el tipo en cuestión. Por la forma en que el «señor departamento financiero» miraba a Selma, tuvo la impresión de que entre ellos existía una relación más allá de lo profesional.

—Gerard, él es el inspector McKay. Investiga el incendio del almacén.

De forma instintiva, Hunter tendió la mano a modo de saludo al señor Morley.

—¿Qué ha averiguado, inspector? —inquirió Gerard.

—Que el incendio fue provocado —respondió Hunter.

Gerard no pareció sorprendido por la noticia.

—Selma me ha puesto al corriente. ¿Hay algún sospechoso?

—Señor Morley, todo el mundo es sospechoso hasta que se demuestre lo contrario.

Gerard dirigió una mirada inquisitiva a Selma; sin embargo, ella no se dio por aludida.

—No sé si le entiendo —objetó Gerard, reticente.

—Verá, señor Morley, hay dos tipos de pirómanos: el vengativo y el que provoca fuegos por puro placer —expresó con frialdad—. Intento averiguar a cuál de los dos me enfrento.

Gerard, incómodo, carraspeó.

—Su trabajo parece peligroso.

—No tanto como imagina, pero le aseguro que disfruto con él. Y, si pregunta por ahí, le dirán que soy el mejor en mi campo.

Gerard iba a replicar, pero Selma intervino.

—Gerard, hablaremos luego.

Hunter se percató de que la orden molestó al señor Morley.

—De acuerdo. Si me necesitas estaré en mi despacho. Inspector, ha sido un placer conocerle. Le agradecemos su tiempo —comentó Gerard en un tono sombrío.

—Lo mismo digo.

Cuando se quedaron a solas, Hunter desvió su atención a Selma.

—¿Tienen una relación?

La pregunta irritó a Selma y la sorprendió al mismo tiempo.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó con cautela.

—La forma en que él la mira.

—Mi relación con el señor Morley es meramente profesional, inspector. —Se sentó en su sillón e invitó a Hunter a que tomara asiento enfrente—. Además, no creo que sea de su incumbencia. Investiga un incendio, no a mí.

—Selma, su vida, su mundo y todo lo que la rodea forma parte de mi trabajo.

Ella lo miró sin pestañear, como si quisiera procesar la información que él acababa de darle.

—Se toma su trabajo muy en serio.

—Ni se imagina hasta qué punto —le comentó en un tono cortante.

Ella abrió mucho los ojos, claramente sorprendida.

—Eso está bien. Al menos sé que mis impuestos sirven para algo más que llenar los bolsillos a los políticos. —Lo miró con expresión de reproche. Había algo en ese hombre que la desquiciaba y la atraía al mismo tiempo. No era su tipo, por el amor de Dios, entonces, ¿por qué cada vez que lo tenía delante sentía la tentación de aplacar su arrogancia con un beso? Se reprendió mentalmente por su falta de profesionalidad. Decidió que lo mejor sería dirigir la conversación a un terreno más neutral—. ¿Han averiguado algo más acerca del cadáver?

—Que es una mujer.

Selma lo miró sin salir de su asombro.

—¿Una mujer?

—¿Le extraña?

Ella soltó el aire que había estado reteniendo en sus pulmones despacio mientras asimilaba esa nueva información.

—No, supongo que no.

—Bien —respondió Hunter—. En su círculo más íntimo, ¿ha echado a alguien en falta?

—No existe ese círculo íntimo del que habla, inspector. Trabajo diez horas al día, siete días a la semana, y, aun así, no me da la vida. —Se limitó a arquear una ceja—. Tengo una empresa que sacar adelante.

—Todo el mundo tiene una vida social.

—Yo no.

Hunter la creyó. Selma Harding, además de atractiva y elegante, era concienzuda y muy

meticulosa y tanto sus virtudes como sus defectos le atraían por igual.

Le gustaba cómo iba vestida esa mañana: vestido azul añil ajustado, de manga larga, que mostraba su bonita figura y resaltaba unas curvas de lo más sensuales. Como complemento, zapatos de un tacón de vértigo. Seguramente el vestido costaría algo más que su salario. Se imaginó a sí mismo bajando la cremallera despacio mientras depositaba un reguero de sutiles besos a lo largo de su sensual cuello. La espalda quedaría al descubierto; estaba seguro de que su piel sería suave, como de un melocotón, y su sabor, dulce y adictivo.

La voz de ella hizo que sus pensamientos se evaporaran como por arte de magia.

—¿Puede decirme algo más? —Selma cogió un bolígrafo y, como solía hacer cuando algo la inquietaba, comenzó a jugar con él entre las manos.

Él la observó un momento antes de responder.

—Están trabajando en su ficha dental. —Hunter observó cómo el bolígrafo que sostenía Selma entre los dedos iba de una mano a otra—. Le informo de que también he hablado con el seguro.

—Ah, ¿sí? —preguntó, desconcertada.

—Solo quería contrastar los hechos.

Ella, mirándolo con expresión de reproche, se recostó en su sillón.

—No se fía de mí.

—Ahora sí.

—Vaya, es usted muy directo —comentó atónita.

—Solo hago mi trabajo, y esa es la razón por la que estoy aquí.

Selma iba a tomar la palabra cuando Frank, su ayudante, la interrumpió.

—Selma, Ginny me ha pedido que vayas. La rueda de prensa está a punto de comenzar.

—De acuerdo, Frank. Muchas gracias. —Cuando su ayudante desapareció, su mirada volvió al inspector—. Tengo trabajo. Si me disculpa...

—Por supuesto. —Hunter se levantó y colocó la silla en su lugar—. Ah, una cosa más.

Ella se volvió y lo miró de forma inquisitiva.

—Usted dirá.

Aquello no iba a ser fácil, sonaría poco profesional, pero al menos tenía que intentarlo.

—Me gustaría invitarla a cenar. —Selma lo miró sin comprender; abrió la boca y después, sin saber muy bien que decir, la cerró de golpe—. Verá, será algo informal, en casa de mi hermano.

—¿Sabe que existen los restaurantes?

Se lo tenía bien merecido. Carraspeó sin saber muy bien cómo continuar aquel desastre de conversación.

—Donel es teniente de homicidios, quizá podría saber algo más del caso. Le aseguro que, tras beber una botella de vino, habla por los codos.

Ella no se rio ante el comentario. Muy seria, preguntó:

—¿Donel es su hermano?

—Sí, así es.

Selma lo miró con una expresión que Hunter no supo interpretar.

—¿Por qué hace esto, inspector?

—¿Invitarla a cenar? —preguntó, inseguro.

Ella asintió con la cabeza.

—Está bien —Alguien le había dicho en una ocasión que cuando uno no sabía qué decir, lo mejor era ser sincero. Así que decidió seguir el consejo—. La otra cara de la situación es que,

si usted me acompañara, mi cuñada no querrá emparejarme con alguna de sus amigas y me dejará en paz durante un breve pero agradable espacio de tiempo.

A ella la respuesta le pareció absurda.

—No ir a la cena o decir que no a una cita a ciegas a veces facilita las cosas.

—Usted no conoce a Anna.

—¿Así que necesita mi ayuda?

De acuerdo, no podía caer más bajo, así que se limitó a asentir.

—Puede negarse, por supuesto —dijo él en tono cansado.

—Puede que le haya juzgado mal, inspector. Así que acepto. —Sonrió, agradecida por la invitación—. Dígame, ¿cuál es la dirección?

—Podría pasar a buscarla e ir en mi coche.

—No me interprete mal, McKay, pero en las primeras citas me gusta ir en taxi.

—No es una cita propiamente dicha. Mark también vendrá —añadió despacio, pero con un tono firme.

Ella recordó la célebre frase de Neil Armstrong cuando puso un pie en la luna. Se tomó la libertad de adaptarla a la situación: Un pequeño paso para ella, pero un gran paso para el caso.

—Me parece bien; además, le confieso que siento curiosidad por conocer a su hijo. ¿Cuál es la dirección?

Él la citó de carrerilla y Selma la memorizó.

—El sábado a las siete.

—Muy bien. Allí estaré, inspector.

Cuando ella estaba a punto de salir, él la llamó.

—Selma, ¿no cree que es el momento idóneo para dejarnos de formalidades?

Ella sonrió abiertamente.

—Sí, yo también lo creo, inspector. Nos tutearemos —dijo lanzándole una breve, pero sincera sonrisa—. Hasta el sábado, entonces.

Cuando se quedó solo, Hunter soltó una especie de bufido.

—Bueno, no ha sido tan complicado después de todo.

CAPÍTULO 8

Cuando Hunter aparcó, se giró en el asiento del coche para hablar con Mark.

—¿Hace falta que te recuerde que no debes olvidar tus modales? —advirtió con una sonrisa a medias.

—¡Papá...! —se quejó el niño, frunciendo el ceño.

Hunter sonrió ante el gesto de su hijo. ¿En qué momento había crecido tanto? Se lo preguntaba cada día y, como de costumbre, la respuesta se evaporó antes de formarse en su mente.

—De acuerdo, salgamos.

El niño se desató el cinturón y abrió la puerta trasera del coche.

—¿Selma va a venir?

Hunter había cometido el error de hablarle de Selma. Desde entonces, Mark quedó cautivado.

—Supongo que sí. Cuando te dirijas a ella, recuerda...

—Mis modales. Sí, papá. —Molesto, resopló antes de salir del coche.

Hunter, que le esperaba fuera, le revolvió el pelo con la mano.

—¿Hablaste con tío Donel sobre mamá?

—Sí, lo hice.

—¿Y ya la encontró?

—Mark, es complicado buscar a alguien que no quiere ser encontrada. —En cuanto pronunció esas palabras, se arrepintió—. Tío Donel está haciendo todo lo posible, ¿de acuerdo?

Su hijo le miró con una expresión poco amigable.

—La gente cambia de opinión muy a menudo, tú siempre lo dices. —Cerró la puerta del coche con un gesto algo excesivo.

—Sí, lo digo. —Hunter ignoró el portazo y decidió zanjar la conversación ahí. Defender a Larissa no era algo que le agradara demasiado—. Anda, vamos. Tus primos te esperan.

—Es aquí —dijo el taxista al detenerse frente a una encantadora casa familiar.

Sacó la cartera del bolso y pagó al taxista.

—Aquí tiene. Gracias. —Abrió la puerta del taxi con la mirada fija en la casa y descendió del vehículo.

La casa emanaba un aura navideña. La fachada estaba iluminada por una guirnalda de luces que bordeaba el tejado y las ventanas. En el centro, una gran corona de ramas verdes y lazos rojos daba la bienvenida a los visitantes. El jardín no se quedaba atrás. Un árbol de Navidad natural, adornado con bolas doradas y plateadas, se alzaba majestuoso junto a la entrada. Alrededor de él, varios renos de madera y un trineo cargado de regalos completaban la adorable escena. Era una imagen de postal, una invitación para adentrarse y disfrutar del acogedor calor del hogar.

El gélido viento de Chicago la envolvió sobre el helado y oscuro asfalto. Suspiró. Al dejar salir el aire, su aliento se convirtió en una densa nube de vaho.

Habría deseado crecer en un hogar como aquel, rebosante de vida y color.

Durante esas fechas, sus padres invitaban a personas importantes e influyentes a cenar:

actores, políticos, abogados, jueces, todos ellos se sentaban alrededor de una mesa llena de manjares, postres magníficos y buen vino hasta bien entrada la madrugada. No recordaba una sola Navidad sin invitados. Adam y ella solían intercambiarse los regalos en una de las habitaciones. De niña, no le importaba, porque eran regalos fabulosos. Pero con el tiempo descubrió que todo aquel despliegue de regalos era simplemente una forma que sus padres tenían de aliviar su conciencia. Ni siquiera compraban los regalos, sino que la secretaria de su padre se encargaba de ello.

Aquel descubrimiento le hizo abrir los ojos y enfrentarse por primera vez al mundo real; no fue así para Adam.

La decepción fue creciendo con los años hasta que se convirtió en algo detestable. Tragó saliva, tratando de lidiar con el pasado.

Hacía demasiado tiempo que no celebraba la Navidad y hasta ese momento no le había importado, diciembre era tan buen mes como cualquier otro para trabajar. Sin embargo, en ese preciso instante, algo se removió en su interior. De la puerta de madera oscura, que resaltaba con la nieve que cubría el suelo, colgaba una bellísima guirnalda de ramas secas y flores de muérdago. Entre el verde de las hojas y el blanco de las flores, se entrelazaban unas bayas rojas que aportaban un toque de alegría y color. En la parte inferior de la guirnalda, un gran lazo de tela escocesa en tonos verdes y azules.

Respiró profundamente y golpeó sutilmente la puerta.

—Vamos allá, Selma —se dijo a sí misma—. Esto no puede ser tan difícil, piensa que es una reunión de trabajo.

La puerta se abrió antes de que ella la golpease otra vez suavemente con los nudillos. Hunter la recibió con una sonrisa.

—Bienvenida a la casa de los McKay.

Ella desterró de su mente cualquier tipo de preocupación.

«Esa sonrisa podría derrumbar muros», pensó.

Quizás el hecho de vivir en soledad hizo que sonriera con nostalgia al escuchar la algarabía de risas y gritos que llenaban aquel hogar.

—¿Algún problema para llegar aquí?

—No, el taxista conocía la dirección.

—Estupendo —comentó Hunter. Había visto llegar el taxi y se dijo a sí mismo que debería mantener la calma y no parecer demasiado ansioso—. Pasa, por favor.

Ella se detuvo un momento, mirando la corona de Navidad.

—¿Por qué el lazo? —quiso saber.

—Son los colores del clan McKay. —La voz de Hunter adoptó un acento íntimo y suave que a ella la estremeció de la cabeza a los pies—. Te advierto que entras en casa de un escocés.

—¿Y eso qué significa?

—Ya lo descubrirás. Deberías entrar si no quieres que nos convirtamos en dos estatuas de hielo. ¡Hace un frío de mil demonios aquí fuera!

El la miró durante unos largos segundos sin decir nada. Esa noche, Selma estaba irresistible, más hermosa que nunca. Seguramente había dedicado buena parte de la tarde a elegir cuidadosamente su vestuario, comenzaba a conocerla y se había dado cuenta de que ella no dejaba nada al azar. En esa ocasión, llevaba el pelo semirrecogido en un moño bajo, dejando al descubierto su bonito y estilizado cuello y sus delicados pendientes de perlas.

Ella rio y sacudió la cabeza.

—De acuerdo.

Hunter se hizo a un lado y cerró la puerta.

—Déjame ayudarte con el abrigo.

—Gracias. —Sintió una corriente eléctrica recorrerle la espalda cuando sus manos rozaron las suyas al darle el abrigo. Como si se tratase de un salvavidas, sus dedos se aferraron a su cartera de mano.

Esa noche, Selma llevaba una falda larga de satén **azul marino** que se ajustaba a su cintura alta y realzaba sus curvas. Una elegante camisa blanca de manga francesa y botones de nácar añadía un toque de sofisticación. Completando su atuendo, unos zapatos de tacón **negros** que alargaban sus bonitas piernas. Sin lugar a dudas alguna, era una mujer deslumbrante.

Hunter pensó que no podía estar más preciosa, pero decidió guardarse el halago para sí mismo. Larissa lo había dejado herido de muerte al abandonarlo. Seguir viviendo como si ella no existiera estaba resultando más complicado de lo que supuso en un principio, especialmente ahora que Mark quería traerla de nuevo a sus vidas. Hizo una mueca de desaprobación con la boca que no pasó inadvertida para Selma.

—¿Ocurre algo?

—No, pasa por favor. Nos están esperando —dijo, intentando que los fantasmas del pasado no le arruinaran la noche—. Los niños están en el salón, jugando con la Play Station. — La miró con una expresión que Selma no supo interpretar—. Sígueme, por favor. Quiero presentarte a mi hermano y a Anna.

Hunter colgó el abrigo en el perchero de la entrada y, seguidamente, se hizo a un lado para dejarla pasar.

Selma se asomó al salón y su sonrisa se iluminó al ver un enorme árbol de Navidad presidiendo la estancia. Se imaginó a los miembros de la casa disfrutando de noches muy especiales envueltos en cálidas mantas, o quizás con una humeante taza de té entre las manos, bajo la luz de las velas dispuestas en fila sobre la repisa de la chimenea. Junto a ellas, los típicos calcetines esperaban ser colmados de regalos por Santa Claus la noche del veinticuatro de diciembre. Observó los tres niños, de diferentes edades, concentrados en la pantalla. El mayor manejaba el mando con una destreza impresionante, mientras los dos más pequeños saltaban y gritaban emocionados por las mejores jugadas de béisbol.

—Creo que, si les interrumpimos ahora, podríamos arrepentirnos —bromeó Hunter.

—¿Quién de ellos es Mark? —quiso saber ella, sin apartar la mirada de los niños. El mayor tenía el pelo de un rojo intenso y la cara salpicada de pecas. Los otros dos eran morenos, y de piel clara también. Eran muy guapos y había cierto parecido entre los tres.

—El que salta más —respondió Hunter, divertido.

Selma pudo sentir ese tono de orgullo paternal en la voz de Hunter. El niño se parecía a su padre: ojos grandes y expresivos y pelo oscuro. Estaba claro que se estaba divirtiendo a lo grande.

Fue en ese instante cuando Mark apartó los ojos de la pantalla y se fijó en ella. Era la primera vez en su vida que veía a una mujer tan guapa, parecía un hada sacada de una de las leyendas escocesas que solía contarle su padre antes de dormir.

Esa mirada intensa y dulce la sorprendió. Por un momento, creyó haberla visto en alguna parte, aunque no podía recordar dónde.

Mark cruzó la mirada con la de su padre. Este le sonrió, hacía mucho que no le veía tan feliz. Dejó a sus primos y se acercó presuroso a la pareja.

—¿Eres Selma?

—Así es. Y tú debes de ser Mark.

La tímida mirada del niño pasó de ella a su padre y a la inversa. Después asintió con la cabeza.

—Sí, soy Mark McKay, encantado de conocerla.

Selma tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no abrazarlo. Era un niño adorable y se notaba que tenía una educación impecable. Hunter estaba haciendo un trabajo encomiable con su hijo.

—Lo mismo digo, Mark.

—Papá dice que usted tiene una receta fantástica de galletas de Navidad.

Mark parecía entusiasmado con la idea.

—Sí, tiene razón, y déjame decirte que es infalible. —Los ojos del niño se abrieron como platos y brillaron como dos estrellas en una noche oscura—. ¿Te gustaría que te ayudara con esas galletas?

Mark sonrió de oreja a oreja.

—Sería genial, aunque no le diga nada a la tía Anna o se enfadará.

Selma no pudo evitar sonreír.

—Está bien. —Hizo un gesto simulando cerrar sus labios con una cremallera—. Hablaré con tu padre y concretaremos un día, ¿te parece?

El niño asintió enérgicamente con la cabeza.

—Ve con Ian y Angus, Mark —le ordenó Hunter—. Tus tíos nos esperan.

—De acuerdo. Muchas gracias, Selma. —Antes de que ella tuviera tiempo de reacción, Mark tiró de su falda. Selma se agachó y, sin previo aviso, el niño le plantó un sonoro beso en la mejilla—. Pareces un hada del bosque —le susurró al oído.

—¡Vaya! —exclamó ella, sorprendida pero complacida—. Bonita manera de dar las gracias.

—Hunter McKay, ¿has secuestrado a nuestra invitada?

—Por supuesto que no, hermano. —Selma sintió que él vacilaba, pero en el último segundo, tomó la palabra. Se volvió y se encontró con la pareja—. Anna, Donel, os presento a Selma Harding.

Selma contuvo la respiración y luego sonrió, tal y como se esperaba de una buena y educada invitada. Donel, el hermano de Hunter, era como la otra cara de la moneda. No se parecían en nada y eso la sorprendió. Su pelo de un rojo vistoso, no pasaba desapercibido. Era tan alto como su hermano, pero sus ojos eran más oscuros y su sonrisa más expresiva. Por otro lado, su esposa Anna parecía ser una mujer interesante, aunque Selma tuvo la impresión de que no parecía contenta de verla allí.

«Una rival se da a conocer enseguida», pensó Selma mientras saludaba a sus anfitriones.

—El salón está ocupado, como puedes ver —señaló Donel a los tres niños que seguían inmersos en el videojuego—, así que iremos al comedor. Selma, estamos encantados de que hayas venido.

—Muchas gracias, Donel. —A ella le gustó que la trataran con familiaridad; le daba cierta tranquilidad. En cambio, Anna se había mantenido en un segundo plano y apenas había intercambiado con ella un par de palabras.

—Ni que decir tiene que lamentamos mucho el incendio —comentó Donel, guiándola hacia el comedor.

—Es como una pesadilla interminable. Espero que la investigación vaya por buen camino —alegó Selma.

El comedor resultó ser una estancia acogedora con un toque moderno. *Una imponente*

mesa de madera envejecida presidía la estancia, fusionándose con la lámpara colgante del techo, creando un efecto de continuidad y armonía. Alrededor, sillas de butaca tapizadas en gris invitaban a sentarse y disfrutar de una buena conversación.

—Hunter ha hecho un trabajo increíble con su informe y eso siempre facilita las cosas al departamento —apuntó Donel—. ¿Te apetece una copa de vino?

—Estaría bien, gracias.

—¿Tinto o blanco? —preguntó esta vez Anna.

—Blanco, gracias.

Selma respiró profundamente, estaba claro que Anna era una mujer difícil de conquistar. Debía tener algunos años más que ella, pero no muchos. Morena, de ojos claros, media melena rizada que rozaba sus hombros y una mirada atenta. Esa noche llevaba un pantalón negro y una blusa fluida satinada en rosa, de cuello redondo y manga larga abullonada que le daba un aspecto sofisticado. Selma dedujo que Anna era una mujer que sabía muy bien lo que quería en la vida, razón por la cual había escogido con esmero su vestuario para la ocasión.

Observó que la decoración del hogar de los McKay era un equilibrio entre la funcionalidad y la comodidad, probablemente obra de Anna. Estaba a prueba de niños: superficies lisas que se podían limpiar fácilmente y tapicería con telas de colores neutros y lavables.

Anna le entregó la copa y Selma salió de su estupor.

—Aquí tienes, Selma. La cena estará enseguida.

La voz de los niños resonó al fondo, llenando la casa de buenas vibraciones.

—Gracias, Anna.

Selma tomó la copa que la cuñada de Hunter le ofrecía. Tenía la impresión de que no iba a ser una velada fácil. Un atisbo de arrepentimiento cruzó su mente por haber aceptado la invitación. Siempre había creído que la felicidad era más un mito que una realidad tangible.

Allí mismo, frente a sus ojos, tenía la prueba viviente de ello. Sin pretenderlo había caído en la trampa. Más que nunca, deseó una casa como aquella, alguien que la amara del mismo modo en que Donel quería a su esposa y una familia como la de los McKay, con niños haciendo ruido en el salón y el comedor repleto de amigos y risas. Sin embargo, en el fondo de su ser, supo que jamás lo conseguiría. No merecía la pena hacerse ilusiones.

«Vuelve a la realidad, Selma», pensó.

Su apellido, como de costumbre, parecía pesar más que su propio carisma.

CAPÍTULO 9

—La cena estaba exquisita. —Selma sonrió educadamente mientras dejaba varios platos sobre la encimera de la cocina, agradecida a su anfitriona—. Los puerros rellenos y el salmón me han encantado. Muchas gracias.

—Viniedo de ti, es todo un halago —dijo Anna, que en ese momento metía algunos platos al lavavajillas—. Ten cuidado, no te vayas a manchar.

—¿Por qué es un halago? —quiso saber Selma, intentando no sentirse molesta por el tono frío de Anna.

—Estoy segura de que conoces los mejores restaurantes de la ciudad.

Selma intentó encajar el golpe lo mejor posible.

—Conozco algunos, sí. Pero nada comparable a esta cena.

En ese momento, mientras Anna aclaraba algunos de los platos, dejó caer uno entre las manos y luego cerró el grifo. El choque de la porcelana contra la pila de la vasija provocó un sonido estridente y compacto.

El ruido sobresaltó a Selma. Sabía que había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa. Durante la cena, Anna se había mostrado educada pero distante con ella. Al principio, pensó que podía ser a causa de la situación, tal vez no estaba acostumbrada a tener una extraña en su mesa. Pero acababa de descubrir que había algo más y tenía la impresión de que lo iba a averiguar en breve.

—No te caigo bien —reconoció Selma.

Anna tomó una profunda bocanada de aire antes de enfrentarse a Selma.

—Mira, no me voy a andar por las ramas. Somos mujeres y, por lo tanto, hablamos el mismo idioma. —Cuando se percató de que había captado toda la atención de su invitada, decidió proseguir—. Conozco a Hunter hace muchos años, es el hermano de mi marido, y entre nosotros no hay secretos. Somos familia, y la palabra en sí toma un significado importante. —Desdobló un trapo de cocina y se secó las manos con él—. Le escuché hablar de ti y me percaté de que lo hacía de una manera muy diferente a como ha hablado de otras mujeres. Eso hizo que sonara una alarma dentro de mí y esta noche he corroborado mis sospechas. Os he estado observando durante la cena. Me he fijado en cómo te mira.

—Y, según tú, ¿cómo me mira? —preguntó Selma.

—Como lo haría un hombre que se está enamorando —recalcó Anna—. Voy a ser sincera contigo. Ha sufrido mucho con su matrimonio, Selma. No te imaginas hasta qué punto. Larissa resultó ser una mujer egoísta que solo pensaba en sí misma; eso destruyó a Hunter y su unión. Con Mark está haciendo un trabajo bárbaro, criar a un hijo por sí solo no es nada fácil. —Apoyó una mano en la encimera y la miró fijamente—. Pero claro, tú no entiendes nada de eso, ¿verdad?

Selma permanecía de pie, en silencio, intentando asimilar lo que Anna acababa de decirle. Se moría de ganas por saber más sobre el matrimonio de Hunter, pero era consciente de que era un terreno delicado que no debía explorar. Era algo íntimo, que solo les pertenecía a ellos. Después de todo, ella era una intrusa. La forma en que Anna se lo recordaba le dolía, aunque se esforzó por no demostrarlo. Cuando Hunter estuviera preparado, quizás confiase en ella. Mientras tanto, intentaba por todos los medios pasar por alto el bullir de sentimientos que se habían despertado esa noche durante la cena. Quería una familia como aquella y deseaba

formarla con Hunter. La idea en sí la pilló desprevenida, pero la realidad se abrió paso y volvió al presente.

Se irguió con dignidad y estudió a la mujer que tenía frente a ella, tratando de ignorar aquella punzada en el estómago que se intensificaba cada vez más.

—Entiendo mejor de lo que imaginas, Anna —comenzó a decir de forma educada—. Pero no me conoces de nada y no tienes ningún derecho a juzgarme de forma precipitada.

Anna dejó caer el trapo sobre la encimera.

—Conozco lo suficiente a Hunter para saber que se enamorará de ti. Es un hombre que necesita cariño desesperadamente y se aferrará a cualquier clavo ardiendo para conseguirlo. Es como su hermano, no pensará en las consecuencias. Se dejan llevar, porque así son los escoceses: fieros, pero siempre con el corazón en la mano. —Cerró un segundo los ojos y luego los abrió—. Selma, ¿no te das cuenta? —No esperó respuesta alguna por parte de su invitada—. Cuando eso ocurra será demasiado tarde para él. Vivís en la misma ciudad, pero en dos mundos muy diferentes.

—¿Intentas deshacerte de mí?

—Estoy siendo sincera —respondió Anna con franqueza.

—Estoy aquí porque él me lo pidió, Anna —intervino Selma—. Y permíteme decirte que el hecho de que seas su cuñada no te da ningún derecho sobre Hunter. Somos dos adultos que tomamos nuestras propias decisiones.

Anna tragó saliva. Sabía que Selma tenía razón, no debía inmiscuirse. Pero había visto sufrir a Hunter hasta la saciedad cuando Larissa le abandonó y no deseaba que volviese a la casilla de salida. En el fondo de su ser tenía el presentimiento de que Selma no era la mujer que su cuñado necesitaba.

—Le harás sufrir.

—Cuando le conocí ya sufría.

Aquella no era la respuesta que esperaba Anna. Inspiró aire antes de tomar de nuevo la palabra.

—Aléjate ahora que estás a tiempo. Para él, serás una decepción más, que superará con el tiempo.

Selma, molesta, asintió.

—¿Crees que no estoy a la altura de Hunter?

Anna sonrió amargamente.

—Mírate, Selma. Si viviésemos en un país donde existiese la nobleza, sin duda tu tendrías un título. —Observó a Selma, de arriba abajo—. Tus zapatos valen más que lo que Hunter gana en un mes. ¿Cómo crees que se sentirá cuando no pueda pagar tus caprichos?

Selma no se podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Mis caprichos, dices? —preguntó atónita—. Voy a ser sincera contigo, Anna. Hunter me gusta, y mucho. Pero no pretendo que pague mis caprichos, como tú dices. Puedo pagármelos yo misma. No necesito a ningún hombre que me colme de regalos, solo a uno que me quiera por quien soy. —Respiró hondo, intentando que su voz no se quebrase—. Existe un dicho popular: «El dinero no da la felicidad». Y es cierto.

Anna bajó la cabeza un instante.

—Pero el dinero ayuda, Selma. Tú mejor que nadie deberías saberlo. Conozco lo suficiente a Hunter para saber que no va a funcionar —le dijo Anna, mirándola directamente a los ojos—. Todavía estás a tiempo. Déjalo marchar.

—¿Esa es la razón por la cual has estado tan fría durante la cena?

—Eres inteligente y observadora —respondió Anna—. Ahora entiendo lo que Hunter ve en ti.

Las manos le temblaban, así que Selma entrelazó los dedos para evitar que el temblor fuese a más.

—¿Tan segura estás?

—Le conozco bien, mucho mejor que tú. Además, Mark necesita una madre a tiempo completo, no una mujer que se pasa horas en su oficina.

Selma no tuvo más remedio que aceptar la realidad. Su trabajo la absorbía y ahora más que nunca. Se había estado engañando, había intentado por todos los medios ocultar lo que comenzaba a sentir por Hunter; aún no era demasiado fuerte y estaba completamente segura de poder deshacerse de ese sentimiento que estaba creciendo en su fuero interno a pasos agigantados.

—De acuerdo. Lo último que quiero es hacer sufrir a Hunter y decepcionar a Mark.

—Es lo mejor, Selma.

—¿Para quién? —A Selma se le quebró la voz al formular la pregunta.

—Para Hunter y el niño, por supuesto.

La herida que Selma había ignorado durante años se abrió. Intentó minimizar el dolor, aunque era tan molesto e intenso como recordaba.

—No tendrás que preocuparte de nada —fue lo único que fue capaz de decir. Cansada y frustrada, miró a Anna—. Tú ganas. Solo seré un mero recuerdo para él.

—¡Selma! —Ella se volvió hacia la voz familiar y se encontró con Hunter, que entraba a la cocina—. Donel quiere hablar contigo.

—Claro, ya voy.

A Hunter no le pasó desapercibido el rostro contrito de Selma.

—¿Todo bien? —preguntó mirando primero a Selma y luego a su cuñada.

—Sí —se apresuró a responder Selma—. Anna ha sido muy amable; solo estábamos hablando.

—¿Seguro? —preguntó Hunter con cierta reticencia.

Ella se obligó a sonreír.

—Más que segura.

—Bien —comentó Hunter con cautela—. Donel quiere hablar del caso, pero si quieres, podemos dejarlo para otro momento.

Selma estaba convencida de que iba a ser la última vez que pisaría esa casa, así que lo mejor era terminar con todo aquello cuanto antes.

—No. —Sonrió e intentó llenar el tenso silencio reinante—. Será estupendo cambiar de aires. Aquí me asfixio.

Sin más dilación, salió de la cocina sin mirar atrás en ningún momento y sin despedirse de Anna.

Hunter entrecerró los ojos, intentando entender lo que acababa de ocurrir.

—¿Va todo bien?

Anna hizo un esfuerzo por sonreír. Se sentía culpable y las palabras que había pronunciado, pesaban sobre ella como una losa. Estaba claro que había herido los sentimientos de Selma.

—Sí —se obligó a responder—. Será mejor que vaya a ver si los niños necesitan algo.

Hunter se quedó solo en la cocina y cerró los ojos un par de segundos. Quería y respetaba a Anna. La mujer de su hermano tenía muchas virtudes y algún que otro defecto, como

cualquier mortal. El peor de todos era que se inmiscuía demasiado en la vida de los demás. En el fondo sabía que quería lo mejor para él, pero tenía la impresión de que esa noche la situación se le había escapado de las manos.

—¿Te suena el nombre de Portia Feeney? —preguntó Donel.

Selma hizo memoria, iba a negar con la cabeza, pero en el último momento relacionó el nombre con una mujer que había conocido en el pasado.

—Sí. —Dudó unos segundos, el rostro de la joven acudió a su memoria—. Era amiga de mi hermano, creo.

Donel abrió la carpeta que tenía entre las manos y sacó una foto.

—Echa un vistazo.

En ese momento, Hunter entró en la estancia.

Ella observó la imagen y reconoció a la mujer: una rubia atractiva, de ojos azules y semblante agradable, que había visitado la oficina en una ocasión para hablar con Adam.

—Sí, es ella. Mi hermano me la presentó una vez. ¿Por qué me lo preguntas?

—El cadáver que los bomberos encontraron en el almacén es el de Portia Feeney.

A Selma se le paralizó el corazón.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Donel guardó la foto en la carpeta—. La pregunta es: ¿qué hacía Portia Feeney en tu almacén a esa hora de la madrugada?

Ella miró a Hunter, que se había sentado a su lado, y percibió su mirada preocupada.

—No lo sé —respondió a Donel—. No teníamos relación alguna y, hasta donde sé, no tenía llave del almacén. A menos que...

—A menos que, ¿qué? —interrumpió bruscamente el hermano de Hunter.

Selma, antes de responder, evaluó todas las posibilidades. No entendía nada. Suspiró profundamente.

—A menos que mi hermano le hubiera dado las llaves.

Hunter la miró ceñudo.

—¿Por qué haría eso tu hermano? Hasta donde sabemos, Portia no trabajaba en la empresa.

—No, que yo recuerde, solo era amiga de Adam. —Tomó su copa y bebió un sorbo de vino, refrescando su boca—. ¿Fue ella la que provocó el incendio?

—No, Selma. Portia Feeney murió antes —comentó Hunter. Observó cómo ella, incrédula, dejaba la copa de nuevo en la mesa, sin apartar la mirada—. No se ha encontrado hollín en sus vías respiratorias ni en su boca, lo que sugiere que el cuerpo ya estaba allí, sin vida, antes de que comenzara el fuego.

Selma intentó procesar aquella información.

—¿Quieres decir que alguien la mató y después la llevó al almacén?

—¿Por qué piensas que la mataron en otro lugar? —quiso saber Donel.

Selma lo miró absorta, sin comprender la pregunta.

—Acabáis de decir que no murió por inhalación de humo, entonces... —Se detuvo y de repente lo comprendió. Aquello no era una simple conversación, era un interrogatorio. En ese momento, se sintió profundamente herida. La cena no había sido más que una trampa—. ¿Me estáis interrogando? —preguntó alarmada, elevando el tono de voz.

—No —se apresuró a responder Hunter. Posó una mano sobre la de ella y pudo sentir su

temblor. Maldijo para sí mismo por haberla puesto en esa situación. Donel solo hacía su trabajo y debía reconocer que lo hacía de una manera excelente. Intentó tranquilizarla con su voz—. Solo queremos saber si recuerdas algo. Cada detalle, aunque parezca insignificante, es importante para esclarecer el caso.

Ella apartó bruscamente su mano de la de Hunter y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que maté a esa mujer? —le preguntó a Hunter—. ¡¿Que estaba fuera del edificio viendo cómo era pasto de las llamas, sabiendo que había alguien dentro?! —Sus ojos se encontraron y ella advirtió hasta qué punto estaba preocupado—. Yo no soy así. ¡No sé quién es, Hunter! —exclamó fuera de sí—. ¡Por favor, tienes que creerme!

—Y te creo —fue la sincera respuesta de él—. Son solo preguntas, Selma. Forman parte del proceso.

—No es verdad —se oyó decir a sí misma—. Me has estado mintiendo desde el principio, ¿no es cierto? —Se levantó precipitadamente de su silla, rota de dolor—. ¡Qué tonta he sido! —Cogió su cartera de mano, que descansaba sobre la mesa—. ¿Puedo irme? —Tragó saliva y luego miró al frente, donde estaba Donel.

—Selma, por favor...

Ella ignoró la súplica de Hunter.

—¿Estoy detenida? —preguntó a Donel, tratando de mantener las lágrimas a raya. Mostrarse como una mujer fuera de control era lo último que deseaba en ese momento .

—Por supuesto que no, Selma —respondió Donel—. Por favor, siéntate y hablemos.

—Creo que ya está todo dicho. —De pronto sintió una opresión muy grande en los pulmones, fue como si todo el aire desapareciera de la habitación—. Llamaré a un taxi. Sacó su teléfono y, con dedos temblorosos, marcó rápidamente. Cuando escuchó una voz al otro lado de la línea, cerró los ojos y vaciló un momento, intentando recordar la dirección. La pronunció rápidamente, casi sin aliento.

—Permíteme que te acompañe —le propuso Hunter, ya de pie—. No necesitas un taxi.

—No, lo mejor es que te quedes con tu familia. —Guardó el teléfono en el bolso—. Ellos te necesitan más que yo. —Sin más dilación salió de la estancia y estuvo a punto de chocar con Anna, que entraba en ese momento.

—Selma, por favor...

Ella la ignoró y se apresuró hacia la puerta principal. Sintió los pasos de Hunter y el corazón se le desbocó. No recordaba dónde estaba su abrigo, así que abrió la puerta y se precipitó hacia la calle. El frío no fue un impedimento; al contrario, fue un estímulo para echar a correr.

Escuchó la voz de Hunter a su espalda, pero la ignoró. La presión en los pulmones se intensificó, señal de que estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad. De repente, se sintió sola en el mundo y eso no la ayudó en absoluto.

¿Por qué nadie la quería?

Como si fuese intervención divina, divisó un taxi al final de la calle. Levantó la mano y el coche se detuvo a su altura mientras la insistente voz de Hunter se desvanecía en la noche.

Entró al vehículo, cerró la puerta y, más cansada de lo que imaginaba, recostó la cabeza en el respaldo del asiento.

—¿A dónde vamos? —preguntó el taxista.

La respuesta de Selma se ahogó entre un mar de lágrimas.

CAPÍTULO 10

El telefonillo del portero se dejó oír por segunda vez.

Selma inspiró profundamente y exhaló lentamente antes de dejar su vaso de *whisky* sobre la mesa y responder, como la vez anterior.

—Disculpe, señorita Harding, pero el señor McKay insiste en verla —dijo el portero a través del receptor.

Ella cerró los ojos unos segundos y después tragó saliva.

—Dígale que suba. Muchas gracias, Max.

Dos minutos después, Selma escuchó cómo alguien golpeaba suavemente la puerta.

—Zanjemos este asunto de una vez por todas —murmuró ella.

Cuando abrió la puerta y tuvo a Hunter frente a frente, todos sus muros cayeron, tal y como lo haría una hilera de fichas de dominó. Se sintió más vulnerable que nunca.

—Hola, Selma.

—Hunter, es muy tarde —se escuchó decir a sí misma—. Y ni siquiera sé cómo sabes mi dirección.

—Está en el informe, tuviste la amabilidad de darme tus datos.

Él tenía un gesto de preocupación que no pasó desapercibido para Selma. Le vio mesarse el pelo y resoplar.

—Lo siento, pero debía insistir. Max, tu portero, es un gran tipo. Se apiadó de mí y aunque no quería volver a llamarte, lo hizo. —Le sostuvo la mirada al ver que ella no decía nada—. Necesitaba verte.

—Es tarde, Hunter —reiteró ella, incómoda.

—He venido hasta aquí para disculparme por lo sucedido en casa de Donel y Anna.

Ella suspiró, pensando que era lo que quería: verlo arrodillado ante ella, lamentando lo ocurrido. Pero el dolor seguía ahí, latente.

—¿Puedo pasar?

—Creo que es mejor dejar las cosas como están.

Hunter sintió cómo la oportunidad se le escapaba. Se apoyó en el marco de la puerta.

—De acuerdo, no me lo vas a poner fácil... me lo imaginaba.

Ella lo miró con interés. Había algo en él que le había atraído desde el primer momento, algo que no podía definir. Era diferente a cualquier hombre que hubiera conocido. Aunque había llegado a una conclusión: era un escocés rudo, tosco y demasiado cabezota de más de un metro noventa de altura que la alteraba más de la cuenta.

—Tienes cinco minutos. —Escuchó su voz cansada y a la vez íntima. Se hizo a un lado y le dejó entrar en su hogar.

Hunter había intentado imaginarse en numerosas ocasiones cómo sería el lugar donde vivía Selma, pero nunca creyó que el ático fuera tan increíble. Se fijó en el suelo de tarima y en la decoración en tonos blancos rotos que creaban un ambiente agradable, abriéndose hacia una magnífica terraza. Los sillones y alfombra, incluso la librería aportaban un toque moderno, mientras que los cojines, con estampados y formas en tonos suaves y femeninos, creaban una atmósfera acogedora. No había rastro de la inminente llegada de la Navidad.

—Te dejaste el abrigo. —Extendió el brazo y se lo mostró.

—No te vas a dar por vencido, ¿verdad?

—Soy escocés de pura cepa, con eso está todo dicho.

Ella suspiró, sabiendo que él no tenía intención de marcharse.

—Puedes dejarlo ahí. —Selma señaló uno de los sillones.

—Gracias. —Hunter hizo lo que ella le pedía, extendió el abrigo sobre el respaldo del primer sillón que encontró y luego se giró para hacer frente a la situación que tenían entre manos. Iba a necesitar más que bonitas palabras. Durante el trayecto había improvisado un discurso de disculpa, que ahora le resultaba anodino y demasiado estúpido para pronunciarlo en voz alta.

—Me dejaste preocupado.

—Como puedes comprobar por ti mismo, estoy bien —se apresuró a aclarar.

Él la miró y, como siempre que la veía, algo se encendió dentro de él. Selma ya no llevaba la misma ropa que en la cena; ahora vestía unas mallas y un jersey de punto holgado y favorecedor, al menos dos tallas más grandes y de color azul cielo. Su pelo estaba recogido en un moño bajo, sujetado tan solo por una pinza. Algunos mechones se habían escapado, dándole un aspecto relajado y bohemio. Le habría gustado atraerla hacia sí y retirárselos del rostro, pero se mantuvo en su lugar, convencido de que si comenzaba a tocarla, ya no podría parar. En lugar de zapatillas, llevaba calcetines estampados con corazones, algo que a él le pareció hasta divertido.

Notó que sus ojos, ya de por sí verdes, brillaban con intensidad, como si hubiera estado llorando. Se sintió el hombre más capullo del planeta.

Al ver que ella no decía nada, carraspeó.

—Siento lo ocurrido.

Ella hizo caso omiso a la disculpa.

—¿Dónde está Mark? —preguntó con la única intención de llevar la conversación a un terreno menos personal.

—Quiso quedarse con sus primos.

—Entiendo.

—Dormiré con ellos y mañana le recogeré. Donel y Anna están de acuerdo en que los niños deben pasar más tiempo juntos.

Aquellas palabras, sin saber muy bien por qué, le dolieron. Estaba claro que para los McKay la familia era importante. Y Anna había sido muy explícita al respecto, dándole a entender que ella no era bien recibida en el clan.

—Hunter, te agradezco que me hayas traído el abrigo. Me encuentro bien, así que ya puedes irte. —Sin mirarle, cogió su vaso de *whisky* y bebió un largo trago.

Él se la quedó mirando fijamente y suspiró.

—Me quedan cuatro minutos de los cinco que me has prometido.

Selma respiró hondo, pero en esta ocasión no dijo nada. Hunter lo tomó como una invitación.

—No deseaba que la noche acabase así. No sabes cómo lo lamento —dijo él con gesto contrito—. Espero que algún día puedas perdonarme.

—Ya te has disculpado. Ya no nos queda más que decir. —Su voz estaba cargada de impaciencia. Bajó el vaso, pero no lo dejó sobre la mesa, lo sostuvo contra el pecho—. Vete, por favor.

—¿Podemos hablar del tema?

—Es lo que llevas haciendo desde que has llegado, ¿no? —fue la ruda respuesta de ella—. Si quieres hacerlo más largo y extendido, pide una cita a Frank y hablaremos en mi despacho, cuando tenga un hueco libre en mi agenda.

Él metió las manos en los bolsillos del pantalón, ladeó la cabeza y la observó con

atención.

—Comprendo. Volvemos al principio.

—Así es. — Selma se dirigió al sofá y se sentó en su confortable brazo, poniendo distancia entre ellos. Le devolvió la mirada, pero pronto comenzó a sentirse incómoda.

Él le respondió con una vaga sonrisa.

—¿Es una especie de castigo?

Ella bebió otro sorbo de *whisky* y le observó sobre el borde curvo del vaso. Fue incapaz de sostenerle la mirada. ¿Cómo había podido creer que podía echar de su vida a Hunter, así como así?

—Hunter, estoy cansada. Ha sido una noche muy larga y...

—Desagradable. —Él terminó la frase por ella.

—Sí, y desagradable. Tú mismo lo has dicho.

Un silencio tenso y abrupto se hizo entre ellos. Fue Hunter quien decidió romperlo.

—Me disculpo en nombre de mi hermano y en el mío propio —dijo con voz profunda—.

No era nuestra intención hacerte sentirte incómoda, te lo aseguro.

—Para no ser vuestra intención, lo habéis hecho de maravilla —se quejó Selma.

Él esbozó otra de sus sonrisas, esta vez más cautelosa.

—Separar el trabajo de la vida familiar es algo complicado.

Ella lo sabía mejor que nadie, quizás por eso cedió. Pero el hecho de entenderlo no implicaba aceptarlo. Se había sentido humillada y esa sensación era algo que iba a tardar en olvidar.

—Ya has dicho lo que venías a decir, ahora vete.

—Selma...

—No me gustan las emboscadas, Hunter —dijo resolutiva.

—De acuerdo, esta no es la reacción que me esperaba.

—¿Y qué esperabas? —profirió ella cuando él ya se dirigía a la puerta—. ¿Que se incendiase mi mundo para que tú pudieras apagarlo? Pues no ha sido así, Hunter McKay.

Él se giró de mal talante, la contempló en silencio y se limitó a alzar lentamente una ceja.

—¿Es que crees que he venido por eso? —preguntó irritado—. Estaba molesto con mi hermano e intranquilo por ti, maldita sea. —En un par de zancadas se colocó frente a ella, tomó su barbilla con la mano y le retiró un mechón de pelo de su bonito rostro. Algo que estaba deseando hacer desde que puso un pie en ese ático. Le habló muy cerca de su rostro—. Me importas, Selma. Quizá demasiado, y no puedo pensar con claridad ni dormir por las noches, pensando en ti y en tu seguridad.

Ella sintió el cálido aliento de Hunter sobre su rostro. Los ojos de él eran de un azul glacial que a ella le hizo estremecerse. Sintió sus dedos en la mejilla. Su caricia la hizo temblar de deseo, dejando escapar un suspiro entrecortado.

—Solo estábamos haciendo nuestro trabajo; puede que abordáramos esto de manera equivocada, lo reconozco —admitió él—. Pero no tienes ni idea de hasta qué punto estoy preocupado por ti.

Selma sintió que se le cerraba la garganta. Todo aquello no podía ser una buena idea; aun así, cerró los ojos unos segundos para extinguir las dudas que se aferraban a ella.

—¿Me consideras sospechosa? —preguntó con voz tenue.

—Claro que no. Ni Donel tampoco; se dejó llevar por el momento y nada más irte, lo lamentó.

Ella hundió un poco los hombros y exhaló un suspiro. Con Hunter tan cerca no podía

pensar con claridad. Dejó el vaso y se alejó.

—Tengo miedo —confesó. Escucharlo en voz alta hizo que admitiera su desasosiego.

Hunter la miró y su expresión se suavizó un poco.

—Estoy aquí, Selma, y no voy a permitir que te ocurra nada malo. Te lo prometo. — Aunque sabía que no debía tocarla, él ignoró su propia advertencia y acortó la distancia que los separaba. Sus cuerpos se rozaron de nuevo.

Selma se fijó en su semblante, era el de un hombre cansado. Era más que evidente que le estaba dedicando muchas horas a este caso.

—No puedes prometer algo así.

—Claro que sí —dijo acercando los labios a los suyos sin rozarlos. La atrajo hacia él lentamente y la envolvió en sus brazos—. Puedo y lo haré. Me aseguraré de mantenerte a salvo.

Selma percibió su frustración y el deseo contenido de Hunter. Apoyó la mejilla sobre su hombro. Sintió la mano de él frotándole la espalda. Una caricia demasiado íntima para dos casi desconocidos. La preocupación y el sentimiento de culpa hicieron mella en ella. Todo aquello era absurdo. No iba a funcionar.

—Esto es un error y deberíamos dejarlo aquí; no complicar más las cosas entre nosotros —alcanzó a decir Selma—. Lo mejor será que nos ciñamos al plano profesional.

Hunter la apartó con suavidad y la miró a los ojos, tragándose la rabia y un impropio. La atmósfera pareció congelarse de repente. Se podía respirar la tensión en el aire; sin embargo, ninguno de los dos dijo nada durante unos largos segundos.

—¿Es eso lo que realmente quieres? —quiso saber él, con la mandíbula tensa, temiendo la respuesta—. ¿Deseas que me vaya? Si es así, no miraré atrás y lo haré. Y no me volverás a ver jamás. Todo lo que tengamos que hablar lo haremos a través de terceros.

Ella inspiró hondo y se perdió en el mar azul de sus ojos, clavados en su rostro. Su estoica expresión hablaba por sí sola. Y descubrió que mentirse a sí misma y ocultar sus sentimientos al mundo era un proceso de lo más agotador. No cabía duda de que había perdido una batalla que no tenía ni idea de haber comenzado.

—No va a acabar bien —se obligó a decir, más para sí misma que para Hunter.

—¡Por el amor de Dios, Selma! Ni siquiera ha empezado, sea lo que sea esto.

Lo vio apretar los labios mientras su expresión se tornaba angustiada. Los ojos de él eran fríos y ella empezó a darse cuenta de lo enfadado que estaba realmente.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un escocés muy testarudo?

—Más veces de las que te imaginas —respondió, muy serio, con sinceridad.

Selma nunca pensó que el deseo podía suscitar una reacción tan próxima al miedo.

—No imaginas hasta qué punto te deseo —comentó él muy cerca de su boca—. Te deseo desde el primer instante en que te vi, preocupada, despeinada, en pijama y con la mirada expectante ante un fuego letal y devastador. Dabas la impresión de ser una mujer en apuros, indefensa... nada más lejos de la realidad —se apresuró a aclarar.

Sus palabras la hicieron estremecer y todo su control, que había conseguido reunir los últimos minutos, se desvaneció como por arte de magia. El silencio se instaló entre ellos, un silencio cargado de emociones no expresadas. Selma luchaba consigo misma, entre la prudencia y la necesidad de sentir. Hunter, por su parte, parecía contener un huracán de sentimientos, reflejando una serenidad forzada.

—No puedo permitirme cometer errores —murmuró Selma, con la voz temblorosa.

—Y yo no quiero ser un error —respondió él, con una sinceridad cruda y vulnerable.

Una tensión palpable se extendió por la habitación, como si estuvieran al borde de un

abismo emocional. Ninguno se atrevía a dar el paso definitivo, conscientes de las consecuencias que ello acarrearía.

La estancia se llenó de nuevo de un silencio inquietante, como si esperara la decisión que ninguno estaba dispuesto a tomar.

—Es una locura —dijo Selma con determinación, desafiando la aprensión que sentía muy dentro de su ser. Como empresaria y sabía muy bien cuáles eran los compromisos que debía evitar y, este, sin duda, era uno de ellos—. Es un riesgo inmenso.

—Tal vez —respondió él, su voz ronca y profunda—. Pero la vida está llena de riesgos, ¿no es así?

—Hunter, no lo entiendes —musitó con los ojos fijos en los suyos.

—Entiendo más de lo que imaginas —contestó con calma, su tono era un reflejo de las complicadas experiencias y decisiones difíciles que había tomado a lo largo de su vida. —Pero podemos no arriesgarnos y dejar pasar esto, sea lo que sea.

Era una oferta tentadora, pero no complaciente.

—¿Qué ocurrirá después?

—No lo sé —respondió él sinceramente. —Eso dependerá de nosotros.

A pesar de conocer los riesgos, Selma estaba dispuesta a no dejar pasar esta oportunidad. Inspiró profundamente y se olvidó de respirar cuando sus ojos tropezaron nuevamente con los de él.

—Quédate... —Se escuchó decir.

Él la miró intensamente durante un largo y caviloso instante.

—¿Eso es un sí? —preguntó Hunter con calma aparente.

—Es una locura, pero en definitiva... es un sí —confesó ella, sabiendo que la proximidad de Hunter derribaba sus defensas, haciendo añicos cada barrera que había levantado para protegerse.

Hunter no le dio oportunidad de objetar. Se acercó, rodeó con sus brazos su cuello y, de puntillas, acarició los labios de Hunter. Él, entre sorprendido y excitado, asaltó su boca saboreando y prolongando el beso. Selma dejó escapar su nombre entre sus labios mientras gemía, agarrada a él. Cerró los ojos y se dejó llevar, presa de esa sensación devastadora que había surgido entre ellos. Sus labios eran tal y como había imaginado: duros y exigentes. Entreabrió la boca y sus lenguas empezaron a jugar a placer mientras él la acorralaba contra la pared.

Dios, Selma lo volvía loco y estaba seguro de que hacerle el amor sería como tocar el cielo. Le separó los labios y el aroma a *whisky* se entremezcló con su deseo por ella. Aceptó de nuevo su lengua y la excitación no se hizo esperar, se volvió aún más urgente. Estaba duro como una piedra y, si quería que aquello durase más de un asalto, debía tomar distancia.

Pero los gemidos de Selma no pudieron apartarle de su lado. Recorrió con su mano las curvas de su precioso cuerpo y cuando llegó al cuello se deshizo de la pinza. Su pelo castaño cayó como una cascada sobre sus hombros. Dejó que la espesa cabellera se derramara entre sus dedos, era como tocar seda. En ese instante, Selma arqueó la espalda, ofreciéndose, y eso fue lo que le desarmó.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó Hunter con voz apremiante.

—Al fondo, a la derecha —logró responder ella.

Hunter la atrajo hacia sí y la besó. El beso fue devastador, salvaje, casi hiriente. A continuación, la tomó en brazos y la llevó a toda prisa en volandas a la habitación.

Empujó la puerta con el hombro, avanzó algunos pasos y la depositó en la cama. Acto

seguido, se tendió sobre ella. El colchón cedió al peso de Hunter.

—Hace mucho que no hago esto —dijo mientras la volvía a besar lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Y necesito que salga bien.

Selma alargó la mano y tocó con los dedos el duro y palpitante torso masculino. Se preguntó si la última vez que él había hecho el amor habría sido con su exmujer. Seguramente no.

—Deberías quitarte el abrigo. Así será más sencillo, ¿no crees?

Selma le vio sonreír y luego cabecear afirmativamente.

—Sin duda, he perdido práctica.

—No lo creo. —Selma apretó los labios al tiempo que sacaba los faldones de la camisa. Seguidamente, desató el botón del pantalón.

Hunter, con la mirada entrelazada con la de ella, se incorporó y posó los pies en el suelo. Se quitó el abrigo y el jersey y los dejó caer sobre una silla que había al lado de la cama. Se descalzó sin apartar la mirada de Selma. Acababa de descubrir que era una mujer de gran belleza y muy pasional. Era una verdadera tentación, allí tumbada sobre la colcha. Se desabrochó la camisa y a continuación deslizó los brazos fuera de las mangas, después fue el turno del pantalón. Por último, los calcetines.

—Pareces una diosa.

—Mmm —fue la única respuesta por parte de ella.

Hunter estaba a punto de quitarse los calzoncillos cuando ella le detuvo.

—Es mi turno.

Él se precipitó a la cama y comenzó a desvestirla sin prisa alguna. Tiró de las mallas hacia abajo mientras deslizaba sus manos sobre las suaves y redondeadas esferas de su trasero. No había suavidad en sus gestos; más bien desesperación. Enganchó el borde de sus bragas con los pulgares y las arrastró también. Selma era una mujer inmensamente hermosa. Le abrió las piernas y pegó su boca a su sexo, lamió su esencia y luego besó su intimidad, buscando más, intentando saciarse de ella, aunque eso lo veía improbable. Era perfecta en todos los sentidos y eso de alguna manera lo asustó. Su piel aceitunada era suave al tacto y le abrasó cuando dejó un reguero de besos y estimuló el clítoris.

La escuchó jadear, gritar y llegar al orgasmo, casi todo al mismo tiempo.

El mundo de Selma estalló en mil pedazos cuando el éxtasis la alcanzó. Se tragó el miedo y ese desconocido e incipiente sentimiento que bullía en su interior. Las manos de él eran grandes, rudas y duras, pero a la vez increíbles, capaces de despertar en ella una sensación de plenitud que nunca había experimentado. Cada roce, cada caricia, la sumergía en una sensación de vitalidad intensa y desconocida. Hunter, con determinación, tiró del jersey de Selma, se lo sacó por encima de la cabeza, y lo lanzó lejos sin mirar atrás. En ese preciso instante, mientras Hunter se deshacía del sostén, ella estudió su expresión. Era la de un hombre complacido y excitado al mismo tiempo, un rastro de anhelo mezclado con satisfacción en sus ojos azules, que brillaban con un deseo ardiente. El ambiente cargado de expectación y deseo, con sus corazones latiendo al unísono, los llevaba a un punto en el que cada gesto y cada mirada hablaban un lenguaje propio, un lenguaje de deseo y atracción que se apoderaba de la habitación. Él se quedó sin aliento cuando admiró unos pechos tan firmes, redondos y perfectos. Pasó la mano por uno de ellos y lo amasó con cuidado. Eran el sueño de cualquier hombre.

—Eres perfecta —susurró antes de capturar con su boca el pezón duro. Ella gimió y se arqueó hacia él.

La urgencia de Selma se hizo más que evidente. Podía sentir su cuerpo duro y musculado

sobre ella. Sintió cómo él deslizaba, de nuevo, una mano entre sus muslos y el íntimo contacto le provocó otro espasmo de placer. Deslizó un dedo en su interior y después otro, trazando lentas y delicadas rotaciones y empujando lenta y profundamente.

Ella abrió la boca buscando una bocanada de aire y se encontró con la de Hunter, que entrelazó su lengua con la de ella. Gimió contra sus labios mientras los dedos de Hunter jugaban con su unión húmeda.

—Necesito un preservativo —exigió con voz ronca.

Ella, desbordada de placer, no comprendió en un primer momento lo que él le pedía.

—Selma, por favor. Necesito un preservativo —repitió con apremio.

Ella pareció salir de su estupor y se limitó a señalar el cajón de la mesita.

La percepción del tiempo se perdió, le dio la impresión de estar volando. Hunter liberó su sexo del calzoncillo mientras rasgaba el envoltorio del preservativo y lo ajustó en su miembro palpitante y duro, de un tamaño más que considerable.

Saciada por sus dedos, sintió cómo Hunter le abría las piernas y se colocaba de nuevo sobre ella. Cuando la penetró, Selma suspiró y jadeó de puro placer por la íntima y abrupta invasión. Le escuchó pronunciar una imprecación y respirar entrecortadamente sobre su boca varias veces. Le escuchó gruñir, empotrándola más todavía contra el colchón, mientras sus lenguas se deslizaban y enroscaban sin dificultad.

—Dios, Selma, no creo que pueda...

No terminó la frase. A un ritmo frenético, Hunter la embistió en varias ocasiones con una fuerza asombrosa que la hizo ahogarse en su propio gemido y en una explosión de placer hasta ahora inexistente para ella. Segundos después, ambos cuerpos estallaron y una necesidad poderosa los llevó hasta el éxtasis más exquisito.

CAPÍTULO 11

El resplandor de un halo furtivo de luz se coló por un hueco de la cortina. Hunter abrió los ojos y se encontró en una habitación desconocida y en una cama que no era la suya. Era curioso, siendo él un hombre meticuloso con los detalles, particularidad inherente a su profesión. Sin embargo, la noche anterior, sus cinco sentidos se habían enfocado exclusivamente en Selma, dejando de lado el espacio físico que compartían.

La habitación, al igual que el resto del ático, emanaba calidez. Los espacios estaban integrados, nada estaba saturado. La habitación, con paredes de un tono arena suave y muebles blancos, parecía invitar al confort. Y él se sentía demasiado a gusto, una sensación que, de alguna manera, lo desconcertaba.

Había estado muy ocupado intentando controlar el torbellino de placer que lo había arrastrado y, aunque se encontraba más que satisfecho, perder el control no era su estilo, ni siquiera cuando Larissa lo dejó. Siempre había sido un hombre reservado, vinculado a la prudencia, pero con Selma, todo parecía diferente. Se sorprendió deseándola nuevamente.

Respiró profundamente, pero no le sirvió de nada. Seguía excitado.

A su lado descansaba la mujer que había derribado todas las barreras que él, con esfuerzo, había construido a lo largo de los años. La contempló con asombro; era una mujer excepcional que lo había sorprendido gratamente durante la noche. Hacerle el amor varias veces había sido asombroso y de lo más satisfactorio. Su respiración tranquila y regular indicaba que aún dormía. Se pasó la mano por la cara y sopesó la situación.

Todo esto escapaba a su control y dudaba si eso era beneficioso para él. Y, sobre todo, si era bueno para Mark.

El colchón se movió bajo su cuerpo. Ladeó la cabeza y se encontró con los ojos más bonitos que había visto en su vida. Sí, allí desnuda, y con esa mirada incendiaria, parecía una diosa.

«Cuidado, Hunter. Estás pisando arenas movedizas», pensó.

—Estás despierto —ronroneó ella.

El arrullo de su voz le encendió de inmediato. Sin embargo, se contuvo. Acomodó la almohada con la palma de la mano y la miró fijamente.

—He dormido poco, tres horas a lo sumo.

—Ya, me lo imagino.

La risa de ella no se hizo esperar. Hunter se dijo a sí mismo que debía ser un momento incómodo para ambos, pero la realidad era diferente. A su lado, se sentía completo y sorprendentemente bien. Y eso no debía ser así. No se consideraba un santo; había tenido encuentros sexuales con otras mujeres, aunque no con frecuencia ni regularidad. Pero siempre había sido cuidadoso, sus encuentros no duraban más de lo necesario, lo suficiente para satisfacer el deseo de su pareja y el propio.

Se consideraba un hombre metódico que se protegía a sí mismo y a su hijo.

—He estado contigo toda la noche, así que puedo confirmarlo: tampoco he dormido mucho.

Él levantó la cabeza y le mordisqueó el hombro.

—Ha sido una noche memorable.

—Sí, muy distinta de lo que suelo hacer.

Hunter la miró con curiosidad y ella se reprendió por no medir sus palabras.

—No traigo hombres a mi casa.

—¿En serio?

Ella arrugó la nariz.

—La verdad es que eres el primero. —Le resultó divertido el gesto que hizo Hunter—. Soy una mujer del siglo veintiuno: sensual y precavida al mismo tiempo.

—Vaya, no dejas de sorprenderme.

Selma se pasó la lengua por los labios reseco bajo la atenta mirada de Hunter.

—Existen los hoteles.

Hunter sonrió.

—Sí, lo sé.

—De acuerdo, entonces. —Apoyó la cabeza en el hombro de él y echó un vistazo al despertador—. Debo levantarme, tengo trabajo pendiente.

—¿Nadie te ha dicho que hoy es domingo?

Ella rio y para Hunter fue música celestial.

—Mi jornada es de diez horas, siete días a la semana.

Recordó que ella había utilizado esa misma frase en su despacho, cuando él había ido a verla.

—Eso no puede ser bueno para la salud.

—Es posible, pero tengo una empresa de la que ocuparme. Y antes necesito un café y una ducha. En ese orden.

Hunter subió la mano por su pierna y pasó sutilmente por su cadera para terminar acariciando su pecho.

Ella sofocó un gemido placentero.

—Me pregunto en qué momento me saciaré de ti —susurró él contra sus labios.

Ella fue a protestar, pero Hunter la silenció con un beso.

Hunter revolvió los espárragos verdes en la sartén con una espátula, viendo cómo tomaban color poco a poco. Les agregó una pizca de sal y pimienta negra.

Pensó que debería sentirse incómodo en aquella cocina, pero lo cierto es que no era así. Abrió un armario en busca de las especias, pero no las encontró así que optó por bajar el fuego y romper los huevos para luego echarlos en un bol.

Al fondo, se escuchaba cómo el agua corría en la ducha. La idea de dejar el desayuno allí a medias, sorprender a Selma y volver a hacerle el amor se hizo más que apremiante, pero en vez de eso, aumentó el ritmo a la hora de batir los huevos con el tenedor. Debía andarse con pies de plomo, todo aquello era ya de por sí una locura, pero sin duda, una locura maravillosa.

La situación no debía sobrepasar los límites. Ambos habían hablado y llegado a un consenso y lo mejor era no acelerar la situación: nada de compromisos, solo sexo.

«Y así debe ser», pensó Hunter, dejando el bol sobre la encimera.

Ignoró su voz interior, ese grito arraigado que le instaba a huir del ático, cerrar la puerta tras él y dejar atrás una noche inolvidable con la mujer más fascinante que había conocido en su vida.

El sonido del agua cesó de repente, solo escuchó el crepitar de los espárragos en la sartén. Añadió los huevos, ralló un poco de queso y los revolvió con la misma maestría que lo haría un chef.

Cuando escuchó pasos tras él, se giró. Selma estaba allí, con una bonita sonrisa en los labios. Su vestimenta era similar a la de la noche anterior, cuando él llamó a la puerta: mallas oscuras y un jersey holgado, con la única diferencia de que los calcetines tenían un bonito dibujo floral y llevaba una toalla enrollada en el pelo.

—Huele bien —se limitó a decir.

No tenía ningún sentido creer que la ducha la había relajado. Ver a Hunter en su cocina, con los vaqueros sin abrochar y la camisa desabotonada era todo un regalo para la vista. Carraspeó y apartó la mirada.

—Eso espero, estoy poniendo todas mis artes culinarias en estos huevos revueltos —bromeó—. Por cierto, no encuentro el pan.

—Es que no hay pan.

Selma rio y la risa anidó en el corazón de Hunter.

«Esta situación no debería ser tan sencilla ni tan placentera», pensó él.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

Ella asintió, divertida.

—Puede que haya unas tostas aquí arriba. —Se dirigió a uno de los armarios, lo abrió y rebuscó en su interior—. ¿Te sirven?

Él observó el paquete de tostadas en la mano de Selma. A ella le divirtió su gesto, estaba claro que Hunter no estaba acostumbrado a desayunar así.

—Eso mejor que nada.

—Bien. —Ella cerró el armario y dejó el paquete en la encimera—. Me muero de hambre.

Él la miró entre divertido y curioso.

—Con los alimentos que tienes en esta cocina, no me extraña en absoluto.

Con una risita, le dio la espalda.

—Será mejor que vaya a secarme el pelo.

—¿Tienes orégano o albahaca? —preguntó él antes de que ella saliera.

—No lo sé. —Selma se dirigió a un pequeño armario cerca del frigorífico.

—¿No lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—No suelo cocinar mucho aquí. —Le miró por encima del hombro—: ¿sorprendido?

—Supongo que no. —Dejó la espátula sobre el borde de la sartén y arqueó una ceja—. Un momento, a ver si lo entiendo: ¿no cocinas, pero sabes hornear galletas?

Ella percibió su sorpresa.

—La repostería me relaja, aunque confieso que hace mucho tiempo que no amaso nada con las manos. Pero lo que bien se aprende, nunca se olvida. —Inclinó la cabeza hacia un lado y le sonrió—. Mi abuela me enseñó bien.

Hunter no tenía ni idea de cómo lidiar con todas esas nuevas sensaciones que brotaban a cada minuto que compartía con ella.

—Estoy ansioso por probar esas galletas. —Agarró su taza de café y se la llevó a los labios.

—¿Percibo una pizca de ironía en tus palabras, inspector?

—Decir «pizca» es quedarse corto.

Ella torció la boca en un mohín que él encontró encantador.

—Además de las galletas, te comerás tus palabras.

Hunter rio de buena gana.

Selma ignoró a Hunter. Se giró y abrió un par de armarios hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí están. —Cogió algunos botes y los estudió. Hunter disfrutó viendo cómo ella fruncía el ceño al leer las etiquetas—. De acuerdo, orégano y curry. ¿Te sirve?

—Tendrá que servir. —Él le guiñó un ojo. Selma se olvidó de respirar—. ¿Me pasas las especias, por favor?

—Sí, claro —respondió, como si de repente despertara de un sueño.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió ella—. Mejor que bien. Será mejor que me vaya a secar el pelo de una vez por todas.

Lo decía en serio, cada minuto que pasaba en esa cocina, la idea de tirarse a los brazos de Hunter se volvía más tentadora.

—¿Qué demonios te pasa, Selma? —se preguntó en un susurro frente al espejo del baño. Cogió un cepillo y se lo pasó por el pelo con demasiado énfasis. Su aspecto era horrible, tal vez porque las ojeras eran más que notorias. La piel bajo sus ojos estaba oscurecida por la falta de sueño. Se frotó la cara con las manos, preocupada—. Vamos, cálmate. Nada de enamoramientos. Él se irá tarde o temprano y no lo volverás a ver. A no ser que haya otro incendio en uno de tus edificios, y eso es mejor que ni lo pienses. Ya tienes demasiados problemas.

Sacó el secador de uno de los cajones del armario del baño y lo enchufó.

—Respira hondo —murmuró para sí misma—. Es hora de conectar con la realidad y dejarte de tonterías. Él tiene su propia vida, un hijo y nada que ofrecerte.

Y lo decía en serio.

En la vida de Hunter no había cabida para ella.

Una hora más tarde, Selma bebía su segunda taza de café.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? Todo estaba delicioso —preguntó a Hunter, mirándolo fijamente.

—Supongo que cuando eres padre, te esfuerzas por aprender —confesó él sin más.

—Mark es maravilloso —dijo ella, sonriendo.

—Sí que lo es. Es el motor de mi vida.

—Por supuesto. —Estaba claro que Hunter era un padre increíble y Mark era un niño afortunado. Dejó la taza sobre la mesa y respiró hondo—. Debió ser duro.

Él pareció leer la pregunta en su mente.

—¿Qué me dejara Larissa?

Ella asintió tímidamente.

Hunter se tomó su tiempo antes de responder.

—No te imaginas hasta qué punto. De la noche a la mañana te encuentras con un niño que reclama a su madre sin parar y pidiéndole a tu jefe trabajar desde casa para poder estar más tiempo con él. Dejas de ver a tus compañeros y, desde ese momento, solo te centras en lo que realmente importa. No hay tiempo para lamentaciones ni disculpas. —Siempre que pensaba en su exmujer sentía una punzada de ira que no se disipaba fácilmente—. Pero llegas a acostumbrarte. Lo cierto es que los Crane me han ayudado mucho.

—¿Quiénes son los Crane? —se interesó ella.

—Mis vecinos. Una pareja estupenda que ejerce de abuelos y he de reconocer que se les da de maravilla.

—Entonces, después de todo, puedes considerarte un hombre afortunado.

Él no tuvo que pensar demasiado la respuesta.

—Sí, creo que lo soy. —La miró de una forma que a ella la excitó. Sonrió y después se llevó la taza a los labios.

—¿Y tus padres? —se atrevió a preguntar.

Él no respondió de inmediato.

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años.

—¡Dios mío! Lo siento, Hunter.

—Fue duro, lo admito. Pero el tiempo lo cura todo, o eso dicen. El dolor tarda en disiparse y termina convirtiéndose en un recuerdo —reveló—. Mi padre volvió a casarse años más tarde, con Beth. Es una mujer agradable.

—¿Cómo se vive bajo el mismo techo con una madrastra?

Él rio.

—No tiene nada que ver con el cuento de Cenicienta, si a eso te refieres. Cuando Beth llegó a nuestras vidas, Donel y yo ya no vivíamos en casa —explicó—. Así todo fue más fácil. Reconozco que mi padre es un escocés inteligente.

«Probablemente, la adolescencia de Hunter fue más feliz que la mía», pensó Selma, recordando a sus padres.

—¿En qué piensas? —quiso saber él al verla tan abstraída.

—En nada importante. Dime, ¿hablas gaélico?

Hunter esbozó una media sonrisa que se le borró al instante.

—No tan bien como me gustaría. —Percibió su desencanto—. Ahora creerás que he perdido todo mi *sex appeal*.

Ella soltó una risotada.

—No, para nada. Creo que eres un tipo increíble.

—¿En serio? —preguntó él, arqueando una ceja.

Ella inclinó la cabeza a un lado y le miró con una sonrisa en los labios.

—¡Que no se te suba a la cabeza, por favor!

Él volvió a reír.

—Está bien. No insistiré si tú no lo haces. Es duro para un escocés admitir que no habla gaélico con fluidez.

Sí, era un buen hombre y eso iba a ser un gran problema.

—¿Vas a contarme qué te dijo Anna anoche? —soltó él de pronto.

Ella se humedeció los labios y tomó aire. Aunque le sorprendió el cambio abrupto de tema, decidió no comentar al respecto.

—Si te digo que son solo cosas de mujeres, ¿bastará?

—No, pero voy conociéndote y sé cuándo debo dejar de preguntar. —La observó con gesto amable—. Anna solo se preocupa por nosotros.

—Soy muy consciente de ello.

Él inhaló, tal vez convencido de que debía insistir, mientras se tiraba del lóbulo de la oreja.

—Selma...

—Sois una familia, Hunter —lo interrumpió ella—. Y los miembros de una familia se cuidan entre sí. Puedo entenderlo. —Apoyó los codos en la mesa y, pensativa, preguntó—: ¿Puedo enseñarte una cosa?

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

Ella dejó atrás el taburete de la cocina y salió. Hunter aprovechó ese tiempo para apurar su café. Cuando Selma regresó lo hizo con un iPad entre las manos.

—¿Debo preocuparme?

Ella se sentó de nuevo.

—Supongo que no. Pero anoche, antes de que vinieras, recordé algo.

—¿Qué? —quiso saber él.

—Supongo que estás al tanto de que mi hermano murió en un accidente de avioneta.

No tenía sentido mentir en este punto de la historia. Él era meticuloso en su trabajo y había investigado a Selma. Sabía que Adam Harding había fallecido hacía seis meses, cuando perdió el control de su avioneta y esta se precipitó al vacío. El informe no aclaraba el motivo, sugería que un banco de niebla podría haber sido el causante.

Había visto fotos de Selma en el funeral. Las revistas del corazón y algunas páginas web se habían hecho eco de la trágica noticia. En las imágenes se veía a una mujer rota por el dolor, protegiendo su tristeza detrás de grandes gafas de sol. Vestida de negro, parecía más vulnerable. En algunas fotos estaba junto a Gerard Morley y en otras con su amiga Ginny, pero siempre distante de sus padres, un detalle que le llamó la atención.

Gerard Morley era como un grano en el culo: no se dejaba ver mucho, pero resultaba demasiado molesto para su gusto.

—Sí, estoy al tanto, Selma. Y no sabes cuánto lo lamento.

Ella asintió y Hunter notó cómo un velo de tristeza nublaba su mirada. No poder protegerla de los malos recuerdos era duro.

Vio cómo el dedo de Selma se deslizaba por la pantalla del iPad.

—Mira.

Ante Hunter apareció la imagen de un hombre más joven que él, sonriente junto a su avioneta. Amplió la imagen y descubrió que compartía un parecido con Selma. Había visto algunas fotografías del fallecido, pero ninguna tan nítida como esa.

—¿Tu hermano?

—Sí. Le encantaba ese trasto.

Él apartó los ojos de la pantalla y cruzó la mirada con Selma.

—Debe ser duro.

—Ni te imaginas. —La vio sonreír con nostalgia a la foto—. No encontraron su móvil.

—Debió ser un rescate complicado. —Hunter recordó el informe del accidente que indicaba que solo encontraron restos del cuerpo mezclados entre el almacén carbonizado del aparato. Decidió guardar ese detalle para sí mismo, no tenía sentido provocar más dolor.

—Sí que lo fue —comentó Selma, sin despegar los ojos de la pantalla—. Cuando la policía me lo dijo, no me lo podía creer. No siempre nos llevamos bien, pero los últimos dos años estábamos más unidos que nunca.

—Lo siento, Selma.

Ella dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—Sí. Yo también. Nunca le perdonaré que me dejara sola.

Él quiso decir que no estaba sola, que lo tenía a él. Pero optó por guardar silencio y, en cambio, extendió la mano para acariciar suavemente la de ella.

—Mis padres siempre fueron fríos y desde la muerte de Adam, aún más. Solo piensan en sus intereses económicos. Nosotros, sus hijos, solo éramos peones para mostrar al mundo la imagen de una familia feliz. —Infló las mejillas y soltó el aire despacio—. Tengo la impresión de que ellos desean que vuelva a ser la niña que fui. Hablamos poco y cuando lo hacemos es para

reprocharnos muchas cosas, rara vez algo bueno

—Selma...

Ella lo miró y captó un destello en los ojos de él.

—Es complicado, sin más. Lo lamento, estoy convirtiendo el desayuno en algo melodramático y no era mi intención.

—Selma, estoy aquí. Puedes confiar en mí, contarme lo que sientes. Ten por seguro que siempre te escucharé —le aseguró Hunter.

Ella se perdió en la profundidad de sus ojos, en ese mar azul de fingida calma.

—Gracias. Pero no era esto lo que quería enseñarte. Este es el iPad de mi hermano, por algún motivo lo dejó en mi casa. No me había acordado de él hasta anoche —continuó al margen de sus pensamientos—. Lo busqué y lo encendí. Mi hermano nunca fue muy bueno para las contraseñas. Siempre utilizaba la misma, así que no fue difícil.

Vio sonreír a Hunter. Era una sonrisa de cautela y no le culpaba. Volvió a deslizar el dedo por la pantalla a una velocidad vertiginosa.

—Entré en su correo electrónico.

—No sé si sabes que has infringido algunas leyes... —preguntó señalando la tableta.

Ella ignoró la pregunta en tono irónico y se concentró en lo que tenía entre manos.

—Aquí está.

—¿Quién es? —preguntó Hunter, examinando al detalle a la agraciada mujer que sonreía a la cámara.

—Es Portia Feeney.

Hunter levantó la vista y la miró con asombro.

—No la he reconocido.

—Hay varias fotos de ella y mi hermano. —Señaló una de las imágenes—. Aquí están en una cafetería. —Señaló otra—. Y en esta, en un parque.

Hunter reconoció el lugar de inmediato cuando distinguió, al fondo de la foto, la estatua de Hans Christian Andersen. Era el Parque Lincoln.

—¿Tu hermano y ella mantenían una relación?

—No, no lo creo. Y de ser así, no creo que fuera nada serio. Mi hermano me habría hablado de ella. Como os dije a Donel y a ti anoche, solo la vi una vez en la oficina. —Selma estudió con atención a la mujer de la foto—. Llamé a Ginny y le pregunté. Ella siempre sabe quién es quién. —Se acarició las puntas del cabello con aire pensativo—. Era periodista y trabajaba como redactora para un periódico digital, aunque no recuerdo el nombre. —Miró a Hunter por encima del iPad—. Ahora la cuestión es saber qué la unía a mi hermano y por qué estaba en mi almacén la noche del incendio.

—Donel no me comentó a qué se dedicaba —dijo Hunter, sin salir de su asombro—. Solo me facilitó su nombre. Supongo que el resto del informe será confidencial hasta que se aclare la muerte de Portia.

—¿Recuerdas algún detalle más?

Hunter pensó en la conversación que había mantenido con su hermano la tarde anterior.

—Sí. Que llevaba un vestido de fiesta cuando murió.

—¿Iba o venía de una fiesta? —preguntó Selma.

—No tengo esa información, imagino que la estarán contrastando.

—Sí. Todo forma parte de la investigación. Lo sé.

—Selma...

Ella escuchó el tono áspero de su respiración. Sabía lo que significaba eso: la herida se

abriría de nuevo, volverían a investigar la muerte de su hermano. La sola idea le produjo un escalofrío.

—No va a ser fácil —se escuchó decir a sí misma.

—No, no lo va a ser —dijo él finalmente.

—No debí acordarme del iPad, ni siquiera encenderlo. —Cerró los ojos, pesarosa.

Él solo pudo sentir lástima por ella.

—Ven aquí. —Su delicada orden le hizo abrir los ojos. Hunter la atrajo hacia sí buscando su boca. La besó con una necesidad imperativa.

Ella le devolvió el beso y la chispa volvió a encenderse.

Hunter se separó lo suficiente para mirarla a los ojos.

—No estás sola en esto, ¿de acuerdo?

Ella le creyó.

CAPÍTULO 12

—¿Tienes a los medios de comunicación controlados?

—Selma, te recuerdo que soy relaciones públicas, no una domadora del circo mediático.

—Dime qué está pasando ahí fuera, por favor.

—Te he contado todo lo que sé.

—No es suficiente —se quejó Selma—. Ya sabes cómo funciona la prensa.

—Estoy al tanto —dijo Ginny en un tono irónico—. Solo me faltairme a la cama con ellos.

Selma, risueña, la miró sin pestañear.

—Ya sabes, es una expresión. —Ginny hizo un ademán exagerado—. Pero lo cierto es que controlo muy bien con quién me acuesto.

—Bien por ti. —Selma volvió al informe que tenía sobre la mesa.

—Yo no soy cómo tú. Me gusta divertirme.

—No lo he dudado ni un segundo —dijo Selma sin levantar los ojos del informe.

—De acuerdo, ¿empiezas tú o empiezo yo?

—Pues...

Selma hizo un amago de responder, pero Ginny la interrumpió.

—Déjalo, empiezo yo. Quiero saberlo todo sobre ese inspector de incendios.

—Soy consciente de ello, Ginny. Pero hace tres días que no hablo con Hunter.

—¿De verdad?

—Ya sabes que sí, no suelo mentir.

Ginny hizo un mohín con los labios; en eso Selma tenía razón.

—¿Y con su hermano?

—El teniente de homicidios, Donel McKay, está demasiado ocupado como para acordarse de mí.

—Está claro que rehuir a los hombres es algo que se te da bien.

Selma cogió su taza de café y bebió un sorbo. La volvió a dejar sobre la mesa y se enderezó.

—A estas alturas deberías saber que tus comentarios irónicos y fuera de tono no me afectan.

—Pues deberían. Quizás así tendrías una vida sexual más activa.

Selma cogió una bocanada de aire y se rindió a la evidencia. Estaba claro que Ginny no pararía hasta sacarla de quicio.

—He investigado un poco a Donel y he de decirte que su hoja de servicio es intachable. Al parecer, los McKay lo hacen todo bien.

Selma entrecerró los ojos.

—No sigas por ahí.

—¿Por qué? Necesito saber más.

Selma observó a Ginny, sentada frente a ella en su despacho lleno de bocetos y fotografías de modelos que formarían parte del nuevo catálogo nupcial de *Moon Drews*. Apartó el informe y algunas fotos que había sobre la mesa y puso cara de exasperación.

—No hay más que contar, nos acostamos y punto.

—¡Por Dios, Selma! ¿Escuchas lo que estás diciendo? —No esperó respuesta alguna por

parte de su amiga y continuó hablando—: Hay algo más, lo presiento.

Selma se levantó y se dirigió a la máquina de café.

—He seguido tu consejo: solo sexo.

Ginny soltó una carcajada burbujeante.

—¿Desde cuándo sigues mis consejos?

—Ya ves, siempre hay una primera vez para todo.

—Está bien, no voy a decir que no me sienta orgullosa de que al menos una vez en tu vida sigas una de mis recomendaciones —dijo con cautela—. Pero se supone que una vez que te acuestas con un hombre, te olvidas de él y pasas página. —Chasqueó los dedos—. No sé si me comprendes.

—En el fondo, tu vida es más complicada que la mía. Admítelo, Ginny —replicó Selma apesadumbrada.

Ginny no se sintió ni siquiera ofendida por el comentario.

—¿Por qué tengo el presentimiento de que entre el inspector y tú hay algo más?

—¿Quieres parar, por favor? —A Selma no le preocupaba que Ginny supiese la verdad con respecto a sus sentimientos. Pero cuantas menos personas supieran que comenzaba a sentir algo por Hunter McKay, mejor que mejor—. Ginny, tengo mucho trabajo. Debo revisar unos presupuestos y porcentajes. Así que, si me disculpas...

—No me voy a ir, Selma. Echarme de tu despacho no hará desaparecer eso que sientes por Hunter.

—No siento nada por él —se vio en la necesidad de aclarar.

—Repite eso, pero esta vez convencida.

Selma soltó un suspiro hondo, llenó de nuevo su taza de café y luego la de Ginny. Se giró y se la ofreció a su amiga.

—Tiene un hijo. En su vida no hay lugar para mí.

—Claro que lo hay. Yo no veo el problema —señaló Ginny—. Según tú, es un niño encantador.

Selma se llevó la taza a los labios.

—Nunca funcionaría.

—¡Oh, vamos, Selma! ¿Vas a hacer caso a esa cuñada estirada que tiene?

Selma se lo pensó un instante. Comentarle a Ginny su conversación con Anna estaba claro que había sido un error garrafal, ahora estaba pagando por ello. No la dejaría en paz y ella, más que nunca, necesitaba tranquilidad en su vida. El amor estaba sobrevalorado y el incendio del almacén era algo muy real. Las personas podían vivir dejando a un lado los sentimientos. ¿Acaso no lo había hecho ella hasta ahora?

—Anna tiene razón. Vivimos en dos mundos diferentes, solo tienes que ver mi horario —se quejó—. No tengo tiempo para mí, mucho menos para una familia.

Ginny no comentó nada al respecto. Se limitó a beber su café en el más absoluto de los silencios.

—Hay algo que se llama delegar y deberías aprender a hacerlo —añadió Ginny, pasados unos segundos—. Además, claro que puedes hacer todo, pero no todo al mismo tiempo, que son dos cosas bien distintas.

—No sé, Ginny...

—Escucha, no te cierres en banda —le aconsejó—. Tienes que pensar seriamente en la posibilidad de que ya hayas caído en la trampa del amor.

—Hunter no me ha vuelto a llamar, eso querrá decir algo.

—Creo que es la peor excusa que he oído nunca. Es un hombre ocupado —le informó su amiga—. No te ha llamado, de acuerdo. Sin embargo, te recuerdo que te ha enviado varios mensajes.

Ginny estaba en lo cierto. Algunos de los mensajes le habían robado una sonrisa.

—Llámale tú —prosiguió Ginny.

Selma la miró como si estuviera loca de atar.

—A mí solo se me dan bien los números y los porcentajes, que hablan por sí solos. Además, odio la incertidumbre.

—Me da la impresión de que todavía no te ha quedado claro que estamos en el siglo veintiuno, Selma. En este siglo, las mujeres tomamos la iniciativa, nos declaramos y no pedimos permiso a nadie. ¡Somos libres!

—Tú siempre tan práctica —replicó con ironía—. Si te digo que estoy buscando el momento oportuno, ¿me dejarás en paz?

—Vamos, Selma. ¿a quién quieres engañar? —preguntó con un marcado tono de reproche—. El momento oportuno no existe. Hay que armarse de valor y lanzarse a la piscina.

Por unos segundos, deseó ser como Ginny: despreocupada, alocada y poco objetiva con la vida.

Esa mañana su amiga iba vestida con un precioso mono de flores estampadas que marcaba su esbelta figura y unos tacones que desafiaban la gravedad. La americana, a la par elegante y funcional, le sentaba de maravilla, como si hubiera sido confeccionada a medida. Reconocía en Ginny la habilidad de dar a la prensa lo que pedía a gritos, razón por la cual la había contratado tres años atrás como relaciones públicas. Su pelo suelto y ondulado le daba un aire jovial e inocente, una apariencia que contrastaba con la realidad. Ginny podía ser muchas cosas, pero inocente nunca.

—Sabes que tengo razón. Lo que ocurre es que tienes miedo —le recordó Ginny, dejando su taza de café sobre la mesa—. Miedo al rechazo. —Se levantó y se acercó a su amiga—. Deberías confiar más en ti misma. Supongo que a él le está pasando lo mismo; ya sabes, los hombres son más previsibles.

Selma rio un poco.

—Llámale, Selma. Se acerca la Navidad y la excusa es perfecta para desearle felices fiestas.

—Yo no soy como tú.

—Claro que sí. Lo que ocurre es que todavía no lo sabes.

A Hunter le ardían los ojos de tanto fijar la mirada en la pantalla del ordenador. En los dos últimos días había clasificado las fichas de los pirómanos más peligrosos y que solían utilizar el mismo *modus operandi* que en el almacén de Selma.

Estaba preocupado por su seguridad y tenía claro que, cuanto antes atrapase a ese cabrón, sería mucho mejor para todos. Lo sentía por Portia Feeney, pero eso era problema de Donel, no de él.

—Mark solo sabe hablar de Selma.

Hunter, que en ese momento estaba aporreando el teclado, paró y giró la silla.

—¿Decías algo, Alice?

La mujer ladeó la cabeza y sonrió.

—Digo que Mark solo sabe hablar de Selma.

Hunter respiró profundamente. Se preguntó qué le podría haber contado su hijo a Alice con respecto a Selma.

—Es una gran mujer —dijo sin más.

—Y guapísima. La he visto en fotografías, en las revistas de moda —explicó la mujer—. No me extraña que Mark esté embelesado.

Hunter se echó hacia atrás en su silla y se relajó pensando en Selma. ¡Dios, la echaba de menos! Y más aún al recordar la suavidad de su piel, su fragancia, su exquisita boca y el gemido que brotaba de su garganta cuando él la penetraba de una sola embestida y se perdía en ella. Sí, la añoraba cada minuto que pasaba.

—Sí. Es muy atractiva —comentó con cierta prudencia.

—Percibo un «pero».

—Demasiado bonito para ser cierto.

Alice asintió con la cabeza.

—Es posible, pero los milagros existen, y más en Navidad.

Hunter rio de buena gana.

—Yo no estoy tan seguro de ello. Hace mucho que dejamos de ser niños.

Alice se fijó en que los ojos de Hunter estaban llenos de reserva.

—Es tu momento, Hunter. Se nota a leguas que Selma Harding te importa.

—A veces eso no es suficiente, Alice —aclaró Hunter.

—¿A quién intentas engañar, a ti o a mí?

Hunter se pasó la mano por el pelo con una frustración más que evidente. Decidió ser sincero:

—No quiero volver a pasar por lo que me hizo Larissa.

Alice asintió, comprendía la situación. Ella misma había sido testigo de la dura situación de Larissa y Hunter en el pasado.

—Debes ser menos exigente contigo mismo y con la mujer de la que te enamores. Tienes miedo de que te hagan daño, eso lo puedo comprender —comentó la mujer con determinación—. Pero debes arriesgarte.

—¿Y si no sale bien?

—Solo tengo una respuesta a esa pregunta. Esa incertidumbre que sientes ahora mismo se llama vivir —dijo ella suavizando la mirada—. Tienes mucho que ofrecer, no lo olvides. No puedes esconderte siempre entre estas cuatro paredes. Algún día Mark se hará un hombre y se marchará en busca de su propio destino.

Hunter suspiró profundamente.

—Aún queda mucho tiempo hasta que eso ocurra.

—Menos del que piensas.

—Alice, así no ayudas.

La mujer no pudo reprimir una sonrisa ante aquellas palabras.

—A los hombres no os gusta la verdad; solo veis vuestra versión de los hechos y luego pasa lo que pasa.

Hunter pensó que Alice seguramente tenía razón.

—Es más complicado de lo que parece.

—Pues claro, Hunter. De no ser así, ¿dónde estaría el gusto por la vida? —La mujer le dedicó una mirada cariñosa—. Mark me ha dicho que Selma va a venir a hornear galletas con él.

—Es una posibilidad —comentó Hunter, distraído—. Es una mujer ocupada. No creo que ni lo recuerde.

—Vamos, Hunter. Me disgusta que pienses así, la promesa a un niño nunca se olvida.

—Espero que estés en lo cierto.

Hunter ni siquiera quería imaginar cómo explicarle a Mark que Selma se había olvidado del asunto de las galletas.

—Hay otra cosa de la que quería hablar —comenzó diciendo Alice—. Nos encantaría que Mark durmiese algún día en nuestra casa.

Hunter se limitó a sonreír ante el comentario. Los Crane prácticamente habían criado a Mark. Que Alice propusiese algo así era una simple formalidad.

—¿Por qué tengo la impresión de que la invitación tiene segundas intenciones?

La mujer se sonrojó y, buscando algo que hacer, ahuecó los cojines del sofá.

—Necesitas trabajar menos y disfrutar más de la vida.

Hunter arqueó ambas cejas al escuchar aquel comentario.

—¿A qué te refieres?

—A las mujeres nos gusta que nos agasajen, que nos invite a cenar un hombre atractivo... —repuso Alice con una sonrisa en los labios.

—Te lo agradezco, de verdad. No obstante, Tom y tú ya hacéis mucho por nosotros. —Miró a Alice—. Cuidáis de él cada vez que tengo que ir a un incendio.

—Queremos a Mark como si fuese nuestro nieto y a ti, Hunter, como si fueras nuestro hijo. Dios no nos bendijo con ninguno propio, sin embargo, somos felices de teneros y estamos encantados de que nos confiés al niño —dijo la mujer con cariño.

—Eso que has dicho es muy bonito, Alice.

—Es la verdad, Hunter.

Pensó que Selma se merecía que la invitase a cenar en un elegante restaurante. Seguramente estuviera más familiarizada con los más lujosos, aquellos que él no se podía permitir. La idea lo desmoralizó un poco. Pero por intentarlo no pasaría nada. Cómo había comentado Alice hacía escasos minutos, la incertidumbre formaba parte de la vida.

—De acuerdo, Alice. Tú ganas, invitaré a Selma a cenar.

La mujer aplaudió con entusiasmo.

—Fantástico. Ahora debo irme, Tom se estará preguntando donde estoy. Por cierto, he dejado el asado en la cocina.

—Muchísimas gracias, de no ser por ti nos moriríamos de hambre. Y no te preocupes por Tom, él sabe perfectamente dónde estás —dijo Hunter con una expresión satisfecha.

La mujer inspiró con fuerza por la nariz.

—Es posible, sí. —dijo calmadamente. Antes de dirigirse a la puerta, Alice se detuvo y giró—. ¿Me la presentarás, Hunter?

Se dio cuenta de lo fácil que era manipularle; sin embargo, viniendo de Alice, no le importó.

—Por supuesto. Hablaré con ella, no creo que haya problema.

—Hoy es mi día de suerte —canturreó la mujer.

Hunter rio de buena gana. Después de todo, Tom Crane era un hombre afortunado.

Buscó su móvil en el interior del bolsillo y marcó el número de Selma.

—No desaproveches tu oportunidad, Hunter —murmuró para sí.

Hunter entró en el depósito de cadáveres como quien entra en el infierno, con cautela. El aire viciado por el insoportable hedor a muerte, le asaltó las fosas nasales con la fuerza de un

puñetazo. Anduvo por los pasillos, buscando la sala de autopsias que Donel le había indicado por teléfono. Al fin la encontró, fría y silenciosa como una tumba. A través de una ventana diminuta en la puerta, distinguió la figura de su hermano. Estaba junto al cadáver, conversando con la forense. Ni siquiera se molestó en llamar. Empujó con el codo y entró. No era la primera vez que veía un cuerpo carbonizado y sospechaba que no sería la última, de eso estaba seguro, pero a Hunter siempre le impresionaba las distintas formas que tenía la muerte de presentarse.

—Buenas tardes —saludó.

Su hermano, nada más verle, le palmeó a la altura del hombro y la forense respondió al saludo con una inapreciable sonrisa.

—Eve, ¿conoces a mi hermano? Inspector de incendios provocados, Hunter McKay —les presentó.

—No, es la primera vez que nos vemos —dijo la mujer, seria—. Sin embargo, he de decir que he escuchado su nombre en alguna que otra conversación y siempre para bien. Inspector McKay, un placer.

Hunter hizo un leve movimiento con la cabeza. Él no podía decir lo mismo, no conocía a la forense ni había oído hablar de ella. Era la primera vez que la veía y esperaba que fuese la última. Al menos allí, en la sala de autopsias.

—Por favor, nada de formalismos. Puede llamarme Hunter.

—De acuerdo, entonces. Vayamos al asunto que nos ocupa.

La forense debía rondar los cincuenta, era una mujer alta, de tez oscura, con el pelo afro y una mirada profunda. A Hunter le dio la impresión de ser alguien que sabía muy bien lo que tenía entre las manos.

—¿Qué nos puede contar con respecto a Portia Feeney? —preguntó Hunter, echando una rápida mirada al cuerpo calcinado de la mujer que yacía en la camilla, cubierto con una sábana.

Eve cogió el informe que descansaba sobre la mesa y le echó un vistazo rápido antes de tomar la palabra.

—Le estaba diciendo a su hermano que Portia no murió por inhalación de humo. Su garganta y pulmones están limpios de hollín.

Para Hunter ese dato no era algo nuevo, Donel ya le había comentado que Portia no había muerto asfixiada por el humo.

—¿Sufrió algún tipo de abuso?

—Si se refiere a abuso sexual, no. No se ha encontrado semen ni indicios de que tuviera relaciones sexuales antes de su muerte. —La forense esperó pacientemente—. ¿Alguna pregunta más, inspector?

—¿Cómo murió? —quiso saber.

La forense bajó la sábana y señaló la cavidad torácica. Hunter tragó saliva cuando se fijó en aquella figura abrasada por las llamas. En el fondo se alegraba de que Portia muriese antes de que se produjese el incendio. Que el fuego te tragase era una mala manera de morir.

—Tres heridas, dos de ellas mortales —comenzó a decir la forense. Señaló con la mano enguantada una ellas—. Esta, que está situada en el segundo espacio intercostal izquierdo, le atravesó el pulmón. Y esta otra, a la altura del hígado, le produjo una hemorragia masiva y fue la que acabó con su vida.

—¿Hay más? —se interesó Hunter.

—Una herida menor en la palma de la mano derecha, lo que nos indica que intentó defenderse. —La forense señaló la pantalla que había colgada en la pared, donde se podía ver con claridad la mano de la que hablaba—. Tiene un par de uñas rotas, lo que reafirma mi teoría.

Habían encontrado a Portia de bruces, esa era la razón por la cual aún se distinguía carne adherida al hueso. Y las palmas de las manos y algunos rasgos como labios, nariz y ojos no habían sido pasto de las llamas.

—Según Eve, el arma que mató a Portia pudo ser un destornillador —comentó Donel.

—¿Un destornillador? —preguntó Hunter, sorprendido.

—Sí, es lo más probable —afirmó la forense—. En cuanto sepa más te lo haré saber, Donel.

—Te lo agradezco, Eve. Este caso, en vez de esclarecerse se complica más a medida que avanzamos.

—Si descubro algo nuevo serás el primero en saberlo —aseveró nuevamente la mujer.

—Gracias de nuevo.

—Disculpe, una pregunta más. ¿Portia murió en el almacén? —preguntó Hunter.

—Todas las pruebas que hemos realizado indican que el escenario del crimen fue el almacén, sí.

—En el almacén se montaban y desmontaban estanterías casi a diario, así que... que el arma fuera un destornillador es más que razonable —aseguró Donel.

—¿Has hablado con los empelados?

—Estamos en ello, pero según Paxton, el guardia de seguridad, todos se marcharon. Él mismo los vio.

—Alguno pudo volver al almacén.

—No descartamos ninguna hipótesis —comentó Donel a su hermano.

Aquel caso traía de cabeza a Hunter.

—¿Qué nos puede decir del vestido de fiesta que llevaba?

Eve bajó la mirada y observó el cadáver.

—No mucho, el fuego y las altas temperaturas lo destruyeron casi al completo. Era de seda. Corté un pequeño trozo de tela, a la altura del pecho. La policía científica lo está analizando. Es todo lo que tengo por ahora —dijo en tono tranquilo—. Estoy segura de que Donel sabrá más del tema que yo.

—Estamos en ello —fue la escueta respuesta del teniente.

Hunter, antes de salir por la puerta, fijó la mirada en el cadáver de la mujer. Todos sus sueños, sus experiencias y anhelos se habían hecho trizas en pocos segundos, en el instante en que su asesino le desgarró la piel y los músculos con un destornillador. La fragilidad del ser humano no dejaba de sorprenderle.

Se despidió de la forense y le urgió dirigirse a la salida. Tenía el estómago revuelto.

Era una forma violenta y abominable de morir.

Ya en el exterior, Donel preguntó a su hermano:

—¿Estás bien?

—Ver algo así siempre te hace reflexionar. Y creo que por muchos años que trabaje como investigador de incendios, jamás me acostumbraré. —Metió las manos en su abrigo. A esas horas, Chicago parecía un congelador.

—Sí, supongo que es algo a lo que nunca te acostumbras, pero que llegas a tolerar con el paso del tiempo.

Hunter no podía estar más de acuerdo.

—¿Tienes alguna pista más?

—No, nada en particular. Hemos interrogado al círculo más cercano de Portia —comentó Donel con voz despreocupada—. Era una mujer sencilla con un único sueño: escribir su

propia columna en un gran periódico.

—En estos tiempos que corren, un sueño complicado de cumplir.

—Sí. Es una pena —respondió su hermano.

—¿Y con respecto a su trabajo?

—Su superior me ha comentado que tenía algo entre manos, que una fuente le había dado un soplo hacía un par de semanas. Pero poco más. —Donel se frotó las manos, le dolían de frío—. Hunter, soy muy consciente que este caso es muy importante para ti.

—Así es.

—Dime qué está pasando.

Donel lo miraba en silencio. Hunter nunca había mentido a su hermano y no lo haría ahora.

—Me he acostado con Selma.

La reacción de Donel no se hizo esperar.

—Joder, Hunter. Ya sabes que con las relaciones personales cruzas una línea y eso puede interferir en el caso. —Hunter lo sabía, quizás esa fuese la razón por la que no comentó nada más al respecto—. ¿Me tengo que preocupar por ti?

Hunter se fijó en su hermano antes de responder. Donel, a lo largo de su vida, siempre había estado a su lado, en los buenos y en los malos momentos. Y más desde que se habían quedado huérfanos de madre. Exhaló una bocanada de aire, que no tardó en convertirse en una nube de vaho a causa del gélido viento.

—No. Estoy bien.

—Hunter, estamos hablando de un conflicto de intereses.

—El que investiga el caso eres tú, no yo.

Donel soltó un improperio.

—No permitas que todo esto te complique la vida, por favor.

—Controlo la situación perfectamente.

—Sabes que eso no es cierto —comentó Donel, reflexivo—. Te conozco bien y soy muy consciente de que ella es importante para ti. ¿Contemplas todas las posibilidades? —Hunter se limitó a arquear una ceja—. Me lo suponía.

Hunter se vio en la necesidad de defenderse:

—No me engaña, sé que las cosas se pueden torcer de un momento a otro. Pero ella no es Larissa.

—De acuerdo. Ya eres adulto y tú mejor que nadie sabrá lo que le conviene. —Donel, tras un par de segundos pensativo, preguntó—: ¿Cómo está ella?

—Sobrellevando la situación.

Su hermano asintió despacio con la cabeza.

—Anna me comentó que ella y Selma intercambiaron algunas impresiones la noche de la cena y, en su nombre y en el mío, te pido disculpas. No fue muy sutil pero ya sabes cómo es. Te conoce desde que eras un chaval y se preocupa por ti.

Hunter entrecerró los ojos. No sentía los pies, parecían dos bloques de hielo a causa del frío. Quería largarse de allí, pero aquellas palabras le anclaron a la acera.

—¿Por qué tengo la impresión de que no me va a gustar nada lo que voy a oír?

—¿Selma no te ha comentado nada al respecto? —preguntó Donel, extrañado.

—No, ni creo que lo haga.

—Bien, lo hablaremos otro día con una copa de buen *whisky* en la mano. Si seguimos aquí un minuto más nos convertiremos en dos estatuas de hielo y, si te soy sincero, eso es lo

último que quiero. Quiero volver a casa con Anna y los niños.

En ese preciso instante, comenzó a nevar.

—Hunter, ¿sabrás reconocer el momento en el que tengas que abandonar y pasar página?
—insistió Donel antes de marcharse.

Hunter no respondió de inmediato. Observó cómo los copos de nieve se movían en remolinos suaves y se derretían cuando tocaban los hombros de su hermano.

—Tengo algo.

—¿Quieres concretar más? —quiso saber su hermano.

Hunter sacó de su bolsillo un *pendrive*.

—Aquí hay pruebas objetivas. Son fotos del iPad de Adam, el hermano de Selma.

Donel cogió el *pendrive* y lo observó unos segundos, después lo guardó en el bolsillo derecho.

—¿Qué me voy a encontrar?

—Fotos de Adam y Portia —dijo en tono sombrío—. Además de una dirección de correo desde donde se enviaron las fotos.

Donel lo miró sorprendido.

—¿En ese iPad hay algo más que deba saber? De ser así, es necesario que esté en posesión de mi departamento.

—No lo sé, Selma solo me mostró las fotos.

Donel se sintió obligado a decir algo.

—Ten cuidado, todo esto es muy serio.

—Lo haré. Mantenme al corriente de cualquier novedad, por favor.

Donel se preguntó hasta qué punto iría contra su deber seguir manteniendo a su hermano al tanto del caso.

—Cuídate, Hunter. Y no la cagues. De hacerlo, te despedirán.

Donel, sin pronunciar una sola palabra más, se giró y echó a andar.

Hunter lo vio alejarse y supuso que su hermano, antes de llegar al coche, ya habría tomado una decisión con respecto al caso y a él.

Comprobó la hora, debía darse prisa o llegaría tarde al restaurante.

Selma lo esperaba.

CAPÍTULO 13

Encendió el mechero y la llama brotó de la nada. Aquel resplandor brillante y peligroso lo excitó una vez más.

¿Cómo algo tan pequeño podía ocasionar un daño de tal magnitud?

Ni siquiera se paró a pensar en la respuesta. Sonrió de forma triunfal, a la vez que pasaba la palma de la mano sobre la llama. El dolor no se hizo esperar; el fuego lamió su piel sin piedad alguna. Sin embargo, no apartó la mano. Le gustaba demasiado la sensación. Después de todo, las cicatrices que tenía en las manos y en la espalda eran un recordatorio de lo que el monstruo podía llegar a hacer.

Ya habían encontrado a la chica y la policía y los bomberos se estaban devanando los sesos buscando un hilo conductor, pero no lo encontrarían rápido.

No, no lo harían. Había realizado un gran trabajo y, aunque el asesinato no estaba en su lista de prioridades, había disfrutado matando a aquella puta sabelotodo. No debería haber metido las narices en asuntos que no la incumbían. No, no lo debía haber hecho.

Ahora llegaba el turno de Selma Harding.

Oh, sí, iba a disfrutar de lo lindo enviándola directamente al infierno.

El teléfono vibró dentro del bolsillo de su pantalón. Lo sacó y leyó el nombre en la pantalla, solo pudo sonreír. Estaba a punto de recibir nuevas órdenes e iba a gozar llevándolas a cabo.

Sin más preámbulos, descolgó. Escuchó atentamente las nuevas indicaciones mientras observaba el vaivén de la llama ante sus ojos.

Cuando su interlocutor cortó, él sintió cómo la satisfacción crecía. Que te pagasen por lo que te gustaba hacer era muy parecido a un orgasmo. Una satisfacción total.

Sería emocionante ver cómo el fuego devoraba todo lo que encontraba a su paso y se alimentaba de los sueños de otros. Sí, después de todo, iba a ser muy divertido.

Había llegado el momento de liberar de nuevo al monstruo.

Hunter llegó al restaurante pasadas las siete de la tarde. Aunque intentó localizar a Selma, el denso tráfico y la dificultad para encontrar aparcamiento le jugaron en contra, impidiéndole llegar a tiempo. Murmuró un juramento mientras empujaba la puerta y entraba en el local. Buscó a Selma con la mirada, pero no la encontró.

—Disculpe, ¿puedo ayudarle?

Hunter se volvió al camarero, agradecido por su atención. Era un hombre alto y de mediana edad, con un ligero rictus en la boca que lo observaba con curiosidad y cierto interés.

—Sí, tengo una mesa reservada a nombre de Hunter McKay.

El hombre carraspeó y le indicó con la mano.

—La señorita Harding lo está esperando. ¿Sería tan amable de acompañarme?

El restaurante rebosaba vida y movimiento, con comensales que se levantaban y se sentaban, risas y conversaciones que se mezclaban con la música de fondo y el tintineo de las copas. Los aromas de los platos recién salidos de la cocina inundaban el aire, provocando que el apetito de Hunter despertara. Mientras caminaba, observó las variadas expresiones de las personas a su alrededor, *preguntándose sobre las historias y los secretos que podrían ocultar.*

Finalmente llegaron a su mesa, situada en un rincón apartado y tranquilo. La visión de Selma sentada allí le robó el aliento. La había extrañado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Ella sonrió y a él estuvo a punto de parársele el corazón.

«Estás en un gran aprieto», pensó Hunter, devolviéndole la sonrisa. Se volvió y le dio las gracias al camarero.

—Enseguida vendrán a tomarles nota. —El hombre, sin más demora, se despidió con un rápido ademán de cabeza.

Hunter se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de la silla.

—Lo siento —se disculpó, sentándose frente a ella.

—No importa —comentó Selma, cruzando las piernas—. Sé que eres un hombre ocupado.

—Eso dicen.

Ella soltó una carcajada burbujeante que atrajo la atención de algunas miradas curiosas. Le encantó verla feliz, tan distendida.

—Gracias por la invitación.

—Me apetecía verte.

Hunter miró alrededor y observó el restaurante. Era la primera vez que cenaba allí, y le pareció ostentoso, no apto para niños. Sin embargo, quería impresionar a Selma y, al parecer, lo había logrado. Las salidas con Mark solían ser a una pizzería o a una heladería. Nada sofisticado. Por un momento, se sintió un extraño en su propio mundo de adultos, pero entonces se fijó en la mujer que tenía frente a él y recordó que la compañía bien merecía la exorbitada cuenta que iba a pagar al final de la cena.

—Estás preciosa. —Clavó los ojos en ella.

Ella dejó la copa de vino sobre la mesa y sonrió con timidez.

—Gracias, viniendo de ti es todo un cumplido.

Y era cierto. Sus ojos verdes brillaban con una intensidad que Hunter tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no levantarse de su silla, olvidarse de la cena, arrastrarla a la salida y llevarla directamente a la cama. Se movió inquieto en su silla, la excitación era más que evidente.

Se ordenó a sí mismo desterrar esa idea y centrarse en lo que tenía entre las manos, la carta de las viandas y vinos.

Bebió un buen trago de vino para refrescar la garganta seca. Esa noche, Selma llevaba el pelo suelto, como a él le gustaba, y un maquillaje suave que resaltaba sus ya marcados pómulos y unos labios creados para ser besados y perderse en ellos. Aunque estaba sentada, se podía imaginar el vestido que llevaba: elegante, sobrio y ajustado a esas curvas que a él le volvían loco.

—Debería haberme puesto un traje —murmuró él, más para sí que para Selma.

Supo que ella le había escuchado cuando preguntó:

—¿Por qué? Creo que con camisa y americana estás increíble.

Él había dejado la carta sobre la mesa. Estaba a punto de coger la botella de vino cuando se detuvo. La miró de tal manera que Selma no tuvo otra opción que suspirar y rendirse a su cautivadora mirada.

—¿Está coqueteando conmigo, señorita Harding?

—Es muy posible.

La sonrisa asimétrica de Hunter se hizo evidente. Llenó la copa de Selma y, a continuación, la suya.

—Pues creo que me gusta.

Sus ojos se encontraron un segundo. Selma se acomodó en su silla y esbozó una cautelosa sonrisa. Ella era una mujer de negocios, sabía qué decir y cuándo, pero en aquel instante, estaba perdida. Le dio la impresión de que la Selma ejecutiva había desaparecido para dar paso a una mujer que ni ella misma conocía.

—¿Puedo preguntar por qué has llegado tarde?

—Sí, claro. Me he reunido con Donel.

No sorprendió a Selma que Hunter se reuniera con Donel; después de todo eran hermanos y tenían mucho en común, trabajo y una familia.

Hunter se percató de la rigidez de Selma. La vio fruncir el ceño al recoger la copa.

—Donel me pidió disculpas por la actitud de Anna. —Se recostó en su asiento y la miró con atención—. La conversación que tuviste la otra noche no debió ser muy placentera.

Selma se aclaró la garganta.

—Anna se preocupa por su familia y no la culpo por ello. —Suspiró y se rindió a las evidencias—. De haber estado en su lugar, supongo que yo habría actuado de igual modo.

—Siento que te hiciera sentir incómoda.

—Es agua pasada, Hunter. —Lo que la recordó que estaban en un bonito restaurante—. ¿Qué tal se come aquí?

Vio cómo abría los ojos y echaba un rápido vistazo a la carta.

—La verdad es que no tengo ni idea.

Arqueó ambas cejas, sorprendida.

—¿En serio? —preguntó.

Hunter tragó saliva con dificultad.

—Quería sorprenderte. Busqué en internet y la mayoría de las reseñas, por no decir todas, eran de cinco estrellas.

Ella cerró la boca de golpe. Notó que él la miraba con ciertos tintes de preocupación.

—¿Crees que porque vivo en un ático en una de las zonas más exclusivas de Chicago solo estoy acostumbrada a este tipo de restaurantes?

Hunter levantó una mano para que se detuviera.

—Solo quería pasar un momento con una bella mujer en un lugar para adultos.

—Explícate —le urgió ella.

Estaba enfadada; lo veía en sus ojos. Se removió inquieto en su silla, tenía la intuición de que la situación se le iba de las manos.

—Hace siglos que no vengo a cenar a un restaurante —dijo mientras se servía un poco más de vino—. No es que me queje, pero con Mark solo voy a pizzerías o heladerías.

Ella contuvo el aliento y lo dejó escapar con lentitud.

—Es un restaurante muy caro...

Aquel comentario le hizo enfurecer.

—¿Crees que no soy capaz de pagar la cuenta?

Selma le miró unos segundos sin decir nada. Se sintió desolada, como si los argumentos de Anna McKay la abofetearan de nuevo. El restaurante se convirtió en el escenario de esos dos mundos tan diferentes en los que no había dejado de pensar últimamente. Se sintió como una estúpida al no caer en la idea de que Hunter deseaba sorprenderla gastando una cantidad ingente de su sueldo en complacerla a ella.

Ella respiró hondo y se apartó un mechón de la cara.

—No se trata de eso, tú lo sabes.

—¿Entonces de qué se trata? —quiso saber él.

—¡No necesito cenar en un restaurante caro! Se trata de estar contigo —exclamó ella con el estómago en un puño. De pronto, la idea de cenar allí le pareció del todo ridícula—. Necesito que me quieran por lo que soy.

Hunter se percató de cómo las conversaciones ajenas se iban apagando, muchos comensales estaban pendientes de ellos. Eso hizo que su irritación fuera en aumento.

¡Por Dios, no había quien entendiese a las mujeres!

—Solo es un restaurante, Selma.

—No, Hunter. Es una forma de adularme. Tú lo sabes, y yo también.

Hunter estudió su expresión dolida durante unos segundos.

—Cualquier mujer estaría encantada de cenar hoy aquí. —Ella arrastró la silla hacia atrás y se levantó precipitadamente—. ¡Siéntate, por favor! —Le ordenó Hunter con cara de pocos amigos.

Selma no se dejó intimidar por esos ojos azules, de mirada glacial.

—Yo no soy cualquier mujer. Quiero que me quieran por ser yo, no Selma Harding.

Él no entendía una sola palabra.

—¡Eres Selma Harding! —exclamó desconcertado.

Selma elevó los brazos y unió las palmas de las manos a la altura de los labios. Tomó una bocanada profunda de aire.

—Lo siento, Hunter. Creo que Anna tiene razón, pertenecemos a dos mundos muy diferentes y está muy claro que yo no encajo en el tuyo.

Dejó caer los brazos en busca de su bolso.

Cuando él vio la intención de ella, la taladró con la mirada.

—Ni se te ocurra pagar.

—Es lo menos que puedo hacer.

—¡Selma! —gritó él, ya no le importaba ser la comidilla de todos los presentes—. ¡No!

—¡Está bien! Paga la dichosa botella de vino, si es lo que quieres. —Cogió su abrigo y lo colgó del antebrazo—. Tengo que salir de aquí.

Selma pasó por su lado como una exhalación.

Él se levantó con tanto ímpetu de su silla, que estuvo a punto de volcarla. Atrapó al vuelo su abrigo y se dispuso a seguirla mientras soltaba una retahíla de juramentos, uno detrás de otro. ¡Jamás llegaría a entender a las mujeres!

—¿Ocurre algo, señor McKay?

Hunter estuvo a punto de chocar con el camarero.

—No, nada. —Buscó su cartera en el bolsillo trasero de su pantalón—. Espero que con cien dólares sea suficiente.

El camarero, algo turbado, asintió con la cabeza.

—Sí, señor. —Agarró el billete.

Hunter no esperó más, salió del restaurante al encuentro de Selma.

Respiró tranquilo al verla, Selma estaba en la acera, parecía buscar un taxi. La calle estaba casi desierta, hacía un frío de mil demonios. La nevada se había intensificado y un gran manto de nieve cubría el suelo hasta donde le llegaba la vista. Tuvo que recordarse a sí mismo que Selma era una víctima más, a pesar de su apellido. Suponía que a ella le pesaba como una losa. Apretó los dientes hasta que la mandíbula se le resintió, permaneció ahí durante unos segundos, asimilando la situación. La imagen le produjo una sensación de lo más extraña, huía de él.

—¡Selma! —gritó. Se detuvo a unos pasos de ella.

Ella se giró y lo ignoró. Hunter ahogó un improperio. Se puso el abrigo, el aire gélido comenzó a atezar cada uno de sus músculos.

—¿Se puede saber qué haces?

Ella ahogó un suspiro, apretó los labios y reprimió las lágrimas.

—¿Tú qué crees?

—A estas horas no será fácil encontrar un taxi.

Ella giró la cabeza y le miró con el ceño fruncido.

—¡Pues pediré un Uber! —Abrió el bolso con la única intención de buscar su móvil, pero sus dedos estaban helados por el frío y el movimiento se ralentizó.

Fue en ese instante cuando él colocó una mano sobre la suya.

—Mi coche no está lejos, te llevaré a casa —dijo con un tono más conciliador.

—No es necesario. —Le enfurecía que las manos de Hunter fueran tan fuertes y retuviera las suyas sin esfuerzo alguno.

—Escucha, soy un testarudo escocés que no suele dar su brazo a torcer, además de un caballero. No permitiré que regreses sola a casa. —Tiró de ella y la abrazó con cuidado de no hacerle daño. Percibió su reticencia, pero él insistió y no la soltó. A los pocos segundos, la sintió amoldarse a su cuerpo. Estaba helada y se sintió más culpable aún por ello.

—Lo siento —dijo.

—No hay nada que sentir, Hunter —la escuchó decir.

Se separó lo suficiente para mirarla a los ojos, los tenía vidriosos. Esa triste mirada terminó de romperle el corazón.

—No esperaba que la velada terminase así.

Selma cerró los puños, agarrando el abrigo de él.

—Si te soy sincera, yo tampoco.

Él fracasó en un intento de sonreír. La miró un largo instante. Era preciosa y acababa de descubrir que se estaba enamorando de ella.

—Estás helada, es mejor que te lleve a casa.

—Puedo ir en taxi.

—No lo voy a consentir, Selma.

—Hunter, tenemos que hablar.

—Aquí no. Hace demasiado frío —respondió en voz baja.

Selma observó cómo su mandíbula se tensó y su respiración se aceleró. Era muy consciente de que debajo de todo aquel autocontrol, Hunter intentaba gestionar su ira.

—Es importante que solucionemos esto —le urgió ella—. Después será demasiado tarde.

—Déjalo, Selma. Olvidemos lo que ha pasado ahí dentro.

Ella se rindió a la evidencia, estaba claro que sí era un testarudo escocés que no daba el brazo a torcer. Así que comenzaron a caminar en silencio.

—¿Dónde está Mark?

—Con los Crane.

—Bien.

Él no dijo nada más, tenía mucho en qué pensar.

Veinte minutos más tarde, estaban en el ático de Selma. El trayecto hasta allí había transcurrido en un tenso e incómodo silencio. Max, el portero, les había recibido con su ya característica sonrisa. Sin embargo, viendo sus pétreos rostros, no se demoró en el saludo.

Hunter creyó oportuno despedirse allí mismo, justo frente al ascensor. No obstante, su preocupación por la seguridad de Selma lo hizo dejar a un lado sus prejuicios y acompañarla al

interior de su vivienda.

Sin embargo, una vez dentro, la situación entre ellos no mejoró.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí.

—Entonces, será mejor que me vaya —declaró Hunter, apartándose de Selma.

Ella percibió su frustración.

—Si es lo que quieres, está bien.

Él reprimió un juramento.

—Selma...

—Estás enfadado. —Ella terminó la frase por él.

—Sí, es bastante probable.

Ella lo miró a los ojos. Su mirada era menos fría, pero no por ello menos hiriente. Reconocía esa sensación, la había experimentado demasiadas veces como para ignorarla en ese momento.

—Deberíamos aclarar esta situación.

—No creo que sea buen momento para esta conversación.

Selma ignoró deliberadamente la respuesta de Hunter.

—Si te vas, lamentarás tu decisión, Hunter. —Su tono hizo que él se detuviera en el acto.

—Quiero que entiendas que no necesito restaurantes ni hoteles de lujo, solo quiero estar contigo.

Hunter tuvo que morderse la lengua para evitar un comentario sarcástico.

—Está bien —fue lo único que se le ocurrió decir.

Ella suspiró. Se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre uno de los sillones.

—Quizá no lo comprendas, pero necesito que me quieran por ser yo, no por mi apellido.

Durante un instante, él no respondió. Sus ojos se perdieron en el precioso vestido que resultó ser como lo imaginaba: elegante, sobrio y ceñido. Era el sueño de cualquier hombre.

—Tengo la sensación de que sé mucho y al mismo tiempo muy poco de ti. Tu apellido no tiene ninguna relevancia para mí—Ella dio un respingo al escuchar su tono cortante—. Eres tú quién me lo recuerda continuamente.

Ella no supo qué responder a eso.

Hunter metió las manos en los bolsillos y después dejó caer la cabeza.

—Escucha, supongo que los dos necesitamos tiempo, pensar sobre lo sucedido...

Ella le sostuvo la mirada antes de responder:

—¿Y ya está?

Hunter la miró con el entrecejo fruncido.

—No te entiendo, Selma. ¿Qué quieres de mí?

—Todo. —Se detuvo incapaz de seguir.

Hunter la miró y, al ver la expresión de los ojos, pensó que ella estaría recordando lo ocurrido en el restaurante.

—Tú también estás luchando contra tus propios demonios, Hunter. ¿Crees que no me doy cuenta?

—Te recuerdo que yo no he sido el que ha montado un espectáculo en el restaurante —profirió dolido.

Ella apartó la mirada. A pesar de que la chimenea estaba encendida, un escalofrío le recorrió la espalda.

—Sé que cuando me ves piensas en Larissa. En todo el daño que te hizo.

Hunter alzó una ceja en expresión retadora.

—No sigas por ahí —comentó él con rotundidad y con voz pausada.

—¿Por qué? Yo no soy como ella.

Él guardó silencio. Le dedicó una mirada desprovista de toda amabilidad.

—Es complicado, Selma.

—Siempre es complicado, Hunter. Lo que ha ocurrido en el restaurante también lo ha sido. —Se acercó a él, despacio—. Necesito momentos, Hunter. Momentos contigo, no lujosos restaurantes.

Él bajó la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—Eso ya lo has dicho.

—Y lo repetiré hasta la saciedad, es importante para mí que lo comprendas.

—Selma, tengo que irme. Es tarde, no tengo tiempo para escuchar una vez más tus argumentos.

Ella, en un rápido movimiento, le tomó de la mano. Flexionó los dedos en los de él en un gesto de calidez.

—No te vayas —le pidió.

Los ojos de Selma estaban a punto de desbordarse por las lágrimas. Hunter tiró de ella y elevó las manos para enmarcar su cara.

—Dame una buena razón para quedarme.

Ella se mordió el labio inferior en un gesto de indecisión, que al él le pareció de lo más excitante.

Selma dudó. Se cimbrió contra él y alzó los labios hacia los suyos.

—Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti, Hunter. No tengo ni idea de qué hacer con mis sentimientos. —Expresar en voz alta lo que acababa de decir equivalía a decirle que le amaba—. Es complicado, lo sé, y puede que lo nuestro no llegue a funcionar. Pero, aun así, quiero intentarlo.

—Mi vida es complicada, Selma. —Él habló lentamente y con firmeza—. Mark necesita estabilidad y... yo también —añadió.

La idea de perderlo fue devastadora. Todas las personas que quería, tarde o temprano, se iban. Con Adam seguía enfadada por eso mismo. Pero Hunter tenía razón, Mark necesitaba un compromiso por parte de ella. Sin embargo, en aquel momento no podía pensar con claridad.

De pronto, Hunter sintió celos de todos los hombres que había conocido Selma antes que él. Sabía que era una reacción primitiva e incoherente, sin embargo, ahí estaba y no podía hacer nada para controlarla. La necesitaba con desesperación, tenía que hacerla suya. Gritar al mundo que le pertenecía, aun no estando seguro de ello. Era una sensación cruel y poco reconfortante.

—Selma...

—Por favor, no te vayas —le suplicó ella.

Adoraba todo de ella: su pelo, sus labios, aquella mirada felina que en ese momento lo miraba fijamente.

—¡Dios, me vuelves loco! —exclamó a escasa distancia de sus labios—. No tengo ni idea de por qué sigo aquí, devanándome los sesos.

—No te vayas. —Oyó el tono áspero de su respiración—. Quédate conmigo esta noche.

—Selma...

—Por favor —le rogó ella.

El asombro evidenciaba su rostro. Hunter intentó ocultarlo con aquella mirada glacial que la miraba sin pestañear, y de la cual ya se estaba volviendo adicta. Antes de que Hunter tuviera tiempo de maldecir, la agarró de la mano y la atrajo hacia sí. Ella colisionó contra su

torso y levantó la vista. Hunter la miró de tal forma que hizo que se le encogiera el corazón y le costase respirar. Su semblante era duro e impasible.

Las palpitaciones entre las piernas no se hicieron esperar.

Él la miraba muy serio. Selma comenzaba a conocer esa expresión y supo que no iba a haber marcha atrás. Cuando Hunter tomaba una decisión, la llevaba hasta el final. Él bajó la cabeza y comenzó a mordisquearle el cuello, Selma contuvo el aliento cuando notó que Hunter comenzaba a bajarle las bragas. Se pegó más a la pared, buscando de alguna manera huir de esa exquisita tortura.

—Esto va a ser duro. —Le lamió el delicado hueso de la clavícula, ascendiendo hasta el cuello—. Y rápido —le susurró al oído.

Un escalofrío recorrió la espalda de Selma.

—¿Estás de acuerdo?

Se le congeló la respiración al escuchar la voz grave y acerada de él tan cerca. Sintió su dedo presionando dentro de ella y soltó un gemido cuando el dedo se hundió más.

Acorralada y contra la pared, se sintió indefensa.

—Estoy cabreado, Selma. Y no sabes hasta qué punto. —Hunter la besó ávidamente, casi con violencia, mientras que con la mano libre estuvo a punto de arrancarle la cremallera del vestido.

Selma le devolvió el beso con una necesidad imperiosa, desesperada, que hizo que Hunter la apretase aún más, como si eso fuera posible, contra su musculado y duro torso. Le escuchó gruñir de forma gutural y pronunciar palabras sueltas e inconexas.

Hizo rodar el vestido por sus caderas junto a su ropa interior. Las bragas y el vestido quedaron a sus pies, como si se tratase de un charco de tela oscura. Él la levantó en vilo y ella ahogó un gemido que murió en su garganta cuando la apretó contra la fría pared. Con una mano le desató hábilmente el sujetador y acto seguido, le dio la vuelta. Selma quedó expuesta ante él, con el trasero en pompa, chocando contra su imperioso y erecto miembro. La respiración de Hunter se aceleró al tiempo que la cogía por la cintura y le hacía abrir las piernas.

Selma apoyó la cabeza en la pared y separó los labios para inspirar una bocanada de aire. Clavó las uñas en la pared, mientras un deseo peligroso y oscuro la atravesó. Las manos de Hunter la aferraron por las caderas.

—No imaginas qué ganas tengo de ti —susurró Hunter, acercando su mejilla al rostro de Selma y amasando suavemente sus turgentes pechos. Hizo rodar los pezones entre sus dedos y cuando ella echó la cabeza hacia atrás y jadeó, solo entonces se sintió satisfecho. —Me pones cachondo hasta cuando pienso en ti.

Selma sintió el roce de la barba y el cálido aliento sobre su piel. Las manos descendieron lentamente por su contorno hasta que los dedos de él se afianzaron con fuerza en sus muslos. La agarró de las nalgas y la abrió para él. Hunter no esperó, la penetró con una dureza más que considerable que la hizo arquear la espalda con un jadeo placentero al sentirlo dentro de ella.

Él no tuvo piedad, arremetió de nuevo más deprisa y con más ímpetu, como si necesitase deshacerse de toda esa ira que lo atormentaba y no le dejaba vivir en paz consigo mismo. La penetración fue profunda e intensa. Cada embestida, a un ritmo despiadado, la hacía gritar de puro placer.

—Necesito que seas mía. ¿Lo entiendes? —Salió de ella y volvió a entrar de forma salvaje, casi despiadado—. ¿Lo comprendes, Selma?

Ella apenas podía pensar, menos aún pronunciar una frase coherente mientras la empujaba contra la pared.

Hunter pegó el rostro al de ella, en busca de sus labios.

—Quiero una respuesta, Selma —le exigió.

Ella se sintió atrapada entre el cuerpo de Hunter y la pared, con su rostro enterrado en su cuello. Selma cerró los ojos, mientras restregó las caderas contra él, disfrutando de aquella ola que la sumergía en un placer absoluto.

—Selma —insistió él con la respiración agitada.

Ella contuvo la respiración unos segundos.

—Lo entiendo —susurró al fin contra la pared, a la vez que él la penetraba otra vez. La fricción era intensa, rápida y demasiado placentera. Un jadeo se desgarró en su garganta cuando sintió la siguiente embestida.

—Eso es, solo mía —exclamó cabreado—. Solo mía.

La sintió entregarse, fue entonces cuando la izó de las caderas y se clavó profundamente en ella. El ritmo se intensificó, la levantó del suelo lo suficiente para penetrarla a un ritmo fiero y rudo, con la única esperanza de saciarse de ella. Tras varios minutos de asalto salvaje e implacable, ella gritó, cayendo a un abismo de placer sin igual. Cuando se aseguró de que Selma había alcanzado el orgasmo, él la siguió.

CAPÍTULO 14

Cuando Hunter comprobó la hora, se dio cuenta de que tenía que regresar a casa. Apoyó de nuevo la cabeza en la almohada y, a continuación, dejó caer las manos sobre el nórdico. Mark se estaría preguntando dónde estaba.

—¿Te atormenta algo, inspector? —preguntó ella con voz somnolienta.

Hunter sonrió al escuchar la aletargada voz femenina. Aunque se habían saltado la cena, la noche había merecido la pena.

—Nada en particular —respondió él.

Ella se giró en la cama y apoyó la cabeza en su hombro. Hunter sintió el cálido cuerpo de ella contra el suyo y, como era de prever, se excitó de nuevo.

—¿En qué piensas?

—Debo regresar a casa —fue la concisa respuesta de él.

Selma lo comprendió. Mark dependía de Hunter.

—Sí, supongo que sí.

—Selma...

—No digas nada, Hunter, o estropearás el momento.

—Me encantaría quedarme contigo el día completo en la cama, haciéndote el amor, pero el deber me llama.

La velada anterior no salió según lo planteado y era evidente que el presente no iba a ser diferente. Selma suspiró al sentirse culpable. Era injusta, estaba robando a Mark tiempo de estar con su padre.

—No te preocupes por mí. Lo entiendo.

—¿De verdad? —preguntó Hunter en voz grave y baja—. Mark tiene partido de béisbol y es importante que lo acompañe.

Ella levantó la cabeza y sus ojos se encontraron.

—Por supuesto que sí.

El pulso de Hunter se aceleró. La besó con suavidad y se preguntó si podría vivir sin ella.

—Te deseo de nuevo.

Selma se aferró a él y respondió al beso asumiendo el control.

Hunter se perdió en su boca. Sus labios eran suaves, delicados y, al mismo tiempo, decididos y exigentes. Nunca tenía suficiente de ella y eso podía ser un problema.

—Eres una mujer increíble —dijo cuando ella dejó caer la cabeza de nuevo sobre la almohada.

—Tú y yo sabemos que eso no es cierto.

«Ve con pies de plomo, McKay», se advirtió a sí mismo.

Un teléfono sonó en la distancia.

Selma lo miró con cierta inquietud.

—Mi móvil está sobre la mesilla de noche, ¿y el tuyo? —preguntó ella.

—El mío en el bolsillo de mis pantalones.

Ella escuchó de nuevo el sonido del teléfono y lo miró extrañada.

—Hunter, no tengo teléfono fijo —recalcó Selma.

De pronto lo notó. Conocía demasiado bien aquel aroma como para pasarlo por alto. Olió el humo y antes de que Selma pudiera decir nada él ya estaba de pie poniéndose los calzoncillos.

y los pantalones a una velocidad vertiginosa.

—Selma, vístete —le ordenó con voz firme.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, echando el nórdico hacia atrás con nerviosismo.

—Date prisa —la apremió Hunter, abriendo la ventana. Segundos después, salió como una exhalación del dormitorio, esquivando las llamas que se extendían por el pasillo.

Soltó una retahíla de improperios en voz alta.

Una densa y asfixiante nube de humo negro lo envolvió, impidiendo ver con claridad. Se llevó el antebrazo a la boca como si fuera un escudo contra la opaca y espesa humareda que se filtraba por las fosas nasales hasta llegar a su garganta, provocándole un ardor insoportable. Carraspeó con fuerza para evitar que el escozor se intensificara, pero no lo consiguió. Sintió que le faltaba el aire y que sus pulmones estaban a punto de reventar.

Escuchó pasos tras de sí. Fue entonces cuando se percató de que Selma lo seguía.

—¡Oh, Dios, Hunter! —exclamó ella, aterrada al contemplar cómo las voraces llamas devoraban las cortinas del salón y el sofá con una avidez insaciable. Tosió con fuerza a causa del humo, sintiendo que se le cerraba la garganta.

Hunter maldijo mil veces al ver que Selma estaba detrás de él. Si le pasara algo jamás se lo perdonaría. Se giró, desanduvo sus pasos, fue directo a ella y le apretó la mano, intentando transmitirle la poca serenidad que aún conservaba. Descubrió que estaba aterrorizada y se increpó por ello. Enfadarse en ese momento no tenía sentido alguno. Él era bombero y sabía mejor que nadie que la calma era una fiel compañera para salir ileso de un incendio. Como buen profesional, sabía dónde localizar los extintores, los había revisado y sabía que estaba en perfectas condiciones.

—Regresa a la habitación, humedece toallas y cierra la puerta; así impedirás que el humo entre por la ranura. Con otra toalla empapada cúbrete la boca y la nariz. Y llama a los bomberos —ordenó—. Una cosa más, Selma. No salgas del baño de la habitación, hasta que vaya a buscarte. —La acercó a él y la besó en el pelo. Ella volvió a toser con más fuerza, si cabe—. Pase lo que pase, no salgas. ¿Has entendido?

La vio asentir despacio, como si intentara asimilar sus órdenes.

—Selma, es importante que sigas al pie de la letra mis instrucciones.

Ella abrió sus ojos hasta su máxima expresión, Hunter supo que estaba bajo el hechizo de las llamaradas.

—Necesito que te alejes de aquí ya. Haz lo que te pido, por favor.

Agradeció que ella obedeciera sin rechistar. De haber podido respirar con tranquilidad, lo habría hecho.

Hunter se volvió y descubrió cómo el fuego se alimentaba y crecía a cada segundo que pasaba. El calor era insoportable, el sudor le empapaba la ropa y le pegaba la tela a la piel. El humo le picaba los ojos y le dificultaba la visión. El olor a quemado le invadía las fosas nasales y le provocaba náuseas. El fuego chisporroteaba y crepitaba a su alrededor, como un animal salvaje que acechaba a sus presas. No había tiempo para pensar, solo para actuar. Se agachó y con la tela de la camiseta se cubrió la nariz y la boca. A tientas, llegó al vestíbulo. La garganta le escocía y todos sus músculos estaban tensos y doloridos. Había estado demasiadas veces en esa situación para saber que había muchas cosas que podían salir mal.

Tanteó nerviosamente la pared con la mano libre hasta encontrar el extintor, lo cogió con fuerza y fue en busca del fuego.

El monstruo no entendía de súplicas.

Hunter necesitaba desfogarse. Dar de puñetazos contra una pared hasta romperse los nudillos, si eso sirviera de algo. Tenía quemaduras en las manos y antebrazos: no era un dolor que no hubiera soportado antes.

Estaba tan cabreado que solo soltaba juramentos en voz baja.

¿Cómo había sido tan estúpido?

Había apagado el fuego, que se había iniciado en el salón, pero no por ello se sentía orgulloso. La noche anterior había estado tan furioso con Selma, consigo mismo, que se había olvidado de tomar las medidas pertinentes, de velar por la seguridad de ella.

—McKay.

Hunter se volvió y se encontró con Foster, el capitán de bomberos del parque en el que había trabajado. Eran ya viejos amigos.

—Has hecho un buen trabajo. De no ser por ti, este ático habría ardido como una cerilla.

Hunter colocó los brazos en jarras, hundió los hombros y dejó caer la cabeza un par de segundos. Al contrario que el capitán, él no estaba orgulloso de su hazaña.

—¿La estructura está dañada? —preguntó con el único objetivo de saber hasta qué punto había llegado el fuego.

—No, solo daños visibles.

El aire aún estaba cargado de humo. Hunter levantó la mirada y se fijó en el desolador rastro quemado y oscurecido que había dejado el fuego a su paso. Le dolían los hombros y la espalda por la tensión de las últimas dos horas. Dejó caer los brazos a la altura de las caderas. Cansado como estaba, se movió y se percató del charco de agua que cubría sus pies descalzos y una buena superficie del suelo del salón.

—No entiendo cómo no fui más cuidadoso.

—Has sido rápido, McKay. No quiero ni pensar en lo que habría ocurrido de no haber estado tú aquí.

Hunter solo pudo pensar en Selma. Si a ella le hubiera pasado algo, no se lo podría perdonar en la vida. La idea hizo que su ira se incrementara hasta alcanzar dimensiones insospechadas.

—Deberías ir al hospital a que te echen un vistazo. —El capitán señaló sus manos.

Hunter levantó los brazos en alto.

Le dolía, pero en el fondo sabía que no eran quemaduras graves.

—Estoy bien.

—Aun así, deberías ir a que te viera un médico.

Respiró hondo y su mente voló a Mark. Había llamado a los Crane y Tom se había ofrecido para llevar al chico al partido, pero conocía a su hijo y sabía que no le iba a perdonar tan rápido cómo a él le gustaría.

Soltó otro improperio, este en voz alta.

—No te castigues, McKay.

El capitán tenía en parte razón. Pero saber que aquel pirómano cabrón había estado allí, en el apartamento de Selma, le irritó sobremanera.

—¿Qué más me puedes decir?

—Nada que tú no sepas ya —respondió el capitán—. ¿Cómo se encuentra ella?

Hunter se fijó en ese instante en Selma, que hablaba con una policía y con el portero del edificio. Se la veía tranquila, sin embargo, él sabía que todo era pura fachada. Había visto su gesto de pánico y consternación cuando lo siguió a través del denso humo. Pensar que había estado en peligro le enfurecía.

—Es una mujer fuerte.

—Y tú un hombre con suerte —dijo el capitán con sorna—. Selma Harding, ni más ni menos. Me alegro por ti.

Hunter tragó saliva a duras penas.

El capitán le dio una palmada en el hombro.

—Donel ya está al tanto de lo sucedido.

Hunter lo sabía, su hermano ya le había llamado.

—Gracias —fue lo único que se lo ocurrió decir.

—Gibbons se hará cargo del informe —anunció el capitán—. Tú necesitas descansar.

Sin más, se giró y se dispuso a salir con el resto del equipo.

Hunter conocía a Gibbons. Era un buen tipo y mantenía una estrecha relación con él. Sabía que le mantendría informado.

Con aire pensativo, recorrió con la mirada todo aquel desastre. El precioso ático de Selma parecía ahora un campo de batalla. Se lamentó por ello. Recogió algunos cojines que estaban desperdigados por el suelo, chamuscados y húmedos por la actuación de sus compañeros, y los dejó caer sobre el deteriorado sofá.

—Déjalo.

Él la miró sin decir nada y ella leyó entre líneas. Suspiró, consciente de que estaba pisando un terreno delicado.

—Hunter, no es culpa tuya.

—Escucharlo en voz alta no me hace sentir mejor, Selma.

La cara y las manos de Selma tenían rastros de hollín. Su pelo estaba revuelto, como si se hubiera pasado la mano muchas veces por él. Aunque quisiera dar muestras de fortaleza, él sabía que seguía asustada.

—Deberíamos ir al hospital. Mira tus manos —expresó ella, dolida.

—Estoy bien —mintió.

A Selma no le pasó por alto aquel tono de voz brusco e imperativo. Estaba preocupada, porque, aunque él le repitiera mil veces que estaba bien, estaba segura de que le debía doler muchísimo.

—Voy a buscar las llaves de mi coche.

—¡Selma, déjalo! —exclamó él, furioso.

Ella se estremeció ante aquella orden. Los ojos de Hunter le advertían que debía ser cauta.

—Debí preguntar al portero cuando llegamos —se quejó él—. Preguntarle por si había notado algo extraño esa tarde-noche.

—Yo también pude hablar con Max y no lo hice —le aseguró ella—. No eres responsable, Hunter.

Fue entonces cuando él se percató de que estaban solos, todos se habían ido. Lo cual agradeció.

—Ese es mi trabajo, no el tuyo.

Selma se fijó en cómo Hunter comenzaba a distanciarse de ella. Su expresión era fría y de enfado.

—Son solo daños materiales, se pueden sustituir —dijo ella con aparente calma.

—¡Podría haber sido peor! —profirió Hunter, de mal talante—. ¿Es que no te das cuenta? Si ese dichoso teléfono hubiera sonado a las tres de la madrugada, ahora estaríamos camino de la morgue.

—Pero no ha sido así, Hunter...

—No lo entiendes —Se quejó él, dejándola sola. Caminó a la habitación.

Ella le siguió.

—¿Qué es lo que no entiendo? —quiso saber ella con el hombro apoyado en la jamba de la puerta, intentando fingir calma.

Hunter recogió el resto de su ropa, meneó la cabeza de forma negativa y se dispuso a salir del dormitorio.

—Hunter, te he hecho una pregunta. Lo mínimo que puedes hacer es responder. —Se quejó cuando él pasó por su lado.

—Lo mejor sería que buscaras otro lugar donde vivir, Selma.

Ella se limitó a entrecerrar los ojos.

—¿Otro lugar? —preguntó sin entender—. ¡¿De qué diablos estás hablando?!

Él siguió dándole la espalda.

—El cabrón que ha hecho esto sabe dónde vives.

De pronto ella, que iba tras él, se detuvo. Sintió cómo el miedo se apoderaba de su cuerpo.

—Hablaré con Donel y le pediré que te ponga vigilancia.

Ella escuchaba sin entender una sola palabra.

—¿Y tú?

Fue en ese momento cuando él se giró y ella supo cuál iba a ser su respuesta.

—Descubriré quién es el hijo de puta que está detrás de todo esto, por supuesto.

—Por supuesto —repitió ella con un susurro tenue.

Hunter no estaba preparado para dejarla ir, todavía no. Pero por el bien de ambos, era lo mejor. Él tenía a Mark, que lo necesitaba, y Selma su empresa, que la necesitaba también.

—Gibbons se ocupará del caso. —Guardó un prudente silencio, como si necesitase recomponer lo que iba a decir—. Es un buen hombre y sabe lo que hace. Lo más probable es que se ponga en contacto contigo y te haga algunas preguntas. Pero no te molestará, yo me ocuparé de que no lo haga.

Selma dejó escapar un suspiro antes de quedarse sin aire.

—¿Y qué pasa con la investigación del almacén?

—Le pasaré toda la información a Gibbons, como te he comentado...

—Sí. Es un buen hombre —le interrumpió ella.

—Exacto, está a punto de jubilarse y su experiencia le avala.

Selma se sentó en el reposabrazos del malogrado sillón; no le importó mancharse más de hollín. Los labios de Hunter se convirtieron en un rictus amargo y un destello que ella no supo clasificar brilló en los ojos azules de él.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo mejor.

—¿Para quién? —contrató ella.

—Para ambos, Selma.

Aún olía a humo, el mobiliario estaba ennegrecido y desfigurado por las llamas. Cada rincón de su ático, antes tan acogedor y elegante, ahora era testigo del desastre que lo había consumido. Los muebles, que alguna vez fueron símbolos de comodidad y estilo, se habían convertido en sombras carbonizadas. Sus recuerdos, cuidadosamente tejidos en cada rincón de aquel espacio, ahora yacían destrozados entre los escombros. Una sensación de desamparo la invadió mientras contemplaba el caos que había invadido su hogar, el lugar donde alguna vez

había encontrado refugio y paz tras la muerte de Adam. Selma recorrió la habitación con la mirada, sintiendo un nudo de angustia en la boca del estómago. Cerró los ojos un instante, buscando fuerzas para afrontar el único caos que le importaba, el que se estaba gestando en su interior.

—¿Me estás dejando, Hunter? —Él no respondió de inmediato. Se calzó, prescindiendo de los calcetines—. Te he hecho una pregunta.

Furibundo, él se incorporó y la miró directamente a los ojos.

—No soy tonto, Selma. ¡Sé muy bien cuando alguien me está sometiendo a un interrogatorio! —exclamó mortificado.

—Pues entonces responde a la pregunta —consiguió decir contra la sequedad de su garganta.

El dolor era cada vez más intenso. Apenas podía mover los dedos de las manos.

Selma se merecía una respuesta, eso era cierto.

Le sostuvo la mirada durante un segundo que a Selma le pareció eterno. Conocía la respuesta, pero necesitaba escucharla de sus labios. Se apretó la boca del estómago con la mano y esperó pacientemente.

—¿Sabes? Creo que tienes razón, debería ir al hospital —dijo con la mirada fija en las manos.

Ella tragó saliva. La realidad la golpeó de lleno. Hunter se iba y tenía todo el derecho a hacerlo. Hizo todo lo posible por ignorar el martilleo de su corazón contra sus costillas.

—Entiendo.

—Selma...

—Déjalo, Hunter. Aunque no lo creas, lo entiendo. Mark te necesita.

Un gemido de frustración salió de los labios de Hunter.

—Dejé el parque de bomberos por él. Para evitar esto. — Señaló a su alrededor—. Para no tener que enfrentarme a un fuego nunca más. Perdió a su madre y no estoy dispuesto a que me pierda a mí.

—Sí. Lo cierto es que es lo más coherente.

Él se sintió como un verdadero cabrón. Su mirada se clavó en ella durante un instante.

—Lo mejor es dejarlo aquí, antes de que se compliquen más las cosas entre nosotros. — Ella asintió. Pensó en Mark y decidió mantener la boca cerrada para no arrepentirse de lo que estaba a punto de decir—. No espero que lo comprendas.

Selma dejó el sillón atrás y desvió la mirada hacia la ventana mientras luchaba por contener las lágrimas, incapaz de soportar esa situación más tiempo de lo necesario. El cristal estaba ennegrecido, tal y como estaba todo su ser. Contempló el resplandor del sol que apenas alcanzaba a filtrarse entre las nubes de humo. En ese momento, sintió un impulso arrollador de huir de aquel lugar, lejos de Hunter, de dejar atrás el sufrimiento y la desolación. Sin embargo, una voz interior le recordó que él tenía un hijo.

—Te debe de doler mucho. Ve al hospital, Hunter.

Él fue a decir algo, pero tenía la impresión de que todo iba a resultar en vano. Aunque Selma no le era indiferente, sabía que estaría mejor sin él.

Sin más dilación, se dio la vuelta y se alejó.

Dejarla sola fue una de las decisiones más difíciles que había tomado en años.

CAPÍTULO 15

—¡Papá, llaman a la puerta! —exclamó Mark desde el otro lado de la estancia.

Hunter se volvió hacia su hijo y dibujó un amago de sonrisa. Tras varios minutos de rifirrafe, durante los cuales Mark le había reprochado que no le llevara al partido, finalmente habían llegado a un acuerdo. Claro está, él no mencionó que había pasado la noche con Selma y, de alguna manera, se sentía culpable por ello. Mark estaba creciendo y ocultar la verdad no iba fortalecer su relación padre-hijo.

—Ya voy —respondió, mientras se dirigía a la puerta.

Con algunos problemas, Hunter logró girar la manilla.

—Es un alivio saber que sigues vivo —dijo Donel con sorna—. Eres toda una leyenda ahí fuera.

—Podrías dejar tus chistes para otro momento, Donel.

Su hermano sonrió mientras le daba una palmada en la espalda, a modo de saludo.

—¿Cómo están tus manos?

Hunter cerró la puerta y luego levantó los brazos en alto.

—Mejor de lo esperado. Nada que unas vendas esterilizadas y un poco de gel no puedan curar.

—Me alegra escuchar eso. —El tono de Donel se volvió más serio—. Estaba preocupado por ti. Llamé a Foster varias veces y estuve a punto de mandarme a la mierda otras tantas. Me comentó que estabas ocupado hablando con la policía, que no podías atender el teléfono.

En su fuero interno, agradeció a Foster su capacidad para tranquilizar a su hermano.

—Ha sido una noche dura.

—En muchos aspectos, supongo —La ironía volvió a estar presente en la conversación—. Selma Harding es mucha mujer.

—¡Vete a la mierda, Donel! —exclamó Hunter, huyendo de las bromas de su hermano.

—Eres demasiado visceral, Hunter. —Donel lo siguió hasta la cocina, donde encontró a su sobrino—. Pero ¿a quién tenemos aquí?

Mark sonrió de oreja a oreja. Se tiró literalmente del taburete en el que estaba sentado para caer directamente en los brazos de su tío.

—¡Dios, creo que pesas una tonelada! —exclamó divertido Donel.

La risa de Mark se convirtió en una burbujeante carcajada.

—¡No es verdad! Ian y Angus pesan más que yo.

Donel abrazó al niño con cariño.

—Bueno, lo cierto es que tienes razón.

Hunter observó el tierno abrazo entre su hermano y su hijo. Era evidente que había un vínculo especial entre ellos. Se consideraba afortunado de pertenecer a una familia tan unida y querida. Sin embargo, al pensar en Selma, le costaba respirar. En ese aspecto, ella no tenía tanta suerte como él.

—Tus primos te echan de menos.

Mark despegó la mejilla del hombro de Donel y miró fijamente a su padre.

—Pronto iremos a visitarlos —prometió.

—¿Has oído eso, tío? —preguntó Mark, volviéndose hacia Donel.

—Alto y claro, campeón. —Lo bajó al suelo y le despeinó el pelo con cariño.

—Déjame ver tu pistola —pidió Mark con entusiasmo.

—Ni lo sueñes. Cuando tengas barba, hablaremos.

—No es justo... —se quejó Mark.

—El tiempo pasa deprisa, campeón. No desespere.

Mark suspiró resignado.

—¿Ya has encontrado a mamá? —preguntó de repente con una expresión llena de esperanza.

Hunter contuvo el aliento y Donel tuvo el suficiente sentido común para no despegar los ojos de su sobrino.

—Campeón, lo que me has pedido no es fácil. Lo sabes, ¿verdad?

El niño dio un paso atrás, abatido.

Donel pasó de nuevo la mano por su cabeza.

—Pero sigo intentándolo.

Satisfecho con la respuesta, Mark levantó la cabeza y sonrió.

—¡Eres el mejor tío del mundo entero! —exclamó, eufórico.

—Espero no perder nunca ese título honorífico.

—No sé lo que significa «honorífico».

Donel sonrió.

—No importa, campeón.

—¿Has terminado tus deberes, Mark? —preguntó Hunter.

El niño dejó caer de nuevo la cabeza.

—Se pierde mi partido y aun así sigue dándome órdenes.

Donel tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír.

—Ha estado ocupado, Mark. Tu padre ha apagado un incendio y ha arriesgado su vida al hacerlo.

Hunter no pudo evitar sentir una puñalada de culpabilidad. Mark lo era todo para él, y estaba claro que lo había decepcionado.

—Será mejor que vayas a terminar tus deberes. —La afligida mirada del niño hizo que Donel le agarrara de los hombros y lo atrajera a él—. Necesito hablar con tu padre. Cuando termine subiré a despedirme, ¿de acuerdo?

El niño, paciente, asintió despacio.

Se volvió y se encaminó, cabizbajo, a las escaleras que le llevarían a su habitación. No se despidió de su padre y a Donel no se le pasó por alto la mirada doliente de su hermano.

—Se trata de chantaje emocional. No te llegas a acostumbrar a ello, pero sí a no sentirte demasiado culpable.

—Le prometí que iría a ese partido.

—Romperás muchas promesas a lo largo de su vida, Hunter. Él te quiere tal y como eres, lo que ocurre es que todavía no lo sabe. —Esbozó una sonrisa—. Hablo como un padre que ha cometido muchos errores.

Estudió la expresión de Hunter unos segundos sin decir nada.

—Me alegra que estés bien. He estado preocupado —prosiguió Donel y señaló sus manos.

—Ya pasó.

Donel asintió con la cabeza, como minutos antes había hecho su sobrino.

—Cuando Foster me llamó no me podía creer lo que me estaba diciendo.

Hunter pensó en Selma. Su cerebro le advertía que debía ignorarla, pero su corazón le

decía algo bien distinto.

—Deberías hablar con Selma y advertirla, lo mejor es que cambie de domicilio, al menos hasta que yo encuentre a ese cabrón.

Donel arqueó ambas cejas.

—¿Quieres que yo hable con Selma?

—Eso he dicho, sí —respondió Hunter, sin poder ocultar su enfado.

—¿Por qué no lo haces tú? —Hunter soltó un juramento que ya puso sobre aviso a su hermano—. Entiendo, has decidido no volver a verla.

—Es lo mejor. Tú mismo lo dijiste.

—¡No me jodas, Hunter! Nunca sigues mis consejos. —Donel chasqueó la lengua y a continuación se quitó el abrigo. Lo dejó caer sobre el taburete donde había estado sentado Mark.

—¿Para quién es mejor?

—Para Mark —fue la respuesta de Hunter.

Donel observó a su hermano, lo conocía bien. Dejar a Selma no había sido una decisión sencilla para Hunter. Su hermano se comprometía con la gente demasiado rápido y cuando lo hacía se entregaba por entero.

—Creo que tienes miedo.

—Sí, miedo de que mi hijo se quede huérfano.

—Eso no va a ocurrir, Hunter.

—Ni tú ni yo podemos cumplir una promesa de tal calibre. —De haber podido, habría metido las manos en los bolsillos—. Ya perdió a su madre.

Donel dio un paso hacia él.

—Esconderte de lo que sientes no cambiará nada.

Hunter tragó saliva, conteniendo un arrebató de ira.

—Gibbons se ocupará ahora del caso.

—¿Es eso lo que realmente quieres?

—Foster piensa que es lo mejor.

Donel frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Colaboraré con él —respondió Hunter, de mal talante—. Es un buen profesional que sabe lo que hace.

—Comprendo. Necesitas un intermediario, alguien que hable con Selma.

Los ojos de Hunter relampaguearon, pero Donel obvió esa mirada, como tantas veces había hecho en el pasado.

—Tú nunca dejas un caso a medias. Te conozco lo suficiente para saber que seguirás investigando.

—No he dicho que lo vaya a dejar. —Levantó las manos en alto—. Solo necesito unos días para recuperarme, eso es todo.

Donel se sentó en uno de los taburetes.

—Es comprensible.

—Perfecto. Ahora ¿podemos cambiar de tema, por favor? —rezongó Hunter.

—Hunter, te quiero. Y por eso tengo derecho a decirte que estás cometiendo un error. Estará asustada.

—Le he dicho que tú te ocuparás de su protección.

Donel logró esbozar una sonrisa mientras maldecía para sí.

—Al parecer voy a necesitar un ejército entero para protegerla.

—Mofarte de mí no te llevará a ninguna parte.
—Dejarla tampoco te llevará a ninguna parte a ti —comentó Donel—. Tú nunca huyes.
—¡No huyo! —profirió—. Tomo distancia por el bien de Mark. Él me necesita. Tú eres padre, sabes de lo que estoy hablando.
Donel se tomó unos segundos para procesar la información.
—De acuerdo, si es lo que quieres...
A Hunter se le atragantó la respuesta de su hermano.
—Anna tiene razón —dijo, autoconvenciéndose a sí mismo de que estaba haciendo lo correcto.
—Mi esposa es una mujer muy inteligente, Hunter. Pero no siempre acierta. Tú necesitas vivir tu propia vida. —Notó que Hunter lo miraba preocupado—. Haz lo que te haga feliz.
—Demasiado tarde.
—¿Qué quieres decir?
—He sido sincero con ella, le he dicho lo que pienso.
—Y la has apartado de tu lado. Debí suponerlo.
—Eres mi hermano mayor, tú deberías conocerme mejor que nadie.
—Pero supuse que esta vez no ibas a ser un idiota redomado.
—No voy a repetir el mismo error, Donel.
—Tú no has cometido ningún error, Hunter. Fue Larissa quien se largó, no tú.
A Donel no le pasó desapercibido el estado lamentable de Hunter. Foster le había puesto al corriente. Si su hermano estaba ahora ahí, en su cocina, hablando con él, era porque había actuado con rapidez. De no haber sido así, ahora habría que lamentar algo más que daños materiales.
—Hunter...
—Déjalo, Donel. ¿Qué has podido averiguar de las fotos que te di?
Donel soltó un audible bufido, estaba claro que tenía la batalla perdida con respecto a Hunter. Decidió apartar el asunto por el momento.
—Aún nada. Pero seguimos esa línea de investigación. Por más que pienso, no encuentro un nexo entre Adam Harding y Portia Feeney.
—¿Personas en común?
—Es posible. —Dios, odiaba cuando los casos se complicaban—. Adam Harding se movía en un amplio círculo social y Portia Feeney solía ir a algunas fiestas. He de suponer que se conocieron en algún evento. Mi gente está trabajando en ello. No tardaremos en encontrar algo.
—Eso está bien.
—Hunter...
—No voy a hablar del tema, Donel.
—De acuerdo —Levantó las manos en alto, rindiéndose a la evidencia—. Tú ganas... por ahora.

Selma se quedó mirando un largo instante todo aquel desastre y sintió que se derrumbaba. ¿Cómo habían podido pasar tantas cosas en un lapso tan breve de tiempo? Suspiró y su mente voló a Hunter, luchando por contener las lágrimas. Pero era una batalla perdida. A pesar de sus esfuerzos, las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, mezclándose con el hollín y el humo que aún llenaban el aire.
—Hola.

Sobresaltada, Selma se giró.

—Siento haberte asustado. He llamado a la puerta, pero...

—No importa, Ginny. Pasa. —Se limpió las lágrimas con manos temblorosas.

—¡Vaya desastre! —exclamó su amiga paseando la mirada por aquella estancia devorada por el fuego.

—Sí. —Selma esbozó una media sonrisa que se borró al instante—. Un desastre total.

—¿Tú estás bien? —preguntó Ginny, preocupada.

—Todo lo bien que se puede estar en estas circunstancias. —Recogió algunas carpetas más dispersas por el suelo y reprimió una nueva oleada de lágrimas—. ¿Cómo te has enterado? —preguntó concentrada en su tarea—. Por favor, no me digas que los medios de comunicación ya se han hecho eco de la noticia.

Ginny caminó de puntillas entre las cenizas y los restos del incendio.

—Aún no, pero no tardarán. Ya los conoces.

—Demasiado bien. Se van a cebar conmigo. Primero el almacén y luego mi ático.

—Lo importante es que tú estés bien. Ven aquí. —Al llegar a su altura la abrazó.

—Te voy a manchar.

—¿De verdad crees que me importa el hollín? Lo que realmente me preocupa eres tú. No me gusta verte así.

—Estoy bien. Como ves, todo es reemplazable. —Se dejó abrazar por Ginny, aunque en aquellos brazos no encontró el consuelo que necesitaba.

Ginny no estaba tan segura de que su amiga estuviera tan bien como decía. Su mirada vidriosa contradecía sus palabras.

—¿Cómo te has enterado de lo sucedido?

Ginny soltó un sonoro suspiro.

—Hunter me ha llamado y me ha puesto al corriente.

Selma la miró con una expresión que Ginny no supo descifrar.

—¿Hunter te ha llamado? —preguntó, sin salir de su asombro, alejándose de Ginny.

—Sí. Pensó que necesitarías ayuda.

—Muy típico de él inmiscuirse en la vida de otros.

Odiaba no poder controlar sus sentimientos más íntimos. Él había dejado muy clara su postura y ella poco podía hacer al respecto.

—Es sobreprotector. Está preocupado por ti.

—Permíteme que lo dude, Ginny. —Recogió algunos libros del suelo, en buena parte devorados por el fuego y con las hojas arrugadas y húmedas, y los dejó sobre la mesa de madera—. Ha dejado el caso.

—Sí, eso también me lo comentó.

—Bien por él, entonces.

Ginny no pudo más que compadecerse de su amiga.

—¿Cómo puedo ayudarte? —Selma miró a su alrededor y la respuesta se le congeló en la garganta. Ginny la abrazó de nuevo—. Dale tiempo, ¿de acuerdo?

—No se merece mi tiempo. —Selma se dejó consolar—. Debería llamar a un equipo de limpieza.

—Buena idea. Ven a vivir conmigo unos días —. Le sugirió Ginny.

—Te lo agradezco, pero no. Me quedaré aquí.

Su amiga le acarició el brazo.

—Hunter dijo...

—Me importa un bledo lo que dijese Hunter —la interrumpió—. Solo quiero volver a la normalidad, eso es todo.

—De acuerdo. —Ginny decidió no insistir más en el tema, al menos de momento—. Pero hay algo más.

—¿Qué? —preguntó Selma.

—Tu padre me ha llamado.

Selma soltó todo el aire retenido de los pulmones.

—Por favor, dime que has sido escueta.

—No le he comentado esto, si es lo que te preocupa —comentó.

—Te lo agradezco.

—Selma...

—No, Ginny. Se acabó.

—¿Estás segura?

—Sí. —Miró a su alrededor—. Necesito encontrar mi móvil. Ahora mismo es mi prioridad.

Ginny sacó su teléfono del bolso.

—Toma.

—Bien. Busquemos a alguien que nos ayude a recomponer este desastre.

CAPÍTULO 16

—¿Estás seguro? —Hunter espero pacientemente la respuesta de Gibbons a través de la línea.

—Muy seguro. No me ha permitido entrar en el ático.

Hunter soltó un improperio. Jamás supuso que Selma pudiese ser tan testaruda.

—Y se ha ocupado del asunto por sí misma —apuntó Gibbons.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Hunter, cauto.

—Ha llamado a una empresa de limpieza y a otra de decoración. Así que las pruebas han desaparecido. —Hunter volvió a maldecir—. No quiere verme, Hunter. Me lo ha dejado muy claro.

Hunter soltó un sonoro suspiro mientras aún tenía el móvil pegado a la oreja. Se pellizcó el puente de la nariz a la vez que sopesaba la situación.

—Hay algo que me preocupa.

Hunter sabía muy bien de lo que se trataba. El pirómano seguía suelto y el hecho de que hubiese atacado a Selma en su propia vivienda significaba que se trataba de algo personal. Se obligó a decir algo:

—Lo sé, Gibbons. Hablaré con ella.

—Espero que tengas más suerte que yo.

Hunter pasó por alto el comentario.

—¿Dónde vive ahora?

—No se ha mudado, sigue en el ático.

Hunter levantó la cabeza como un resorte.

—¿Disculpa? —preguntó enfurecido, con el corazón bombeándole a mil por hora.

—Lo que oyes. Siento ser portador de tan malas noticias, compañero.

¡No se lo podía creer!

—Te lo agradezco.

—No he hecho nada, Hunter. Si logras hablar con ella, ya me dices algo.

Gibbons había colgado y él no pudo más que maldecir por enésima vez.

Habían transcurrido tres días y Selma aún no había seguido sus indicaciones.

—¡Maldita sea!

—¡Quiero hablar con ella!

—Eso no va a ser posible, inspector —dijo Frank con aire desenfadado—. Selma no está en su despacho.

El asistente se dignó a levantar la mirada de la agenda e hizo un gesto con los labios que a Hunter le disgustó.

—Es importante —urgió Hunter.

—Pues tendrá que esperar. —Frank se encogió de hombros—. Puedo decirle que ha venido.

Hunter no se dio por vencido.

—Eso no es suficiente.

Frank arqueó sus cejas perfectamente depiladas ante el tono huraño del inspector.

—Inspector, como le he dicho hace escasamente un par de minutos, la señorita Harding no está en su despacho.

El tono de voz que utilizó Frank fue contundente pero correcto. Hunter sabía que el asistente de Selma no mentía. La pared de cristal le permitía ver que en el despacho no había nadie y que las luces estaban apagadas.

—De acuerdo, no está ahí. ¿Dónde está?

—Eso tampoco se lo puedo decir.

Frank se ajustó las gafas con cierto nerviosismo cuando vio que Hunter se acercaba a su mesa con un movimiento deliberado y amenazante. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Dónde está? —insistió hosco—. Tengo poca paciencia y déjame advertirte que tú la estás agotando por momentos. Necesito hablar con ella ya mismo. Es importante.

Frank carraspeó, inquieto por la actitud beligerante del inspector.

—Debe comprender que no puedo decírselo.

Hunter tenía los puños apoyados contra la mesa. La distancia que lo separaba de Frank era mínima y la amenaza muy real.

—Tienes tres segundos. Si no me lo dices, te juro por lo más sagrado que vas a salir volando de esa estúpida silla en la que estás sentado.

Hunter se fijó en cómo Frank se hacía un ovillo en su asiento. Jugó su última baza.

—Por favor, es importante.

Poco a poco, Frank fue incorporándose en la silla. El asistente tragó saliva y se compadeció de él, porque posó su dedo índice en un lugar concreto de la pantalla del ordenador. Hunter giró la pantalla y leyó la dirección.

—Después de todo no ha sido tan difícil, ¿verdad? —No esperó respuesta alguna, se marchó sin más dilación a sabiendas de que decenas de ojos del resto de los empleados estaban fijos en su espalda.

La verdad era que le importaba una mierda ser el centro de atención.

Una mierda inmensa.

Soltó una imprecación entre dientes mientras salía de las oficinas. Diez minutos más tarde, Hunter se paró frente al emblemático edificio de ladrillo en espiga que albergaba en la planta baja una magnífica cafetería. Recordó que a Selma le gustaban el café y las tostadas de queso de trufa que servían allí. La vio a través del cristal y el corazón le latió más deprisa. Se fijó en que Selma hablaba con alguien. Lamentó no ser él quien la acompañara. Maldijo por dentro aquel deseo que parecía tan distante en el tiempo, nada más lejos de la realidad. La observó detenidamente mientras ella hablaba y gesticulaba más rápido de lo habitual. Como no podía ser de otra manera, estaba preciosa.

Se fijó en cómo sonreía y luego cogía su taza para llevársela a los labios en un ademán elegante. Sabía muy bien a qué sabían esos labios y por un momento deseó besarlos y perderse en ellos.

Desterró de su mente ese pensamiento y cruzó la calzada, dispuesto a hacerla entrar en razón. Estaba en peligro y ella parecía no querer reconocerlo.

Cuando cruzó la puerta de la cafetería respiró hondo y, sin sopesar las opciones, se dirigió directamente a la mesa en la que ella se encontraba. Lo que vio no le gustó. Selma sonreía a un desconocido que en ese momento le acariciaba la mano.

Se tragó su propia bilis y se dijo a sí mismo que Selma tenía todo el derecho a tener una cita. Pero no era cierto, la rabia que sintió en ese momento se convirtió en un dolor sordo y profundo.

Antes de llegar a la mesa, Selma, de manera intuitiva, levantó la cabeza y lo vio. Su rostro fue todo un poema que Hunter no pudo descifrar.

—¿Qué haces aquí, Hunter? —preguntó, tensa, a la vez que apartaba la mano de la de su acompañante.

—Necesito hablar contigo —fue la imperativa respuesta de él, echando a un lado los celos y esa rabia contenida que lo consumía hasta las entrañas.

Si algo estaba descubriendo en ese instante era que el odio era más difícil de controlar que el amor.

—No, entre nosotros ya está todo dicho.

Hubo un momento en que pensó que Selma y él compartirían toda una vida juntos. Ahora sufría por lo que había perdido.

Hunter no se dignó en mirar al acompañante de Selma, de hacerlo le habría propinado un buen puñetazo para alejarlo de allí.

—Es importante —la apremió él—. Por favor, no te pongas a la defensiva.

La voz tensa y urgente de Hunter hizo que su corazón latiese a un ritmo vertiginoso. Sin embargo, no se dejó intimidar. Él había sido muy claro respecto a su relación y ella necesitaba pasar página lo antes posible.

—No —fue la taxativa respuesta de Selma.

Hunter soltó un improperio. Estaba claro que se estaban convirtiendo en un espectáculo para el resto de los clientes.

—Por favor, bríndame al menos la cortesía profesional.

Sus miradas se cruzaron en cuanto las palabras salieron de la boca de Hunter.

—Creo que la señorita Harding ha sido muy clara al respecto.

Hunter no tuvo otra opción que despegar los ojos de Selma y prestar atención a su acompañante. Era bueno sondeando a las personas. El tipo en cuestión rondaba los treinta y cinco años. Su traje de dos mil dólares, de un azul intenso y elegante, se ceñía a su cuerpo esbelto y atlético como un guante. Llevaba corbata de seda, atada de forma impecable al cuello con un nudo Windsor. Bajó la mirada y se fijó en sus exclusivos gemelos, seguramente tallados a mano por algún joyero de renombre. Era evidente, que no era un hombre corriente, pero eso no le importó. Su rostro era alargado, tenía una nariz aguileña y ojos menudos que le estudiaban con curiosidad, demasiado amenazantes para su gusto.

Él, en contraposición, vestía unos pantalones desgastados y un viejo jersey que había cogido al azar de la balda del armario. Al menos su abrigo era algo más decente.

—No sé quién es usted y, a decir verdad, tampoco me importa. Pero esto —señaló a Selma y luego a él —, no es asunto suyo, así que hágame un favor y lárguese.

Hunter supo por el adusto gesto del acompañante de Selma que le había tocado algo más que el orgullo.

—Disculpe, ¿no me ha oído?

—Hunter, ¡ya basta! —Él le lanzó una mirada hostil y Selma comprendió que aquello se ponía serio. Así que decidió calmar la situación para evitar un espectáculo en una de las cafeterías más elegantes de la ciudad—. Hunter, te presento a Ryan Tremblay. Es uno de los abogados de mi padre.

Hunter no se dignó ni a tenderle la mano a modo de saludo. Había decidido que ese tipo le caía mal y punto.

—Ryan, él es Hunter McKay, el inspector del cuerpo de bomberos que estaba al cargo del caso.

Aunque era cierto, a Hunter no le gustó escucharla hablar en pasado.

—Selma, es preciso que hable contigo —dijo sin apartar la vista del abogado.

—No es buen momento, Hunter. Como ves, estoy ocupada.

Selma no pudo evitar el brinco que dio su corazón cuando Hunter giró la cabeza y posó los ojos en ella.

—Lo sé, pero necesito que me dediques unos minutos de tu apretada agenda —dijo con un tono frío que no pasó inadvertido para ninguno de los presentes.

—Será mejor que me vaya —sugirió Ryan, dejando la servilleta de tela sobre la mesa—. Como de costumbre, ha sido un verdadero placer verte, Selma. Espero repetir esto muy pronto.

—Ryan, no es necesario que te marches.

El abogado estudió al inspector unos segundos, tiempo suficiente para darse cuenta de cómo los celos podían consumir a un hombre.

—Ya he dicho lo que vine a decir. Ahora todas las cartas están sobre la mesa. Todo esto se me está haciendo agotador. —Cogió su maletín y se dio la vuelta—. Cuídate, por favor.

Hunter se hizo a un lado para que el abogado pasara.

—Aunque no lo crea, me ha gustado ponerle cara, inspector.

Selma miró a la taza, aún con café.

—Siento no poder decir lo mismo.

El abogado sonrió abiertamente.

—Claro y conciso. Cada vez me gusta más, he de reconocerlo.

Sin más preámbulos, se marchó, dejando a Hunter y Selma solos.

—¿Puedo sentarme?

—¿Puedo impedirlo? —Hunter ignoró el tono brusco y sombrío de ella y se sentó en frente—. Soy una mujer ocupada, Hunter.

Se movió con resolución en su silla.

—Lo sé.

Ella tomó la taza entre sus manos y se la llevó a los labios. Cuando la dejó en el plato, habló de nuevo:

—Pues no deberías entrar a una de las cafeterías más exclusivas de la ciudad como lo haría un elefante en una cacharrería. —Tomó una respiración profunda—. ¿Qué quieres? Supuse que entre nosotros ya estaba todo dicho. La última vez que nos vimos fuiste muy claro al respecto.

Se lo tenía bien merecido y soportaría todas sus pullas con tal de que ella le dedicase unos minutos.

—Sé muy bien lo que dije la última vez que nos vimos. No puedo cambiar el pasado.

—Ni mirarme como si todavía estuviéramos allí.

Selma se fijó en cómo los labios de Hunter se apretaban en una línea muy fina, a la vez que apartaba a un lado la taza y el plato de Ryan.

—Eso es algo que no puedo evitar. Todo es más complicado de lo que pensé.

—¿Remordimientos?

Él se movió incómodo en su silla.

—Algo así. ¿Era una cita? —preguntó, haciendo referencia al abogado.

—Te diría que no es de tu incumbencia, Hunter. Pero como no puedo elegir lo que quiero, me elijo a mí misma.

Él se tenía más que merecida aquella respuesta desairada.

—¿Me vas a decir de una vez por todas qué haces aquí?

Hunter decidió ir al *quid* de la cuestión. Ninguno de los dos estaba cómodo.

—He hablado con Gibbons.

Ella apretó los dedos alrededor de la taza y después soltó todo el aire que había estado acumulando en los pulmones.

—Ya, Gibbons. Parece un buen tipo.

—Al que no le has dado ninguna oportunidad.

Incómoda, se removió en su asiento.

—El día del incendio, los bomberos y la policía buscaron todas las pruebas pertinentes; no creí necesario esperar más para remodelar mi ático. —Le miró burlona—. El color negro no me entusiasma.

Él se esforzó por moderar el tono.

—Te dije que te mudaras a otro apartamento.

—A estas alturas, ya sabrás que me encanta mi ático. No vi la necesidad de buscar otro lugar donde vivir.

Siguió mirándola con interés. El hecho de negar que la deseaba resultó ridículo hasta para él. Sin embargo, estaba preocupado y su lado protector se afianzó aún más, como si eso fuese posible.

—Ese cabrón podría volver —replicó airado con la mandíbula tensa—. Creo que todavía no ha conseguido lo que quiere.

—Una alarma avisará a la policía si lo hace.

Ella estudió su expresión incrédula durante unos segundos.

—Una alarma no le parará, Selma. Ese malnacido busca hacerte daño y continuará así hasta conseguirlo.

Ella respiró hondo y se apartó el pelo de la cara. El gesto en sí fue casual, pero a Hunter le cortó la respiración. La elegancia formaba parte de Selma y esa mañana estaba preciosa, con una blusa a rayas, de colores vibrantes en rojo y negro. El estampado la favorecía e iluminaba su rostro.

—Hunter, te recuerdo que ya no llevas el caso. Así que, dime, ¿qué haces aquí?

Él la miró unos segundos sin decir nada. Estaba claro que Selma quería utilizar la artillería pesada con él y no la culpaba por ello.

—Intento ser amable.

—Pues deja de hacerlo.

Se quedó sorprendido un momento y luego sonrió ligeramente.

—De acuerdo.

Intentaba ser mejor hombre, al menos estaba aprendiendo. Pero estaba claro que Selma no se lo estaba poniendo fácil.

—¿Podemos hablar como dos personas civilizadas?

Ella sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero no se permitió llorar delante de él.

El murmullo de la cafetería cobró fuerza, convirtiéndose en un flujo constante de voces animadas y risas suaves que llenaban el aire. Era la hora punta de los desayunos, un momento en el que el aroma tentador del café recién hecho se mezclaba con el suave perfume de bollos recién horneados y tostadas doradas. El sonido de los platos chocando, el vapor que se elevaba de las tazas de café humeante y el tintineo de las cucharillas contra el borde de las tazas creaban una sinfonía matutina que invitaba a sumergirse en el ambiente acogedor y familiar de la cafetería. Hunter tragó saliva pensando que la realidad que tenía ante sus ojos, no era ni acogedora ni

familiar. Él la había echado de su vida y poco más podía esperar al respecto.

Ella asintió, decidida.

—Está bien.

—¿Puedo preguntar qué quería el abogado de tu padre?

Ella contuvo el aliento y lo dejó escapar con lentitud. No le debía explicación alguna a Hunter; no obstante, decidió ser consecuente.

—Mi padre está preocupado y es demasiado egoísta para reconocerlo. —Soltó una especie de risilla que a Hunter le resultó burlesca—. Me dio un año de plazo para levantar la empresa tras la muerte de mi hermano.

—Entiendo.

—Quiere que deje la dirección de la empresa.

Hunter, que en ese momento tenía los ojos sobre el mantel, elevó la mirada hacia ella.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Está claro que no estoy haciendo un buen trabajo.

Ella notó que él la miraba preocupado; el gesto en sí hizo que se enamorara un poco más de él.

—Eso es la idea más estúpida que he oído en mucho tiempo. Te pasas la vida en esa oficina, no tienes vida privada.

—Para él es una realidad. —Tragó saliva y también se tragó su propio ego—. Es posible que tenga razón. Desde que murió Adam no soy la misma, estoy más distraída.

—Eres un ser humano, Selma.

—Un ser humano que comete errores.

—Todos cometemos errores.

Selma suspiró y recorrió la cafetería con la mirada. Le encantaba, pero no era la cafetería en sí. Era estar junto a Hunter lo que hacía de aquel lugar un espacio maravilloso. Lo echaba tanto de menos que en más de una ocasión le costaba respirar.

—No conoces a mi padre.

—¡Eres su hija! Por el amor de Dios. Su única hija —recalcó.

Selma miró hacia su taza.

—Mi padre no ha llegado donde está pensando con el corazón, Hunter. —Levantó la cabeza y se enfrentó a la mirada de él—. Lo que más deseaba en el mundo era que Adam ocupase la oficina principal de la empresa.

Hunter soltó un bufido.

—Eso ya no es posible.

—No, supongo que no —farfulló Selma, con un deje de resignación en su voz.

Él notó cómo los ojos de ella se velaban por la tristeza que intentaba ocultar.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —preguntó, con preocupación evidente en su tono.

—¿Crees que tengo opción? —Hizo una pausa, suspirando—. No la tengo, Hunter. —Se encogió de hombros—. Supongo que tendré que ceder.

—Eso no va contigo —respondió él, con firmeza.

Ella rio, y la melodía en sí sonó reconfortante para él, que la había extrañado en los últimos días más de lo que hubiera imaginado.

—No, claro que no. Pero tampoco estoy muy segura de lo que quiero.

—Estás asustada.

—Eso también —reconoció ella, con honestidad.

—Si atrapo a ese monstruo, ¿te pensarás lo de dejar el cargo? —inquirió, con

determinación en su voz.

—Creí que ya no trabajabas en el caso —respondió Selma, un tanto confundida.

—Eso es lo bueno de la vida, que puedes cambiar de parecer en cualquier momento.

Selma intentó ser paciente.

—No sé si lo entiendo, Hunter.

Él extendió las manos y tomó las de Selma, se sintió aliviado al notar que ella no lo rechazaba. Pudo sentir el calor de su piel y el temblor de sus dedos.

—No permitiré que nadie te arrebate tus sueños, Selma —declaró con determinación.

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, deseó haber escogido otras. Pero ya era demasiado tarde. Había decepcionado a Selma una vez, y no se permitiría cometer el mismo error nuevamente.

CAPÍTULO 17

Hunter observó la fotografía que aparecía en la pantalla de su ordenador una vez más. Había estudiado minuciosamente el informe de Jason Rinaldi y podía apostar sin temor a equivocarse a que era el individuo que buscaba. Entrecerró los ojos y sopesó las opciones. No sería difícil encontrarlo, era adicto al juego. Y ese dato era interesante.

—Papá, ¿qué vamos a cenar esta noche? —La voz de Mark interrumpió sus cavilaciones.

—Ya voy.

—¿Quién es? —Mark señaló a la pantalla.

Hunter apagó el ordenador.

—Nadie interesante, te lo aseguro.

El niño no se dio por vencido.

—¿Es uno de los malos?

Hunter, aunque cansado esa noche, sabía que evadir la pregunta de su hijo no sería conveniente.

—Es posible que sea el tipo que ando buscando. Pero no debes preocuparte, ¿de acuerdo? —Revolvió el pelo de Mark cuando pasó a su lado. El niño se quedó mirando la pantalla fundida en negro—. Vamos a la cocina.

Mark pareció salir de su ensimismamiento y, le siguió.

—Creí que era tío Donel quien perseguía a los malos.

—Y así es. —Hunter abrió el frigorífico y eligió algunas verduras y varios tipos de queso —. ¿Te apetece pasta?

—Sí, claro —respondió el niño, entusiasta.

—Pues manos a la obra. —Hunter abrió uno de los armarios, cogió una cazuela y la puso bajo el grifo.

—Ya no estoy enfadado contigo.

Hunter arqueó ambas cejas, claramente sorprendido.

—Pues me alegro de que así sea. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Tom.

—¿El señor Crane? —preguntó Hunter, poniendo la cazuela en el fuego.

—Sí. Hemos estado hablando de hombre a hombre.

Hunter guardó la compostura, reírse del comentario rompería la magia del momento.

—Y, ¿puedo saber de qué habéis hablado?

El niño se encogió de hombros mientras abría el cajón de los cubiertos.

—De cosas.

A Hunter le habría gustado preguntar más, pero sabía que pisaba un terreno delicado, así que optó por guardar silencio, al mismo tiempo que cortaba unos tomates en rodajas.

—Papá...

—Dime, Mark.

—No quiero que te mueras.

Hunter dejó lo que estaba haciendo para fijarse en su posesión más preciada. El triste semblante de Mark hablaba por sí solo. Dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar y se acercó a él.

—Hey, campeón. No voy a ir a ninguna parte, ¿de acuerdo? No te voy a dejar solo —explicó con un nudo en la garganta.

—¿Me lo prometes?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Eso no es lo mismo que prometer.

—Claro que sí —le aseguró.

Mark miró al suelo, algo cohibido.

—¿Dejaste el camión de bomberos por mí?

Hunter se preguntó cuánto coraje había reunido su hijo para hacerle esa pregunta. Hincó una rodilla en el suelo y con el dedo índice le levantó la barbilla. Sus ojos se encontraron.

—Dejé el parque de bomberos porque quería pasar más tiempo contigo. Lo hice por mí.

Mark hizo un conato de sonrisa.

—Ya no quiero que tío Donel encuentre a mamá.

—¿Por qué? —preguntó Hunter con aparente calma—. Creí que era lo que más deseabas en el mundo.

—Tom dice que no debo gastar mis energías en ella, que cuando esté preparada volverá.

Hunter pensó que quien se va sin despedirse nunca se va del todo.

—Tuvo sus razones, Mark. Quizá no estemos de acuerdo con ellas, pero sí debemos respetarlas. Ven aquí. —Apretó a su hijo contra el pecho—. Todo irá bien.

—Ya lo sé. Tom dice que tú te asegurarás de ello.

Algo más que añadir a la interminable lista de favores de los Crane. Les debía mucho.

—Sí, me aseguraré de ello.

—No me importan las galletas.

Hunter sonrió.

—Eso no es verdad. Te encantan las galletas. —Separó a su hijo lo suficiente para mirarlo a los ojos—. No me infravalores, campeón.

—Papá, no sabes ni encender el horno.

—Bueno, puede que hacer galletas no se me dé bien, pero lo puedo intentar.

—Mejor llamamos a Selma.

—Mark, hijo...

—¿Crees que dirá que no?

Hunter no estaba preparado para negarle nada más a su hijo.

—Aceptaré la invitación, estoy seguro.

La sonrisa del niño se ensanchó.

—De acuerdo, dame tu teléfono. La llamaré.

—¿Ahora? —preguntó Hunter, asombrado—. Es un poco tarde, ¿no crees?

—La invitaremos a cenar. Además, papá, nunca es tarde para hacer galletas.

Selma bajó de su coche y se detuvo un momento para examinar la fachada decorada con luces y adornos, que brillaban en la oscuridad de la noche. La atmósfera navideña que envolvía la urbanización la hizo sentir incómoda, aunque no podía negar su belleza. Se preguntó cómo sería la vida en ese lugar, donde cada casa parecía emanar calidez y familiaridad. Imaginó las conversaciones amistosas con los vecinos, los intercambios de sal y azúcar, y se sintió momentáneamente tentada a experimentar esa sensación de comunidad. Sin embargo, una inexplicable reticencia la detuvo. A pesar de su curiosidad, una parte de ella ansiaba regresar a la privacidad de su ático, aunque no podía explicar por qué. Seguramente era porque Mark la había llamado y ella no se había podido negar. Cerró la puerta de su coche y, tras vacilar unos

segundos, se colgó el asa del bolso en el hombro. Ignoró el coche que había aparcado a escasos metros del suyo. Hunter le había sugerido que era por su bien, que necesitaba vigilancia veinticuatro horas al día para evitar cualquier peligro. Ella no estaba tan segura. Sentir esos grilletes imaginarios alrededor de sus muñecas la asfixiaba.

Había anochecido, pero no había estrellas en el cielo. Eso podía haber sido un buen indicador de que no era una noche perfecta; sin embargo, tal y como llegó el pensamiento lo desterró. Caminó con paso seguro, con sus tacones resonando contra el pavimento y la mirada fija en la fachada de la casa donde vivía Hunter con su hijo.

Cuando llamó a la puerta se sintió desprotegida y con las emociones a flor de piel. La mañana había tenido un comienzo poco prometedor. La conversación en la cafetería había sido extraña y, en más ocasiones de lo esperado, incómoda. Pero por el bien de ambos, habían llegado a una especie de acuerdo tácito que los dos parecían querer respetar.

Cuando la puerta se abrió no pudo más que sonreír al ver la cara risueña de Mark. Al menos alguien era feliz y eso era un buen motivo para celebrar.

—Pasa, te estábamos esperando. —Mark se hizo a un lado—. ¿Te gustan los macarrones?

Selma cruzó el umbral de la casa y fue recibida por el reconfortante aroma de salsa de tomate y especias. El lugar irradiaba calidez y confort, evocando la clase de hogar en la que había soñado tantas veces al imaginar su futuro, cuando el amor y formar una familia eran parte de sus fantasías. Sin embargo, con el paso del tiempo, esos sueños habían perdido relevancia frente a las preocupaciones de la vida cotidiana, dejando poco espacio para ilusiones románticas.

—Selma...

—Disculpa, Mark. ¿Me preguntabas algo? —Volvió al presente, enfocando su atención en el niño.

—Te preguntaba si te gustan los macarrones.

Ella esbozó una media sonrisa. Mark era un niño encantador, tan parecido a su padre.

—Más que nada en el mundo, me encantan.

Mark sonrió de oreja a oreja, satisfecho por la respuesta.

El aroma de las especias se intensificó al llegar a la cocina, y Selma sintió que todas sus dudas se desvanecían de inmediato.

—Hola —saludó al ver a Hunter.

Él se giró con una sonrisa cálida, dándole la bienvenida.

Si esperaba otro recibimiento por parte de él, se equivocó.

—Gracias por venir —dijo Hunter sinceramente.

Selma se esforzó por entablar una conversación, tratando de sentirse cómoda en una casa ajena.

—¿Quién se puede negar a una cena irresistible?

La sonrisa de Hunter se amplió y Selma sintió una especie de sacudida en el corazón. ¿A quién quería engañar? Nadie la hacía sentir como lo hacía Hunter. Él era un puerto seguro en el océano de sus sentimientos.

—Bienvenida. Ponte cómoda, por favor.

A él le gustó verla allí, en su cocina, una noche común y corriente. En el fondo de su ser, era muy consciente de que Selma podía llenar ese espacio vacío que tanto acusaban él y Mark.

El atuendo de Selma era sencillo, pero elegante: pantalones negros y una blusa informal, que contrastaba con la de esa mañana. Era curioso, pero Selma nunca desentonaba. Como complemento, sus clásicos zapatos negros con tacón, que realzaban aún más su figura. Su cabello

caía suelto sobre sus hombros, pero Hunter se esforzó por no fijarse demasiado. Sabía lo tentador que sería acariciarlo, pero eso estaba fuera de los límites para él. Y así debía seguir siendo.

Debía mantener los pies en la tierra y ser consecuente con sus actos y palabras. Selma estaba acostumbrada a otra vida, a otras necesidades que él no podía satisfacer. Como era habitual, ese pensamiento lo atravesó como un rayo y le impidió respirar. Intentó en vano esbozar una sonrisa, pero no lo logró. Al menos la conversación fluía con naturalidad.

—Espero que te guste la pasta con tomate y queso.

—Me encanta —respondió ella, quitándose el abrigo y dejándolo a un lado—. Por lo que veo la salsa es casera.

—¿Lo dudabas? —preguntó Hunter con tono burlón.

Ella fue a responder, pero Mark la interrumpió.

—Selma, ¿haremos las galletas después de cenar?

La pregunta de Mark la pilló por sorpresa. Antes de responder, buscó la aprobación de Hunter.

—Si tu padre está de acuerdo, por mí bien.

—Papá, por favor... —rogó el niño.

Hunter sabía que esas galletas eran importantes para su hijo.

—Eres nuestra salvadora, Selma. Así que no puedo negarme.

El niño dio un brinco, entusiasmado.

—Voy a por los ingredientes. ¿Tienes una lista?

Selma sonrió ante tal vitalidad.

—No es difícil. —Comenzó a enumerar—: Necesitaremos harina, huevos, una pizca de jengibre y canela. —Sonrió para sí al ver cómo Mark se afanaba por escribir la lista en un trozo de papel—. Y no olvides la mantequilla. Incluso un poco de melaza o miel le vendrían bien.

—Son muchos ingredientes.

—Solo los necesarios.

Mark repasó la lista.

—¿Falta alguno?

—Sí.

—¿Cuál? —preguntó el niño, con la mirada fija en la lista.

—El amor —respondió ella, sonriendo.

Mark levantó la cabeza de golpe.

—El amor no es un ingrediente —replicó con recelo.

—Yo creo que es el ingrediente más importante —objetó Selma.

Mark no parecía muy convencido.

—¿Tú también lo crees, papá?

Hunter, que en ese instante estaba escurriendo los macarrones, miró a Selma y luego a su hijo.

—Creo que Selma tiene razón. El amor mueve el mundo.

Ella le sonrió e iluminó aquel instante que Hunter ya había inmortalizado en su mente.

Mark, dudoso, bajó la mirada y releyó la lista de ingredientes.

—De acuerdo. —Soltó un bufido, pero no pudo resistirse a escribir la palabra *amor* en la columna de los ingredientes.

—Ese es el verdadero secreto de la receta. Me lo enseñó mi abuela.

—Tu abuela debía ser guay. —Mark le sonrió.

—Sí que lo era. La echo mucho de menos.

A Hunter no le pasó inadvertido el tono melancólico de Selma. No había sido muy precisa con Mark, pero él sabía que su abuela había muerto. Sintió su dolor como suyo.

—Va a ser divertido —dijo Mark, mientras iba al otro extremo de la cocina en busca de los ingredientes.

Selma observó al niño y percibió algo muy parecido a la ternura. Sí, no cabía la menor duda del parecido con su padre. Dentro de unos años se convertiría en un joven muy atractivo que volvería locas a las chicas. Hunter estaba haciendo un trabajo increíble educando a su hijo él solo. Estaba claro que no era una tarea sencilla.

Suspiró, sin saber muy bien qué decir o hacer. Debería sentirse incómoda en aquella cocina, pero no era así.

—Gracias.

La voz de Hunter irrumpió en sus pensamientos.

Selma no tuvo que preguntar la razón de ese agradecimiento.

—No hay de qué, pero te confieso que hace mucho tiempo que no amaso ni horneo galletas.

Él se acercó, colocó la mano sobre su brazo y ella percibió la calidez que transmitía la caricia.

—Hacerle feliz es más que suficiente. Te lo agradezco porque hacía mucho tiempo que no lo veía tan ilusionado.

—Pronto llegarán los regalos de Navidad y te aseguro que olvidará las galletas. —Selma sonrió al ver cómo Mark se afanaba en reunir todos los ingredientes de la lista—. Pero sí, es un niño maravilloso.

—La carta que ha escrito a Santa Claus es interminable. Espero estar a la altura.

—¿Alguna vez no lo has estado?

—Más veces de las que imaginas. La verdad es que cuando busca al malo de la película siempre me elige a mí.

—Es el precio que pagamos por las personas que queremos.

Hunter la miró con tal intensidad que ella no tuvo otra opción que apartar la mirada y tragar saliva. Estar en esa casa era lo más difícil que había hecho en su vida. No tocar a Hunter, no poder refugiarse en sus brazos, estaba siendo devastador y descorazonador. Pero si algo había aprendido en estas últimas semanas era que la némesis del amor era el miedo. Y ese miedo era un gran muro que le impedía alcanzar la felicidad.

—Me ha llamado Donel —dijo ella, cambiando de tema. De no hacerlo sucumbiría a sus deseos, a la humillación más absoluta.

El momento mágico desapareció y Selma, de algún modo, lo agradeció.

—¿Eso es algo bueno o malo?

—Que te llame la policía creo que nunca es bueno.

—Ya sabes que las respuestas traen más preguntas. —La vio asentir—. ¿Puedo saber qué quería? —inquirió, apartando la mano.

Dejarla ir estaba siendo más complicado de lo imaginado. Hunter se preguntó por enésima vez si estaría haciendo lo correcto al alejarla de su vida y de la de Mark. Mantener sus sentimientos a raya estaba siendo agotador.

—Quería saber si había encontrado más fotos o documentos de Adam.

La voz de Selma rompió el hilo de sus pensamientos. Fue entonces cuando la miró fijamente.

—Le dije que no, que solo tenía su tablet y que en ella no había ningún contenido

significativo. Aun así, quiere revisarla él mismo.

Hunter asintió.

—Están buscando una relación entre Portia y tu hermano. Al parecer no hay una conexión.

—Las fotos demuestran lo contrario.

—Cierto, pero no llevan a ninguna parte. —El rostro de Hunter se relajó—. Podían ser buenos amigos, eso es todo.

—Entonces, según tú, ¿qué buscaba Portia en el almacén?

Hunter le sostuvo la mirada. Qué idiota había sido al creer que podía dejarla marchar. Exasperado, miró al techo y buscó algo que decir.

—No lo sé. Está claro que se conocían, que había algo que compartían, pero Donel no logra unir las piezas del puzzle. ¿Te apetece un vino?

—Estaría bien. Gracias.

Hunter fue en busca de las copas.

—Donel ha visitado el periódico en el que trabajaba Portia. Según el director, Adam nunca se pasó por allí ni dejó ningún recado. Sin duda es extraño. —Hunter vertió una pequeña cantidad de vino en las respectivas copas.

—Hay alguien que se está tomando muchas molestias. Busca algo que nosotros ignoramos. —Selma hizo un mohín con la boca que a él le resultó encantador. —Es complicado, es algo en lo que pienso a menudo. Esa es la razón por la que me gustaría volver al almacén. —Bebió un sorbo de vino y reconoció que era de una buena cosecha—. ¿Lo guardabas para un momento especial?

Hunter ignoró la pregunta de forma deliberada y se le quedó mirando con aire pensativo.

—No creo que sea buena idea que vuelvas. Es demasiado peligroso, allí solo hay escombros y no es seguro.

—Necesito sentirme libre, nada de escoltas.

Hunter comprendió la situación, pero no por ello claudicó.

—Tu protección es importante.

—¿Para dar caza al pirómano?

—Pues sí. Y también por tu seguridad, por supuesto. —Hunter logró controlar su enojo—. Te recuerdo que hay alguien que quiere hacerte daño y, por mi experiencia, no parará hasta conseguirlo.

Selma estaba cansada de escuchar siempre la misma retahíla de argumentos. Estaba claro que Donel y Hunter eran hermanos.

—Puede que tengas razón, pero necesito hacerlo. Quizás descubra algo que se os haya pasado por alto. —Escuchó el bufido de Hunter, no obstante, lo ignoró—. Conozco el almacén y podría haber algo fuera de lugar.

—No es buena idea, Selma —replicó Hunter con voz gélida—. Es muy peligroso. Te recuerdo que el edificio está en ruinas.

—Sé muy bien cómo está el edificio, Hunter. Sin embargo, insisto —dijo con cautela—. Imagínate que Adam hubiera dejado algo allí, algo que Portia fue a buscar.

—Portia encontró la muerte —dijo él en tono cansado—. Han peinado la zona varias veces y no han hallado nada importante. No hay nada.

—No estoy de acuerdo.

—Pues deberías estarlo. Es muy peligroso, Selma —dijo secamente—. Hay alguien ahí fuera que quiere hacerte daño.

—¿Y te has preguntado por qué?

—Me lo pregunto a todas horas. A todas —insistió de mal talante—. Y es lo que intento averiguar. —Cogió su copa con poca amabilidad y dio un buen trago de vino para refrescar su garganta, ya seca de por sí.

—Ryan dice que puede tratarse de algún documento importante.

Hablar del abogado trajeado era lo último que deseaba Hunter. Miró hacia el suelo para ocultar su irritación.

—¿Es que guardabas algún tipo de documento importante en el almacén?

A ella le habría gustado ver sus ojos al responderle, pero al parecer él no estaba por la labor.

—No, pero Adam lo podría haber escondido en algún lugar del edificio.

—¿Y por qué razón iría Portia en busca de algo que escondió tu hermano seis meses después de su muerte? —preguntó levantando la vista de repente.

—No lo sé, Hunter. —Se enfrentó a su mirada—. Pero necesito estar segura de que allí no hay nada importante.

Hunter resolló con fuerza.

—¿Qué te hace pensar que el asesino no encontró lo que buscaba?

Selma, sentada, le dio vueltas a la pregunta.

—Porque de haberlo encontrado, no habría ido a mi apartamento, ¿no crees?

Hunter procesó la respuesta mientras se tiraba con nerviosismo del lóbulo de la oreja. Selma tenía razón, y él poco podía hacer para hacerla cambiar de parecer. El cabrón que había incendiado el almacén sin duda era el mismo que había estado en el ático de Selma. Su experiencia e intuición pocas veces fallaban.

—Es muy arriesgado. Prométeme que no irás. —Dejó la copa sobre la mesa y a continuación se pasó la mano por el pelo—. Hablaré con Foster y le pediré que me acompañe. Sacaré más fotografías y posteriormente te las mostraremos. Quizás así puedas llegar a alguna conclusión.

Ella fue a replicar, pero la voz de Mark la interrumpió.

—Papá, ¿dónde está la canela?

Hunter desvió la mirada.

—En ese armario, en la tercera balda.

Selma se sintió cómplice de la escena.

—Es un chico fantástico.

—Sí que lo es.

—Quiero que sepas que lo entiendo, Hunter.

Él mantuvo una expresión serena.

—¿Qué entiendes?

Selma sintió un nudo en la garganta y lo que estaba a punto de decir, le impidió respirar.

—Comprendo que pongas a Mark por encima de todo. Estás haciendo lo correcto. —Bajó la mirada un instante y tomó aire, mientras acariciaba con la yema de los dedos el cristal de la copa—. Es más que razonable que te apartes del peligro. Él te necesita.

Hunter no supo qué responder a eso.

—Aunque yo también te necesito, de otra manera, por supuesto.

—Selma...

Al advertir el tono de calidez en la voz de Hunter, no tuvo más remedio que bajarse del taburete con el fin de alejarse. Cobijarse en sus brazos era demasiado tentador.

—Has tomado la decisión correcta. —Se dio la vuelta y se dirigió al lugar donde se encontraba Mark—. Déjame que te ayude.

El niño la recibió con una gran sonrisa en los labios.

Mientras tanto, Hunter se preguntó si su vida alguna vez sería la misma. La respuesta le desilusionó tanto que decidió apurar la copa para llenarla de nuevo.

CAPÍTULO 18

Los gritos rompieron el silencio de la noche, despertando a Hunter. Saltó de la cama, alarmado por los desgarradores chillidos que provenían de la habitación contigua, donde dormía Mark. Antes de que pudiera llegar hasta él, los gritos se repitieron, intensos y desgarradores. Corrió hacia la habitación de su hijo, con el corazón en un puño.

Al llegar, encontró a Mark retorciéndose en la cama, atrapado en un terror nocturno que parecía no tener fin. Al principio, el niño se resistió a su abrazo, lanzando patadas y golpes en su dirección. Ninguna caricia ni palabra parecía calmarlo.

Maldiciendo en voz baja, Hunter rodeó con fuerza el cuerpo de su hijo, murmurando palabras de amor y consuelo. Después de unos largos y angustiosos minutos, Mark empezó a tranquilizarse.

—¡Papá, no te vayas! —sollozó Mark, más calmado ahora.

—No voy a ir a ninguna parte, Mark —respondió Hunter, acunándolo entre sus brazos.

El niño hipó, mientras sus sollozos se apaciguaban.

—Quiero ir a tu cama —dijo Mark.

Sin dudar, Hunter recogió a su hijo en brazos y lo llevó consigo a su dormitorio.

—No te vayas, papá —reiteró Mark, algo más calmado.

—Nunca, hijo. Nunca —aseguró Hunter con dulzura.

—Prométeme que no te morirás.

—No hasta dentro de muchos años, cuando tú seas abuelo.

—Eso es mucho tiempo, papá.

—Nunca es suficiente, hijo. —Lo miró con una expresión de ternura—. Ahora, trata de dormir.

Con cuidado, Hunter acostó a Mark en la cama. El niño cerró los ojos y su respiración se volvió más tranquila y regular. Hunter le acarició suavemente la mejilla con la mano, sintiendo la necesidad imperiosa de protegerlo.

Mark lo necesitaba, y Hunter estaba decidido a no fallarle. Se acostó junto a él, lo abrazó con fuerza y le dio un beso en la frente.

Mark ya había perdido demasiado en su corta vida.

—Siempre juntos, Mark. Siempre juntos. No te fallaré —susurró al oído de su hijo antes de dejarse llevar por el sueño.

Habría sido una velada casi perfecta, de no ser porque había decidido irse al hornear una segunda bandeja de galletas. No deseaba complicar más la situación y estaba claro que Hunter ya había hecho su elección.

No se lo reprochaba, era lo mejor para Mark y para él. Si Hunter se había sentido decepcionado por su marcha, no lo había dejado entrever, y así era como debía ser.

Volvió al presente, a ese que tanto le resultaba tan difícil vivir. Había hablado con su padre hacia escasos minutos y la conversación había transcurrido como esperaba, sin sorpresas. No podía culparlo por estar preocupado: las cifras de la empresa no eran aceptables. Crear un nuevo catálogo, buscar financiación en un banco y tranquilizar a sus colaboradores y compradores estaba siendo una tarea ardua que no le dejaba tiempo libre, ni mucho menos para

tener su propia familia.

Sí, Hunter había sido inteligente al mantenerla al margen. Pero si todo estaba en su sitio, si todos hacían lo correcto, ¿por qué razón se sentía tan desamparada?

La entrada apresurada de Ginny a su despacho la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Ginny.

—Como esperábamos —respondió Selma, soltando el aire que había estado reteniendo en los pulmones.

—¿No has podido hacer que cambie de opinión?

—No, y lo peor es que le comprendo —comentó Selma, ausente—. Todo su imperio se desmorona delante de sus narices y yo soy incapaz de evitarlo.

—Estás haciendo un trabajo bárbaro —aseguró Ginny.

—Al parecer, no tanto. —murmuró Selma, con la mirada perdida en la ventana, bañada por los rayos del sol. Deseó no estar encerrada entre esas cuatro paredes y huir lejos, donde nadie pudiera encontrarla. Pero la realidad era bien distinta—. Quiere que dimita como directora, y no puedo culparle por ello.

—Estás realizando una labor encomiable y agotadora, Selma. Solo necesitas un poco más de tiempo, eso es todo.

—Necesito algo más que tiempo, Ginny. El seguro solo pone trabas y, las deudas se acumulan a pasos agigantados. A este ritmo, no llegaremos muy lejos.

—No deberías ser tan dura contigo misma. —comentó Ginny, acomodándose en el borde de la mesa—. ¿Cuánto hace que no duermes tres horas seguidas?

Selma reclinó la cabeza sobre el respaldo de su sillón.

—No lo recuerdo.

—Deberías descansar y buscar otra perspectiva.

—Eso es fácil decirlo cuando no te sientes abrumada por la responsabilidad. —Nada más pronunciar esas palabras, se arrepintió—. Lo siento, no debería haber dicho eso.

—Claro que sí. Eres Selma Harding. Si alguien puede decir algo así, eres tú.

—Ha sonado fatal —se excusó ella.

—Escucha, Selma, todos estamos trabajando muy duro, pero ahí fuera no nos lo están poniendo fácil.

—Soy consciente de ello. —Se permitió cerrar los ojos unos segundos. Los párpados parecían pesarle una tonelada—. Estoy cansada de hablar por teléfono y convencer a proveedores, directores de bancos y clientes de que podemos hacerlo en un tiempo récord, pero ni yo misma lo creo posible.

—Con un poco más de esfuerzo, podemos lograrlo. *Moon Drews* es viable —atajó Ginny, resolutiva.

A Selma le habría gustado que eso fuera cierto. Pero ya no estaba segura de nada, ni de sí misma. Decidió abrir los ojos y enfrentarse por enésima vez a la realidad. Quizás Ginny tuviera razón y podía lograrlo, sin embargo, las fuerzas le comenzaban a fallar.

—Anoche estuve horneando galletas.

Ginny abrió mucho los ojos y la miró, expectante.

—Repite eso, por favor.

—Estuve en casa de Hunter. Mark tenía que llevar hoy una bandeja de galletas al colegio.

Selma se inclinó sobre la mesa, demasiado cansada incluso para pensar. Aspiró con fuerza e intentó que sus dudas no ganasen la batalla que se estaba desatando en su interior.

—Fue maravilloso. Es como si el destino me brindase un pedazo de felicidad. Me muestra lo que me estoy perdiendo por elegir la empresa en vez de a Hunter y a su hijo.

—Selma, estamos en el siglo veintiuno. Te recuerdo que se puede tener una familia y ser una gran empresaria.

—La conciliación familiar no es más que una utopía, Ginny.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—¿Quieres tener hijos? —preguntó a su amiga.

No le hacía falta mirar su rostro para saber que Ginny tenía las cejas arqueadas.

—Ni en sueños.

—¿Ves? Ahí lo tienes.

Ginny miró hacia el techo, con gesto cansado.

—Lo que ocurre es que me gustan demasiado los hombres para quedarme solo con uno. El sexo es una vía de escape increíble a la que no pienso renunciar por nada del mundo.

Selma sonrió abiertamente. Le encantaba la sinceridad. Era cierto, su amiga adoraba el mundo de las citas y los hombres. Por un momento ella deseó ser así, pero en el fondo sabía que nunca ocurriría.

—A mí solo me gusta uno y no puedo tenerlo. —Se levantó de su sillón.

—Debió ser duro estar en su casa y no poder dar rienda suelta a tu imaginación.

—Sí que lo fue, pero él tiene muy clara su postura y yo no puedo hacer nada para hacerle cambiar de parecer —dijo con suavidad—. Tiene que pensar en su hijo, y es muy posible que sea eso lo que me atrae de él. Su faceta protectora.

—Mark es un niño muy inteligente...

—...que necesita estabilidad. —Selma terminó la frase por ella.

—Te lo repito, eres demasiado dura contigo misma.

—Soy realista, Ginny. Mi vida ahora mismo es una montaña rusa y puede llegar a ser agotadora. —Se le encogió el estómago de solo pensarlo—. Mi padre no confía en mí, la empresa se va al traste y, para colmo de males, el peligro me acecha.

—Todo se arreglará. La policía está en ello, no tardarán en detener a ese impresentable.

—Mientras tanto, tengo un par de escoltas siguiéndome a todas partes.

—Es por tu bien.

—A mí me parece agotador. —En ese momento sentía irritación, rabia contenida—. Estoy cansada de que alguien quiera manejar mi vida a su antojo.

—¿Te vas? —preguntó Ginny cuando la vio recoger su abrigo.

—Así es. Y necesito las llaves de tu coche.

—No creo que sea buena idea, Selma. Al menos, ¿puedo saber a dónde vas?

—Al almacén. —Se puso el abrigo y recogió su bolso.

—¿A ese montón de escombros? —inquirió Ginny, atónita.

—Eso es.

Ginny no se lo podía creer.

—¿Lo sabe Hunter?

—Hunter ya ha decidido que no formaré parte de su vida; por lo tanto, no tiene que estar al tanto de mis decisiones.

—¡No es seguro, Selma! —La voz de Ginny sonó desfallecida—. Déjame acompañarte.

—Te lo agradezco, pero solo tengo un par de botas en el maletero. Necesito tu coche.

Ginny fue a replicar, pero decidió cerrar la boca.

—Una cosa más —comentó Selma mientras esperaba que Ginny le diese las llaves—.

¿Saliste alguna vez con Adam?

—¿Con tu hermano? —preguntó Ginny, sorprendida.

—Sí, con mi hermano.

—¿Es relevante que responda a esa pregunta?

Selma ladeó la cabeza.

—Ya has respondido.

—Selma, yo...

—No importa, Ginny. De verdad.

—No fue nada serio.

Selma se permitió sonreír con un destello de humor en los ojos.

—Déjame adivinarlo: solo fue sexo.

—Así es. Los dos estuvimos de acuerdo en ello.

—Está bien, Ginny.

—¿Seguro? —preguntó su amiga, insegura.

—Por supuesto. Solo era mera curiosidad.

—Espero que no me preguntes qué tal era tu hermano en la cama.

—Pues claro que no. —Selma le dirigió una sonrisa ladeada—. ¿Viste a Portia alguna vez con él?

Selma vio cómo Ginny procesaba la pregunta.

—Ahora que lo dices, sí, una vez.

—¿Cuándo? —Selma la miró expectante mientras ella hacía memoria—. ¡Vamos, Ginny! ¿Cuándo? —la urgió.

Ginny le entregó las llaves y, a continuación, encendió la tableta que tenía entre las manos. Movié el dedo índice a una velocidad vertiginosa por la pantalla.

—Hay una foto...

—¿Qué foto? —se interesó Selma, ansiosa.

—Mira, aquí están los tres.

Selma voló hacia Ginny.

—¿Tres? No sé si te sigo... —Cuando Selma vio la foto se le cortó la respiración—. ¿Se trata de la gala del congresista Hamilton?

—Así es.

—¿Cuándo fue? —Selma no podía apartar la mirada de la pantalla.

—Poco antes del accidente de Adam.

Selma levantó la vista y miró a su amiga.

—¿Qué hacía mi hermano con Portia en la gala del congresista Hamilton?

Ginny dudó unos segundos.

—¿No eran amigos?

—No, que yo sepa —respondió Selma—. Ni siquiera sabía que se conocían. —Ambas mujeres miraron de nuevo la pantalla—. Hazme un favor, Ginny. Llama al periódico donde trabajaba Portia e indaga como solo tú sabes hacerlo.

—¿Estás segura de todo esto, Selma? —preguntó Ginny, preocupada.

—No, pero necesito zanjar este asunto de una vez por todas —comentó mientras colocaba el asa de su bolso en su hombro—. Si consigues algún tipo de información, llámame al móvil.

—¿Qué buscamos exactamente?

—Aún no lo sé. Envíame la foto, por favor.

—¿Estás segura de que quieres ir sola al almacén?

Selma no estaba segura de nada, lo único que deseaba era pasar página.

—No te preocupes, ¿de acuerdo? Cuidaré de tu coche.

No esperó respuesta por parte de Ginny. Salió de su despacho con la única intención de buscar respuestas.

Tras varias llamadas y pedir algunos favores, Hunter sabía dónde encontrar a Jason Rinaldi.

La noche anterior había sido un cúmulo de sentimientos contradictorios que le habían impedido dormir. Cuando estaba a punto de coger el sueño, Mark había gritado y él había ido a su encuentro. Ver a su hijo llorar, patalear y luchar contra sus propios fantasmas había sido una experiencia aterradora a la que nunca se acostumbraría.

Ahora estaba más seguro que nunca de que Mark necesitaba tranquilidad, una rutina consistente en su vida y nada de altibajos.

Se le contrajo un músculo de la mandíbula cuando pensó en Selma.

Estaba enamorado de ella, era una mujer increíble a la que le encantaba la música de los ochenta y noventa y el helado de chocolate. Era inteligente, hermosa y más fuerte de lo que ella suponía. Era una luchadora incansable, nunca se daba por vencida y eso era lo que más admiraba de ella.

Pero tenía que pensar en Mark y en el acuerdo tácito que había alcanzado consigo mismo en el transcurso de los últimos años.

Nada de lazos, nada de relaciones, por su bien y el de su hijo.

Selma y él vivían en dos mundos paralelos, tenían necesidades diferentes e igual de importantes. Él, su familia y ella, su empresa.

Así que estaba haciendo lo correcto, lo más inteligente dada la situación. Seguiría con el caso hasta que todo acabara, hasta descubrir al culpable; luego no habría excusas.

Se ahorrarían una escena incómoda y empezarían a distanciarse hasta que los recuerdos fuesen solo eso, meros recuerdos.

Así debía ser.

Inquieto por sus propios sentimientos y pensamientos, atravesó la calle y se adentró en el corazón del bullicioso barrio de Albany Park. Los edificios de ladrillo rojo se alzaban majestuosos a ambos lados de la calle, con escaparates que exhibían una colorida variedad de productos y servicios, desde tiendas de comestibles étnicos hasta restaurantes auténticos de diferentes partes del mundo. El aroma tentador de la comida callejera flotaba en el ambiente, una mezcla embriagadora de especias exóticas y sabores picantes que despertaba su apetito. Mientras avanzaba, pasó junto a puestos de tacos y falafel, bares de sushi y puestos de comida tailandesa, cada uno desprendiendo deliciosos olores que lo incitaban a darse un festín. El murmullo animado de las conversaciones llenaba el aire. A cada paso que daba, escuchaba fragmentos de conversaciones en diferentes idiomas que revelaba la asombrosa diversidad lingüística del vecindario, un testimonio de la comunidad de inmigrantes que había hecho de Albany Park su hogar.

A pesar de la vibrante energía del barrio, una sensación de inquietud se aferraba a él, recordándole el verdadero motivo de su visita. Según los informes que había estudiado minuciosamente, incluido el detallado análisis de Gibbons, el taller de reparación de automóviles que se encontraba en aquella zona era el escondite de Rinaldi desde hacía varios meses. Los

incendios provocados que habían devastado la ciudad llevaban su firma, y él estaba decidido a poner fin a su reinado de terror, sin importar las consecuencias.

El taller mecánico de coches estaba impregnado de un olor característico a aceite, gasolina y metal caliente. El espacio estaba dominado por grandes herramientas colgadas en las paredes, estantes repletos de piezas de repuesto y bancos de trabajo con motores desmontados. El suelo estaba salpicado de manchas de aceite y grasa, testigos de innumerables reparaciones. El sonido constante de herramientas en acción y motores hacían de aquel taller un lugar bullicioso. Los mecánicos, con sus uniformes grasientos y rostros concentrados, trabajaban con destreza y precisión en los vehículos. Se dirigió a uno, que tenía la cabeza metida literalmente en el capó de un coche.

—Disculpe, busco a Jason Rinaldi.

El hombre dejó lo que estaba haciendo, emergiendo de debajo del capó para estudiar detenidamente al recién llegado.

—¿Se ha metido en algún lío?

Hunter observó al hombre de mediana edad, moreno y con posiblemente acento polaco, que se limpiaba las manos de grasa con un paño mugriento, en armonía con su mono de trabajo manchado.

—Solo quiero hablar con él. ¿Es usted el propietario del taller?

—Así es, y no quiero líos. ¿Es usted policía?

—No —respondió Hunter con firmeza.

El hombre lo escudriñó de arriba abajo y por alguna extraña razón decidió confiar en él.

—Está al fondo, con ese Chevrolet rojo.

Hunter agradeció la información con un asentimiento y se dirigió hacia donde señalaba.

Selma descendió del coche y observó el edificio que una vez albergó la colección *Moon Drews*. Ahora era solo un amasijo de hierros y vigas de acero retorcidas y ennegrecidas por el fuego. La fachada, antes imponente, ahora era solo un recuerdo distorsionado de lo que fue. Se llevó una mano a la garganta para contener la decepción.

No se dejó llevar por el desencanto, se dirigió al maletero donde había guardado sus botas. Había hecho el cambio de su coche al de Ginny en el garaje de las oficinas. Se sintió entusiasmada cuando comprobó que nadie la seguía. Dar esquinazo a sus escoltas fue una victoria agri dulce. A partir de ese momento, estaría sola y cualquier consecuencia recaería únicamente en ella.

Y así debía ser.

Alguien la buscaba, deseaba su fin, y ella iba a hacerle frente.

No habría daños colaterales.

Con un movimiento decidido, arrancó la cinta en la que se podía leer explícitamente: «No pasar».

Al cruzar la puerta trasera del almacén, se le cayó el alma a los pies. El fuego había arrasado las paredes, dejando tras de sí un paisaje de destrucción: maniqués carbonizados, frascos de cristal destrozados, documentos manchados y esparcidos por el suelo y cajas reducidas a cenizas. Ni en sus peores pesadillas se había imaginado un escenario así. Hunter se había quedado corto cuando ella le pidió que le describiese el daño que había provocado el fuego.

Todo su trabajo, su mundo entero, estaba reducido a escombros. Ya no quedaba nada de lo que una vez fue.

En el suelo había un cartel medio derretido que antes colgaba de la puerta en el que se podía leer: *Moon Drews*. Se agachó a recogerlo, y no pudo más que sentirse identificada con el ruinoso letrero.

El dolor que la embriagó fue indescriptible.

Con paso vacilante, comenzó a caminar sobre los escombros, viendo cómo su esperanza se desvanecía por momentos. Todo aquello era una pesadilla hecha realidad.

Ahora comprendía por qué razón el seguro le ponía tantas trabas.

Dar vida de nuevo a ese edificio requería una cifra más que considerable.

¿Quién quería hacerle tanto daño?

La pregunta no tuvo respuesta alguna y eso, de alguna manera, la hizo sentir más intranquila.

Con cuidado de no tropezar, comenzó a subir las escaleras hacia la primera planta. La barandilla no era segura, estaba suelta, y corría el peligro de caerse y lastimarse.

Llenó los pulmones con el aire viciado que el fuego había dejado tras de sí y lo expulsó lentamente por la boca.

—¿Qué buscabas aquí, Portia? —murmuró mientras alcanzaba la primera planta, que había sufrido la misma suerte que el resto del edificio.

Solo el sonido de sus propios pasos interrumpía el silencio sepulcral. Observó los cristales rotos por la explosión, esparcidos por el suelo en fragmentos de diversos tamaños. Agradeció el llevar botas de goma para evitar cortes y posibles lesiones.

De repente, una idea cruzó su mente, impulsándola a acelerar el paso.

—Sí, claro. Eso es —se dijo a sí misma, mientras alargaba la zancada.

El corazón comenzó a bombearle más deprisa cuando creyó encontrar sentido a todo aquel desastre. El ruido de sus pisadas la impidió escuchar cómo se abría la puerta en la planta inferior.

Un peligro inminente la acechaba.

CAPÍTULO 19

Con el ceño fruncido, Hunter escuchó de nuevo la misma respuesta por parte de Jason Rinaldi. No había cambiado ni un ápice de su discurso y, eso le dio que pensar.

—Necesito respuestas, Jason —insistió Hunter, con tono firme.

—Ya se las he dado, inspector —dijo el hombre, serio—. Me gusta jugar con fuego. Usted y yo lo sabemos, pero no soy un asesino.

Por alguna razón, Hunter decidió creerle. Sabía que Rinaldi era un delincuente habitual, con un historial demasiado extenso en prisión, pero la idea de que fuera un asesino parecía improbable.

—Si tú no mataste a Portia Feeney, ¿quién lo hizo? —preguntó, manteniendo la mirada fija en él.

—No sé de qué me habla. En mi vida he oído ese nombre —respondió Rinaldi, mostrando desconcierto.

Cuando Rinaldi intentó abrir la puerta del Chevrolet, Hunter lo detuvo.

—De acuerdo, no la mataste. Dime, entonces, ¿quién te pagó para provocar el incendio?

—¿Por qué cree que he sido yo? —respondió Rinaldi, con un deje de desafío en su tono.

Hunter sonrió ante la respuesta.

—Te encanta dejar tu firma. Tú lo sabes y yo también.

—Me gusta llevar alguna lata de gasolina en el maletero de mi coche, eso no es ningún delito.

—No, no lo es —admitió Hunter—. Pero sí iniciar un fuego en una propiedad privada o entrar en un ático que no es el tuyo.

El destello que vio en los ojos de Jason Rinaldi dio a entender a Hunter que estaba acercándose a la verdad.

—No lo puede demostrar —respondió, desafiante.

—Dame tiempo, Jason. Lo haré. Demostraré que tú provocaste los incendios y, de nuevo, tus huesos irán a parar a la cárcel.

—Me gustan los áticos lujosos —comentó Rinaldi de repente, intentando desviar la conversación.

Hunter mantuvo su expresión imperturbable.

—¿Quién te contrató, Jason? —insistió.

—No soy tan estúpido como cree, inspector. No volveré a la cárcel. Pierde el tiempo conmigo. —Hunter acortó la distancia y a Jason no le quedó otra opción que retroceder hasta quedar apoyado en el Chevrolet rojo—. No puede hacerme daño, hay demasiados testigos que le dirán al juez que usted me atacó primero.

Aunque sabía que Rinaldi tenía razón en cuanto a los testigos, Hunter no retrocedió.

—¿Tu jefe sabe a qué te dedicas en tu tiempo libre?

Jason Rinaldi bajó la mirada, mostrando su incomodidad.

—Soy un hombre reformado.

Hunter rio de buena gana.

—Déjame que lo dude. —Lo intimidó, acercándose más. Rinaldi, sintiéndose intimidado por la proximidad de Hunter cerró los ojos, resignado a enfrentarse a la situación. —. Iré a donde tu jefe y le diré todo lo que sé. En menos de cinco minutos te habrá despedido y pediré al juez

que revise de nuevo tus casos. Por supuesto, añadiré nuevas pruebas. ¿Sigo hablando o prefieres interrumpirme?

Rinaldi abrió los ojos y soltó un gemido de frustración.

—Te tengo cogido de los huevos, Jason. Habla de una puta vez, porque mi paciencia se está agotando —continuó Hunter, notando la inquietud en la mirada de Rinaldi.

—Alguien me llamó por teléfono, pero no reconocí su voz —confesó.

—¿Hombre o mujer?

—No lo sé, era una voz distorsionada.

El corazón de Hunter iba a mil por hora, estuvo a punto de dar un paso atrás, pero se lo pensó mejor y le acechó de nuevo.

—¿Cuánto te pagó? —preguntó con dureza.

—Me ofreció cinco mil —respondió Rinaldi, claramente nervioso.

—¿Cómo lo hizo?

Rinaldi tragó saliva y luego señaló hacia el exterior.

—Lo dejó en un banco del parque a una hora señalada —explicó, recordando la llamada.

—¿Había instrucciones en ese sobre?

—Sí, pero las quemé.

—¡Cómo no! —exclamó Hunter, conteniendo su frustración.

—Me gusta el fuego, ya se lo he dicho —respondió Jason, tratando de justificar sus acciones.

Hunter reprimió el impulso de golpearlo, pero en el último momento mantuvo la compostura.

—¿Qué más?

—No seguiré hablando, no puede demostrar nada. Es su palabra contra la mía —respondió Rinaldi—. En ningún momento he dicho que hiciese el trabajo. Solo escuché una voz robotizada que me ofrecía un sobre de dinero.

—¿Crees que un juez te creerá? —inquirió Hunter, con suspicacia.

—Yo no he dicho que me quedara con los cinco mil dólares, solo que los encontré y quemé el sobre.

—Y fuiste tan estúpido de dejar el dinero de nuevo ahí —añadió Hunter, apretando los puños—. ¿Piensas que soy tan idiota como para creerme esa patraña?

—Eso lo ha dicho usted, no yo.

La rabia invadió a Hunter de tal forma que estuvo a punto de borrarle aquella estúpida sonrisa de los labios a golpes.

—Eres un cabrón con suerte. Sin embargo, esto no va a quedar así. Me voy a convertir en tu sombra y en el instante en que enciendas un mechero o una cerilla, ahí estaré —advirtió Hunter, con determinación—. Tan cerca que sentirás mi aliento en tu nuca y te juro que pasarás otra buena temporada en la cárcel. Así que piénsalo muy bien antes de provocar otro incendio, Jason.

Hunter llegó a la conclusión de que Rinaldi no le daría más datos relevantes. Se apartó y observó cómo tomaba una respiración profunda, parecía aliviado por su marcha.

—Esto no ha acabado —le advirtió—. Una cosa más, no te acerques a Selma Harding.

—No soy tan imbécil —respondió Rinaldi.

—Permíteme que lo dude —replicó Hunter con escepticismo antes de marcharse.

En medio del desolado almacén, entre escombros humeantes y el persistente olor a quemado, un recuerdo invadió la mente de Selma, una conversación que mantuvo con su hermano antes del fatídico accidente. Un encuentro enterrado ahora bajo capas de dolor, un instante de intimidad fraternal que resurgía de repente.

Adam, con su usual ingenio y sentido práctico, había decidido instalar una caja de seguridad en el almacén. A ella la idea le pareció irrisoria en su momento, había cuestionado su decisión, preguntándole que por qué no la instalaba en su despacho, donde estaría más accesible.

La respuesta de Adam resonó en su mente como un eco del pasado:

—Solo confío en ti. Además, ¿quién se molestaría en buscar en un almacén?

La respuesta, aunque breve, había sido suficiente para disipar las dudas de Selma en aquel entonces. Se resignó a aceptar lo evidente. Por más que insistiera, su hermano no cambiaría de idea.

—¿Qué es eso tan importante que escondes, Adam?

—Nada que deba inquietarte —le había respondido Adam con su genuina sonrisa, dejando a Selma con más preguntas que respuestas.

En ese instante, en medio del caos del almacén, Selma se sentía más inquieta que de costumbre. Se preguntaba si Adam había guardado algo verdaderamente significativo en la caja de seguridad. Con paso precavido, sorteó algunos escombros y hierros antes de continuar al lugar que su hermano le había señalado.

El teléfono de Hunter irrumpió con una vibración insistente en uno de los bolsillos de su pantalón. Con gesto rápido, descolgó y llevó el dispositivo al oído.

—Hunter, soy Ginny. ¿Sabes algo de Selma?

La voz de Ginny, cargada de preocupación, resonó al otro lado de la línea.

—No, ¿qué ocurre? —preguntó con recelo.

La inquietud de Ginny se transmitió a través de la línea y Hunter maldijo en silencio.

—Estoy preocupada por ella.

—¿Podrías ser más explícita? —instó Hunter, luchando por mantener la calma ante la incertidumbre.

Tras un breve silencio, Ginny continuó con voz temblorosa.

—No estoy segura, pero se llevó mi coche. No sé en qué estaba pensando cuando le di las llaves.

Hunter respiró hondo y se obligó a no dejarse llevar por el pánico, mientras asimilaba la gravedad de la situación.

—No responde a mis llamadas —añadió Ginny, nerviosa.

Una sensación de angustia se apoderó de él.

—¿A dónde ha ido? —inquirió preocupado.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, segundos que parecieron eternos para Hunter.

—Según me comentó, iba al almacén —respondió Ginny, finalmente.

Una oleada de frustración e impotencia invadió a Hunter. Sin perder un segundo, lanzó el teléfono al asiento del copiloto y arrancó el motor, mientras soltaba un impropio tras otro en voz alta, mezclándose con el bullicio del tráfico.

Le costó encontrarla. La pared tiznada por el humo había borrado cualquier pista de que allí había una caja de seguridad, pero un par ladrillos que sobresalían del resto la hicieron sospechar. Con la yema de los dedos, tiró con fuerza, sintiendo el pulso acelerado. Solo consiguió mover los ladrillos unos centímetros. Se limpió la mano pasándola por el pantalón y volvió a intentarlo.

Los ladrillos se movieron un poco más, lo suficiente para no darse por vencida. Tiró hasta que las articulaciones de los dedos protestaron, ignoró el dolor y lo intentó de nuevo. Con un último esfuerzo, lo consiguió.

El resto de los ladrillos cedieron solos bajo sus manos temblorosas. Ante sus ojos apareció una caja de metal del tamaño de un libro, que brillaba débilmente en la penumbra. No era una caja de seguridad al uso y eso le extrañó. Introdujo la mano dentro del ínfimo espacio y con la punta de los dedos fue extrayéndola hacia así.

La caja cedió y cuando la tuvo ante sus ojos, le resultó curioso que no tuviese clave de apertura ni llave. Solo parecía una insignificante caja de latón.

—¿Qué significa esto, Adam? —murmuró mientras su corazón seguía latiendo con fuerza—. No es lo que esperaba.

La abrió despacio, sin tener muy claro lo que iba a hallar en su interior.

Se sorprendió al encontrar un fajo de billetes: habría unos diez mil dólares allí.

Apartó el dinero y descubrió algunas fotografías, un sobre y un *pendrive*. Las fotos llamaron su atención. Se trataba del congresista Hamilton en una actitud poco decorosa con otro hombre. Ahogó una exclamación y después escuchó su propia respiración agitada.

¿Por qué guardaba su hermano esas fotos?

Dio un respingo cuando escuchó pasos. Levantó la cabeza como un resorte y abrió mucho los ojos. Se sorprendió al descubrir quién estaba frente a ella.

—Ya está bien de jugar al ratón y al gato. Dame esa caja, Selma.

CAPÍTULO 20

Hunter apretó los dientes con rabia mientras pisaba el acelerador.

¿Qué demonios estaba pensando Selma al entrar en ese almacén en ruinas? Los cimientos podían desmoronarse en cualquier momento, y ella podría quedar atrapada bajo toneladas de escombros. La sola idea hizo que su corazón latiera con fuerza, bombeando pura adrenalina por sus venas.

Farfulló un juramento tras otro, y con un golpe furioso, estampó el puño contra el volante. Si le sucediera algo, no podría perdonárselo nunca.

Con una determinación implacable, adelantó a los coches que obstaculizaban su camino. El pulso le martilleaba en las sienes mientras hundía el pie en el acelerador, con un único pensamiento obsesivo en su mente: llegar antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Por favor, no permitas que le ocurra nada malo!

—¡No te lo voy a repetir, Selma! Dame esa caja o te vuelo la cabeza— gritó Gerard, apretando el gatillo.

Selma sintió el frío metal del cañón en su sien. La caja que tenía entre sus manos era lo único que la separaba de la muerte; así que en vez de soltarla, la apretó más contra su pecho. Tenía la boca tan seca que ni siquiera podía tragar. Su corazón palpitaba con furia, como si quisiera escapar de su pecho. Cada latido resonaba en sus oídos, acelerando su pulso y agitando su respiración, que se tornaba rápida y entrecortada. El miedo la envolvía, mareándola, confundiéndola. Si albergaba alguna esperanza de sobrevivir, sabía que convencer a Gerard de la locura de sus acciones era su única oportunidad.

—Gerard, por favor, nada de esto tiene sentido. Podemos hablarlo. Podemos buscar una solución —rogó ella, con lágrimas en los ojos.

—No hay nada que hablar, Selma. Tú has elegido tu destino. Me has traicionado, me has mentado, me has usado. Y ahora vas a pagar por ello —escupió, con un odio que a ella le heló la sangre.

—Por favor, Gerard —rogó con desesperación.

—Nada de gimoteos, me he cansado de ti, de tus estúpidas negativas y de tu maldito orgullo. —Él sonrió con desprecio. —¿Sabes por qué lo hago?

Ella negó con la cabeza. El pulso le latía con tanta fuerza que apenas podía escucharle.

—Lo hago por dinero. ¿Te parece una respuesta suficientemente válida?

Selma cerró los ojos unos segundos. Cuando los abrió, observó su alrededor. Estaba muy lejos de la salida. Además, Gerard era alto y fornido; así que un plan de escape no daría resultado.

—¿Esta caja vale más que nuestra amistad?

En esta ocasión, él sonrió con malicia. A ella le llegó su aliento ahogado en whisky.

—¿Amistad? ¿Qué amistad? Fuimos amantes, Selma. Después de eso, me has rechazado tantas veces, que he perdido la cuenta. Ahora solo eres un peón en mi juego. Un juego que estoy a punto de ganar. —Bajó la pistola y apuntó al centro de su pecho—. Dentro de esa caja hay algo que vale millones. Algo que me hará rico y poderoso.

Selma observó el arma, levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de él.

Entonces, comprendió que Gerard estaba dispuesto a matar.

«Muy bien, inspira hondo», se dijo.

—¿Qué relación tienes con el congresista Hamilton?

—No es de tu incumbencia —respondió él con ira.

La airada respuesta de Gerard, no la pilló por sorpresa. Entonces supo que antes de morir necesitaba saber la verdad.

—Antes de que dispare, quiero saber si tuviste algo que ver con la muerte de Adam.

—Tu hermano metió las narices donde no debía, eso es todo —replicó con frialdad.

La respuesta hizo que a Selma se le congelara la sangre de las venas.

—¿De qué estás hablando? —inquirió ella con incredulidad.

—Yo solo quería más participación en la empresa, tomar decisiones importantes, pero el muy estúpido se negó. Ese puñetero orgullo Harding deja mucho que desear —explicó Gerard, mientras apretaba con más fuerza el cañón contra el pecho de Selma, complacido al verla en esa situación. Sus ojos estaban muy abiertos y vidriosos, sus labios y manos temblaban, aferrando con firmeza la caja.

—¿Saboteaste su avión, Gerard? —inquirió ella, con voz temblorosa.

Él la observó durante un momento antes de responder.

—No, que yo sepa fue un maldito accidente.

A Selma le costaba respirar, aferrándose con más fuerza a la caja metálica como si fuera su única tabla de salvación.

—¿Un accidente? —preguntó, aún incrédula—. ¿Estás seguro de eso?

—Nadie está seguro de nada, pero te prometo que yo no tuve nada que ver con la muerte de Adam —aseguró Gerard.

Ella respiró hondo.

—No te creo.

La duda se reflejó en los ojos de Selma, lo cual irritó a Gerard, quien estaba perdiendo la paciencia.

—Tu vida, tu familia me importa una mierda, Selma. Dame esa caja, no te lo volveré a repetir. ¡Ahora! —exigió con brusquedad.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el congresista Hamilton y con Portia Feeney? —preguntó, luchando por contener las lágrimas.

Gerard cerró los ojos un instante.

—Selma, me estoy cansando.

—Voy a morir, ¿verdad? —preguntó, resignada.

—Eso dependerá de ti.

—Vamos, Gerard. Vas a llevarte la caja y ¿me vas a dejar con vida para que te delate?

—Eres una mujer inteligente. Eso es algo que siempre me ha gustado de ti. Está bien, ¿quieres respuestas? —preguntó con sarcasmo. —Pues las obtendrás.

—Portia era la hija ilegítima del congresista.

Selma no podía creer lo que estaba escuchando.

—Era amiga de mi hermano —afirmó—. He visto fotos que lo demuestran.

—¿De verdad creías eso? —Gerard esbozó una sonrisa sarcástica—. Portia era solo otra puta que descubrió la verdad y quería chantajear a su padre.

—Explícate —le suplicó.

—No estás en posición para darme órdenes, Selma.

Ella notó el frío acero del arma y no pudo evitar que su voz temblase.

—Me lo debes, Gerard —insistió.

Él pareció dudar unos segundos, pero al final accedió.

—Tu hermano intentaba que Portia no chantajeara al congresista —explicó—. Ya conocías al bueno de Adam, siempre del lado del honor.

Las lágrimas volvieron a agolparse en los ojos de Selma y esta vez no pudo hacer nada para contenerlas.

—¿Por qué guardaba Adam esas fotos?

—Porque era un hombre inteligente y sabía, como buen jugador que era, que guardar unas en la manga siempre resulta ser un acierto.

—¿Y tú qué sacas de todo esto, Gerard?

—Lo mismo que intentó Portia: chantajear a Hamilton y, a su debido tiempo, un sillón en el Congreso.

Selma negó con la cabeza.

—¡No me lo puedo creer!

—La empresa se hunde, Selma. Tú y yo lo sabemos.

—¡Se hunde porque alguien prendió fuego a este almacén! —exclamó fuera de sí.

—No, Selma. Se hunde porque tu hermano te engañó y me obligó a mí a maquillar los números.

—¿Qué?! —exclamó, aturdida. —Eso no puede ser, estás mintiendo.

—No miento. Las deudas de juego de Adam eran astronómicas.

—Eso no es verdad. Además, mírate. Esto es una locura —susurró Selma, incrédula, ante lo que estaba escuchando.

—¿Por qué crees que el seguro no se quiere hacer cargo? —Gerard sonrió de forma sardónica al verla intentar procesar la información—. Tu hermano no era un santo.

—¿Mi padre sabe todo esto? —preguntó Selma, con un nudo en la garganta.

—Sí.

De repente, Selma se sintió como una intrusa en su propia empresa.

—No puede ser verdad —murmuró, mientras todas las piezas empezaban a encajar. Esa era la razón por la que su padre la había puesto al frente de la empresa, para rescatarla de la quiebra. Pero nadie había previsto el incendio. Nadie, *excepto* Gerard—. Tú estás detrás de todo esto, del fuego, de toda esta destrucción.

—Lo que creas o no es lo de menos. Solo quiero esa caja para empezar una nueva vida.

Ella apretó aún más los dedos alrededor del pequeño cofre de metal.

—Adam intentó convencer a Portia de que no chantajeara a su padre, ¿no es cierto?

—Tu hermano no era más que otro peón de Hamilton. Él pagaba sus deudas de juego —respondió Gerard, despectivo.

De repente Selma sintió náuseas. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó enseguida y respiró profundamente para evitar que salieran a la luz.

—Bienvenida al mundo real, Selma. La relación entre tu padre y tu hermano iba de mal en peor y Adam cayó en las peores manos.

—No, no te creo.

—Hay quien cree que la vida tiene un precio. Y por raro que parezca, en más de una ocasión es cierto.

Selma negó con la cabeza.

—No puedes demostrar lo que dices de mi hermano, nadie te creerá.

—¿Estás segura? —inquirió Gerard con los ojos muy abiertos—. La prensa siempre está

dispuesta a escuchar una buena historia. Si no me crees, pregunta a Ginny.

—¿Quién mató a Portia? —preguntó Selma—. ¿Fuiste tú?

—Es el precio del sillón. Digamos que hice lo que Adam no se atrevió a hacer. Y ahora adiós, Selma. Ha sido un placer compartir esta vida contigo.

Ella cerró los ojos y esperó el disparo.

Pero el disparo nunca llegó. La voz de Hunter irrumpió en el ruinoso edificio.

—¡Selma!

—¡Aquí, Hunter! —gritó ella con todas sus fuerzas.

—No seas ingenua, Selma. Lo mataré, te juro que lo haré, si no me das esa caja.

Selma apretó los labios, indecisa. Las botas de Hunter resonaban en el pasillo y temió por él.

—De acuerdo. —Tragó saliva con dificultad y cerró los ojos una fracción de segundo.

Gerard hizo un gesto brusco con la cabeza y se dirigió presuroso hacia Selma.

Ella sintió que le temblaban las piernas. Los pasos de Hunter se escuchaban cada vez más cerca.

—¡Selma! ¿Dónde estás? —vociferó Hunter, intranquilo, a punto de perder los nervios.

Si le sucediese algo no se lo perdonaría nunca. Corrió entre los restos del incendio como si le fuera la vida en ello.

—¡Selma! —gritó con rabia contenida.

Ella escuchó a Hunter, pero no respondió. Se limitó a levantar la mirada en busca de la de Gerard.

—Tú ganas. —Lanzó la caja al aire.

Gerard, en un intento desesperado por coger al vuelo la caja, dejó caer el arma al suelo, momento que eligió Selma para correr hacia la puerta y ponerse a salvo. Si había alguna posibilidad de salir ilesa, era ahora o nunca. Corrió tan deprisa que sus gemelos se resintieron. A los pocos pasos, tropezó y cayó de lleno en los brazos de Hunter, que la sostuvo, impidiendo que llegara al suelo.

—Gerard está ahí y está armado. —Se dio la vuelta y fue entonces cuando lo vio. El brillo del arma hizo que ahogara una exclamación.

—Ponte detrás de mí —ordenó Hunter.

Como ella no se movía, fue Hunter quien la colocó a su espalda.

—Hay dos formas de hacer esto, Morley —dijo Hunter con cara de pocos amigos.

—Tengo lo que necesito, apartaos y me iré sin más.

—Selma, llama a Donel.

—No seas estúpido, inspector.

Hunter echó el brazo hacia atrás, como si quisiera asegurarse de que Selma estaba ahí, tras él.

—Gerard mató a Portia —dijo Selma mientras sus dedos temblaban sobre la pantalla del teléfono—. Y en la caja hay material de sobra para chantajear al congresista Hamilton.

Los ojos de Hunter se convirtieron en meras ranuras.

—Estás en el bando equivocado, Morley —murmuró y se acercó con cautela a él—. ¡Selma, corre!

—No iré a ninguna parte sin ti.

—Necesito que te alejes, que te pongas a salvo y localices a Donel. ¡Maldita sea! Por una

vez en tu vida, haz lo que te pido sin cuestionarme.

—¡Hunter, por favor! —exclamó ella, desesperada.

—¡Ahora, Selma! —ordenó él con la mirada puesta en Morley.

A regañadientes, Selma hizo lo que Hunter le ordenaba.

Cuando comprobó que Selma ya no estaba en su campo de visión, Hunter se obligó a moverse con rapidez. Se agachó, apretó la mandíbula con fuerza y se preparó para correr y realizar un placaje.

Morley le apuntó con el arma, pero Hunter mantuvo la calma.

—Espero que tengas buena puntería porque de no ser así te las haré pagar, cabrón de mierda —le desafió, mirándole a los ojos.

Morley apretó el gatillo, pero el arma se encasquilló. Hunter aprovechó el momento de confusión y le empujó con una fuerza brutal contra la pared. Un placaje brutal que hizo que las costillas de Gerard Morley se resintieran. El arma y la caja salieron volando y cayeron al suelo. Hunter apartó el arma de un puntapié y se abalanzó sobre Morley. Ambos hombres perdieron el equilibrio y rodaron sobre las baldosas tiznadas por el hollín, mientras los puñetazos volaban. Un violento embrollo de piernas y brazos hicieron que la lucha fuese aún más encarnizada. Forcejeó con Morley hasta que lo atrapó por el cuello y apretó con firmeza. El rostro de Morley se volvió violáceo, los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Eres un hijo de puta, Morley. Nunca me caíste bien. — Echó el brazo hacia atrás, cogió impulso y le empotró el puño en la cara.

El cráneo de Morley se estrelló contra el suelo y se quedó inmóvil durante unos segundos. Su respiración era un agitado siseo, razón por la cual Hunter aflojó la tensión de los dedos en su garganta.

—No vas a morir aquí, lo harás en la cárcel. Pagarás por la muerte de Portia y por todos los cargos que te imputen. —Hunter se pasó el dorso de la mano por la boca, de sus labios resecos salía un hilillo de sangre. Maldijo en voz baja.

A lo lejos escuchó las sirenas de la policía. Fue en ese instante cuando Hunter dejó caer la cabeza e inhaló aire un par de veces.

Había estado muy cerca de perder la vida. La nítida imagen de Mark se hizo muy presente en su mente y se sintió derrotado.

Había hecho una promesa y la había incumplido.

CAPÍTULO 21

Habían sido unas Navidades extrañas. En familia, sí, pero sin Selma. Hunter se sentó en una de las sillas del despacho de Donel y esperó pacientemente a su hermano. Últimamente el tiempo parecía pasar despacio para él y los recuerdos se enredaban en esa línea temporal en la que no dejaba de pensar.

Pensaba continuamente en ella, en qué estaría haciendo y con quién. Pero en cuanto ese pensamiento tomaba forma en su mente, lo desterraba. Selma era libre, libre de estar con quien quisiera. Él la había echado de su vida porque tenía miedo. Era irónico porque, aún sin ella, el miedo persistía.

—Bueno, ya está —anunció Donel, entrando a su despacho.

Hunter se giró y observó a su hermano.

—¿Qué es lo que ya está? —quiso saber.

—El informe.

—¿Para eso me has hecho llamar? —inquirió Hunter.

Donel se sentó frente a él, tras su mesa de trabajo, y dejó caer un dossier de tamaño más que considerable sobre ella.

—Sí y, para verte. Desde el día de Navidad no he vuelto a saber de ti y ya ha pasado casi un mes. Tres semanas para ser exactos.

—He estado ocupado. —respondió Hunter, cruzando las piernas a la altura de los tobillos, deseando que su hermano dejase la conversación ahí y no fuera más allá.

Donel no quiso entrar en detalles. Por su trabajo, sabía cuándo alguien mentía, y su hermano lo hacía como un bellaco.

—El congresista Hamilton ha dimitido de su cargo y Gerard Morley sigue en la cárcel, sin fianza. Me da la impresión de que pasará mucho tiempo ahí —informó Donel.

Hunter recogió el informe y pasó algunas páginas. Leyó ciertos párrafos y luego asintió conforme.

—De acuerdo.

—¿En serio? —preguntó su hermano—. ¿Pillamos al malo, lo metemos en la cárcel y tú solo sabes decir «de acuerdo»?

—Se ha hecho justicia, ¿no? —respondió Hunter.

—Así es —confirmó Donel, recostándose en su silla sin quitarle el ojo de encima a Hunter—. ¿Todavía no has hablado con ella?

—¿Te refieres a Selma?

—¿A quién si no? —Donel apoyó los codos en los reposabrazos de su silla y, a continuación, unió las yemas de los dedos formando con las manos un puente.

—Entre Selma y yo no hay nada, Donel. A estas alturas de la historia ya deberías saberlo.

—No quisiste invitarla en Navidad.

—No estaba aquí. Fue a ver a sus padres.

—¿Y no ha regresado?

—No lo sé.

—Porque no la has llamado.

No era una pregunta, más bien una acusación.

—Oye, Donel, yo no me meto en tus asuntos, así que déjame en paz. Ya no tengo doce años. El niño al que dabas collejas ya no existe —respondió Hunter, con un deje de molestia.

Donel guardó un prudente silencio y comenzó a jugar con un bolígrafo sobre la mesa. Conocía lo suficiente a Hunter como para comprender que era el hombre más infeliz de la faz de la tierra.

—Soy tu hermano y me preocupo por ti.

—Pues deja de hacerlo, ¿de acuerdo? Estoy bien —replicó Hunter con brusquedad.

El bolígrafo escapó de la mano de Donel, produciendo un ruido sordo al chocar contra la mesa.

Hunter se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas y dejando caer la cabeza entre las manos.

—No la he llamado porque necesito centrarme en Mark.

Donel se acercó a la mesa y apoyó los antebrazos en ella.

—Mark es un chico inteligente, sano y feliz. Deja de ponerlo como excusa.

Hunter levantó la cabeza de golpe a la vez que ahogaba un juramento.

—¡No lo comprendes! —exclamó fuera de sí.

—Tengo dos hijos, Hunter, y me juego la vida todos los días. ¿Crees que no te comprendo? —replicó Donel.

Hunter se levantó bruscamente de la silla.

—Tienes que buscar tu propia felicidad —le aconsejó su hermano—. Ya está bien de huir.

—No lo entiendes. Tus hijos tienen a su madre —dijo a la vez que expulsaba el aire que había estado reteniendo en los pulmones—. Si a mí me pasara algo, Mark se quedaría solo.

—Voy a hacer como que no he oído eso último.

Hunter se arrepintió al instante de sus palabras.

—Oye, Donel...

—A ver si lo entiendo: según tú vas a ser infeliz el resto de tu vida porque necesitas cuidar de Mark.

—No soy infeliz —dijo Hunter, colocando los brazos en jarras.

—Bien, ahora repítelo, pero convencido.

Hunter dejó caer las manos y se pasó las manos por la cara.

Donel se apiadó de él.

—Hunter, ¿la quieres?

¿Que si la quería? Pensaba en ella cada minuto del día. Echaba de menos su sonrisa, sus ojos, su voz, sus caricias y sus ojos claros. Era como vivir una tortura interminable.

—¿La quieres? —insistió Donel.

—¡Si, maldita sea, la quiero!

—¿Y qué haces aquí, entonces?

—No lo sé. —Hunter se pasó la mano por el pelo, incómodo—. Las oficinas están cerradas.

—Porque su padre finiquitó la empresa.

Hunter, sorprendido por la noticia, frunció el ceño.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque, al contrario que tú, yo indago.

Hunter metió las manos en los bolsillos, mientras sopesaba la información.

—¿Está aquí, en Chicago?

—Sí, hace un par de semanas. Y por lo que sé no ha venido sola.

La información provocó un vuelco en el corazón de Hunter.

—¿Has hablado con ella?

—No, ha sido Anna.

Hunter lo miró como si fuera a añadir algo más, pero Donel no lo hizo. Así que optó por preguntar:

—¿Selma ha llamado a Anna?

—No, ha sido al revés. —La evidente sorpresa en la voz de Hunter hizo sonreír a su hermano—. Tengo una mujer muy testaruda que sabe reconocer sus errores.

—Joder —exclamó Hunter, sacando las manos de los bolsillos y pasándose una por la frente. El hecho de que Selma estuviera en la ciudad era ya todo un acontecimiento.

—¿Y puedo saber con quién ha venido?

—Según Anna, la acompaña un abogado.

—¿Ryan Tremblay? —inquirió Hunter, sin salir de su asombro.

—Sí, ahora que lo mencionas, ese es su nombre. ¿Le conoces? —preguntó Donel, intrigado por la reacción de su hermano.

Hunter arqueó las cejas, mirando a Donel con cierta reserva.

—Sí. Trabaja para su padre —replicó, con una pizca de desagrado en la voz.

—Bueno, sin duda será un buen partido.

Hunter, taciturno, se acercó a la ventana y observó la ciudad. Selma estaba allí, pero con otro hombre. Aunque en el fondo se alegraba por ella, debía admitir que odiaba con todo su ser a Ryan Tremblay.

—¿Sabes de qué hablaron Anna y Selma?

Donel resopló con fuerza, exasperado.

—Hermano, espabila.

Alice Crane sabía que Selma sufría, aunque en ese momento no lo pareciese.

Mark y Selma reían mientras batían los huevos y el azúcar con ayuda de una batidora.

—¿Estás segura de esto? Hunter se enfadará —advirtió Tom, el esposo de Alice, que estaba junto a ella.

—Lo más probable es que así sea, pero no he podido negarme cuando Selma me llamó. Quería ver a Mark —respondió Alice, encogiéndose de hombros—. ¿Quién soy yo para impedirlo?

Tom gruñó como respuesta.

—Mira a Mark, es feliz —insistió Alice—. ¿No es eso lo que realmente importa?

—Por el amor de Dios, Alice. Es un niño, y su padre un hombre adulto que nos ha dejado a cargo de su hijo —replicó su marido con preocupación.

—Hunter no ha comentado nada acerca de las visitas.

Tom cerró los ojos y aspiró con fuerza una buena bocanada de aire.

—Hacer de celestina no es lo tuyo, querida —comentó con desaprobación.

—¿Quién ha hablado de celestina? —protestó la mujer, irritada—. Solo quiero lo mejor para Mark.

Tom chasqueó la lengua, mostrando así su desaprobación.

—Mark ya perdió a una madre y lo mejor sería que no perdiese a nadie más —protestó su marido—. Disculpa mi intromisión, Alice, pero en este punto estoy totalmente de acuerdo con

Hunter.

—Ambos estáis equivocados.

—¿Equivocados, dices? —preguntó Tom frunciendo el ceño—. Esto no es una de tus novelas baratas de amor, querida. Es la vida real, por todos los santos.

Después de cuarenta años de matrimonio, Alice aún no entendía la mentalidad masculina. Suspiró, tratando de mantener su compostura.

—Sabes perfectamente que nunca me equivoco, Tom.

—¡Mujeres! —exclamó su marido en voz baja, dándole la espalda.

—Tom —lo llamó Alice, esperando que volviera—. Que sea la última vez que criticas las novelas que leo. De hacerlo, no volveré a lavar tus calzoncillos.

Tom Crane jamás tomaba una amenaza de su esposa en vano. Por esa razón, infló las mejillas y soltó después el aire de golpe mientras sus pesados pasos le llevaban de vuelta al salón.

—Está bien, me disculpo —dijo, cuando estaba a punto de sentarse en su sillón. Después de todo, sus calzoncillos eran importantes para él.

Alice asintió, convencida. Luego sonrió ante la escena. Mark reía por la mancha de harina que Selma tenía en la frente y ella, en un intento desesperado por quitársela, se frotó con el dorso de la mano. El resultado fue aún peor y la risa de Mark fue contagiosa para todos los presentes.

Se les veía tan bien juntos... pero Hunter había sido muy claro al respecto. Entre él y Selma no había nada. Eran dos polos opuestos. Sin embargo, Alice no lo creía. Conocer a Selma Harding había sido todo un acontecimiento, y que la llamase por teléfono, toda una sorpresa. Aún no se podía creer que la mujer que había creado *Moon Drews* estuviese en su cocina.

Alice suspiró de nuevo, feliz, incapaz de apartar los ojos de aquella mujer que se veía a leguas cuánto disfrutaba con Mark. Se acercó a ellos y dio un beso al niño cuando llegó a su altura.

—No quiero ser demasiado quisquillosa, pero esta masa no tiene buena pinta.

Tanto Mark como Selma se echaron a reír.

—Anda, lávate las manos y ve al salón a acompañar a Tom, parece que está de mal humor —le propuso al niño.

Mark, obediente, saltó de la silla de la cocina y fue directo al fregadero. En el instante en que el chorro de agua fría caía sobre sus manos, giró la cabeza y se dirigió a Selma.

—No te irás, ¿verdad?

Ella le sonrió de una manera que a Alice le rompió el corazón.

—No, no me iré. Terminaré de hornear las galletas con Alice, ¿te parece?

—Me parece genial.

—Es un niño estupendo —dijo Selma sin apartar la mirada de Mark.

—Es igual que su padre. —Alice se sentó en la silla junto a la de Selma. La observó y decidió que le gustaba esa mujer.

—Sí, supongo que sí.

—¿Va a quedarse en Chicago?

Selma se asió las manos, visiblemente incómoda.

—Sí, eso es lo que más deseo del mundo.

—¿En serio?

Selma sonrió tristemente.

—Sé que Hunter fue muy claro al respecto. Cree que vivo en un mundo paralelo de lujo

y confort. Que soy una mujer sin principios y egoísta.

—Conozco a Hunter hace muchos años y no creo que piense eso de usted. Solo tiene miedo de amar. ¿Le habló en alguna ocasión de la madre de Mark?

—Sí, lo hizo.

Alice dejó caer las manos en el regazo.

—Tom y yo lo vivimos y fue muy duro para Hunter. Larissa se marchó de la noche a la mañana, sin mirar atrás. No la juzgo, ¿sabe? Es más, le estoy inmensamente agradecida de que se fuera. Sé que suena egoísta —Alice guardó un breve y prudente silencio antes de continuar —, pero permitió que nuestra familia aumentase y que Hunter nos diese la oportunidad de pasar más tiempo con Mark.

Selma se sorprendió ante la sinceridad de las palabras de Alice y luego sonrió.

—Pero usted no es como Larissa —terminó Alice.

—¿Cómo puede saber eso? Nos hemos conocido hoy.

—Tom le diría que tengo un sexto sentido para estas cosas. —Alice rio con ganas—. Y seguramente tenga razón. Quiere a Hunter, lo veo en sus ojos. Y adora a Mark. De no ser así, no se habría puesto en contacto conmigo y yo no habría permitido que usted estuviese hoy aquí, en mi cocina.

Selma bajó la mirada.

—Se lo agradezco. Parece sencillo, pero no lo es.

—Tampoco es tan complicado, Selma.

La aludida no comentó nada, no sabía qué decir al respecto. Su vida en ese momento era un auténtico caos. Al instante, Alice se volvió hacia el niño.

—Mark McKay, si no cierras ese grifo ahora mismo tendrás un serio problema conmigo y con los ecologistas.

—Lo siento.

El niño cerró el grifo inmediatamente y acto seguido se secó las manos con un paño. Pasó corriendo por delante de las dos mujeres con una enorme sonrisa en los labios.

—No olvidéis echar pepitas de chocolate a las galletas.

—Mira que eres glotón —dijo Alice, tal como lo haría una abuela orgullosa.

—A mi profesora le encantaron las galletas que hicimos, Selma —dijo Mark contento y con ojos brillantes.

—Me alegro, campeón.

Mark se sonrojó.

—Papá también me llama así.

Selma dejó entrever su admiración y cariño por el niño.

Antes de salir de la cocina, Mark corrió hacia Selma y la abrazó con fuerza por la cintura.

—Te quiero, Selma.

—Yo también a ti, corazón.

Y así fue como los encontró Hunter.

CAPÍTULO 22

Al ver a Hunter, Selma soltó una exclamación. Se estremeció y se enfadó consigo misma por no poder controlar sus sentimientos. Estaba claro que todo aquello era un error.

—Hola, Hunter.

—Selma —saludó el recién llegado. Se apoyó en la jamba, se cruzó de brazos y la miró expectante.

La tensión en la cocina era palpable. Selma se dio cuenta de que Alice carraspeaba nerviosa y se sintió incómoda bajo la mirada intensa de Hunter.

—Hunter, espero que no te moleste que Selma esté aquí.

—Es tu casa, Alice. Puedes invitar a quien quieras —respondió sin apartar la mirada de Selma, su tono seguían siendo frío y distante.

—¡Te lo advertí! —La voz de Tom resonó desde el salón—. ¡Mujer testaruda!

Selma se mordió el labio inferior, sintiéndose incómoda ante la tensión creciente en la cocina. Era evidente que su presencia incomodaba a Hunter.

—Vamos con Tom, Mark —dijo Alice.

—No quiero irme, quiero quedarme con papá y Selma —protestó el niño con gesto compungido.

—Mark, ve con la señora Crane. Nos iremos enseguida —intervino Hunter, su tono era firme pero su mirada se suavizó al dirigirse al niño.

Alice, sin mediar palabra, cogió suavemente al niño de la mano y salió de la cocina, dejando a la pareja sola.

Selma se sintió atrapada bajo la mirada penetrante de Hunter. Su corazón latía con fuerza mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para romper el tenso silencio. Pero no las encontró. Así que tomó la decisión más sencilla.

—Yo tengo que irme —dijo Selma, levantándose de su silla—. Se está haciendo tarde.

—¿Te espera Ryan?

El tono seco y crispado de Hunter no pasó inadvertido para Selma.

—No, he quedado con Ginny —respondió Selma, recogiendo su abrigo y su bolso—. Siento mucho no haberte pedido permiso para ver a Mark. Ha sido un error por mi parte.

Hunter dejó caer la cabeza unos segundos.

—Él pregunta mucho por ti.

Hunter observó que la sonrisa no llegaba a los ojos de Selma.

—Es un niño estupendo. —Suspiró, nerviosa, mientras barría con la mirada la cocina—. Lamento no poder quedarme a recoger, pero se me hace tarde y tengo prisa —mintió—. ¿Podrías disculparme ante la señora Crane, por favor?

—Claro, lo haré.

Selma se dirigió a la puerta dispuesta a marcharse, pero él no se movió ni un solo centímetro del lugar donde se encontraba.

—¿Sales con Ryan Tremblay? —espetó Hunter de repente.

Ella tuvo que levantar la cabeza y se quedó sin aliento en cuanto sus ojos se encontraron con los de él. Apretó los labios para que no se le escapara un sollozo. Le había echado de menos como nunca había echado de menos a nadie. Daba la impresión de que, al igual que ella, no dormía bien. Aunque su atractivo no había disminuido, el cansancio le daba un aire de

vulnerabilidad que le llegó al corazón. Sus miradas se cruzaron más tiempo de lo que cabía esperar y ella, incapaz de apartar la vista, sintió un nudo en el estómago. Se aclaró la garganta antes de responder, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

—No. Ha venido solo a asesorarme.

Hunter arqueó las cejas, claramente extrañado por la noticia.

Selma pensó que, si fuera una mujer inteligente, saldría de esa casa volando y dejaría atrás a aquel hombre que tanto daño le había hecho y le hacía aún. Pero sus pies parecían estar anclados en el suelo de aquella cocina. Decidió que lo mejor era aclarar la situación. Se lamió los labios reseco y se fijó en que Hunter posaba la mirada justo ahí, en su boca.

—Ginny y yo vamos a abrir una tienda de moda. Bueno, al menos lo vamos a intentar —dijo, un tanto nerviosa y demasiado rápido.

Hunter despegó los ojos de los labios de Selma e inclinó la cabeza al escuchar aquello.

—¿En serio?

Selma sacó un dossier de su bolso y se lo mostró a Hunter.

—*Moon Drews*, así se llamará.

—¿Como tu última colección?

—Sí. El ave fénix resurge de sus cenizas. Creo que podría funcionar —añadió, acariciando el dossier con los dedos—. Ginny se ocupará de la publicidad y las redes sociales y yo... bueno, del resto.

—Es un gran proyecto y en verdad hacéis un gran equipo —comentó Hunter, sincero—. Estoy seguro de que será un éxito.

—Empezar desde cero es complicado y costoso, sin embargo, ganas no nos faltan —continuó Selma, guardando el dossier de nuevo en el bolso—. Mi padre fue muy claro al respecto, así que decidió vender la empresa. Es una forma de evitarse problemas. No le culpo por ello.

—Es otra manera de ver las cosas.

La voz de Hunter la afectaba así que adoptó una pose defensiva y dio un paso atrás.

—Supongo que tienes razón.

Hunter notó cómo ella tomaba distancia y apretó la mandíbula hasta que le dolieron los dientes. No la culpaba por ello.

—¿Cómo ha sido verlos de nuevo? —preguntó con la necesidad de robarle al encuentro cinco minutos más.

Ella se movió inquieta e hizo un gesto con la boca que a Hunter le volvió loco.

—Yo diría que complicado. Cuando se ponen todas las cartas sobre la mesa hay alguien que siempre pierde. En este caso fui yo —expresó con pesar.

—Entiendo —respondió él, mirándola con gesto amable—. Adam fue una víctima más de la sociedad, Selma. No lo olvides.

Ella asintió despacio.

—Sí, lo sé. Pero me habría gustado que confiara en mí. Que me dijera lo que estaba ocurriendo. Quizás así le habría podido ayudar.

—Él te quería y, a su modo, confiaba en ti.

—Al parecer no lo suficiente —susurró Selma con amargura.

Él la contempló un instante. ¿A quién quería engañar? Estaba loco por ella. Tenerla tan cerca y no poder tocarla era el peor de los castigos. Decidió dar un giro a la conversación para no dar un paso hacia ella y atraerla hacia sí.

—Vengo de la oficina de Donel. Según me ha comentado, Gerard Morley tardará muchos años en salir de la cárcel.

—No sé si está bien que diga esto, pero me alegro —contestó ella, con un rastro de pesadumbre en su voz.

Aún tenía pesadillas. Cada noche, el terror se apoderaba de ella, arrastrándola de vuelta al oscuro almacén. Se despertaba sobresaltada, sudorosa, con el corazón martilleando contra su pecho, su respiración agitada resonando en la habitación silenciosa. La imagen del arma apuntándole al corazón aún la acechaba entre las sombras.

Hunter notó las ojeras y la palidez en la piel de ella, le dolía verla sufrir. Ella dijo algo a lo que él no prestó atención. Su voz le afectaba de una manera sorprendente. Carraspeó cuando el silencio se hizo otra vez entre ellos.

—Te fuiste —dijo él, descruzando los brazos y embutiendo las manos en los bolsillos.

Ella apartó la mirada, dolida.

—No querías verme. Te llamé un par de veces después de lo ocurrido en el almacén y no respondiste a mis llamadas.

Los labios de Hunter se afinaron en un rictus desagradable.

—Estaba enfadado con el mundo y conmigo mismo. Lo siento.

—Lo comprendo, Hunter. De verdad que sí. —Miró a su alrededor para evitar caer en la tentación de caer rendida a sus brazos—. La idea de venir aquí ha sido algo improvisada, quizás una locura —aclaró—. Alice me comentó que llegarías tarde.

—Habría sido así si mi hermano no me hubiese echado a patadas de su despacho.

Una débil sonrisa curvó los labios de Selma en ese momento.

—Anna me llamó y estuvo encantadora.

—Donel me lo comentó. Después de tantos años, mi cuñada no deja de sorprenderme.

—Eso es bueno, ¿no?

Él sonrió abiertamente.

—He de suponer que sí.

La idea de perderlo para siempre era devastadora, pero necesitaba pasar página, olvidar a Hunter y centrarse en una nueva etapa de su vida si quería sobrevivir.

—Me ha gustado ver a Mark...y a ti.

—Lo mismo digo, Selma.

Su corazón estaba roto y seguiría así mucho tiempo, pero había llegado el momento de retomar las riendas de su vida y centrarse en el presente. Era evidente de que el pasado no tenía nada nuevo que decirle. Era hora de avanzar, de dejar atrás el dolor y encontrar la fuerza necesaria para seguir adelante.

—Ginny me espera. Tengo que irme. —El corazón se le subió a la garganta, pero se dijo a sí misma, que cuanto más tiempo pasara allí, peor sería—. Me alegro de haberte visto, Hunter. Espero que la vida te trate bien.

Hunter se apartó y la dejó pasar.

Los tacones de Selma comenzaron a repiquetear contra el suelo. Hunter observó cómo ella se alejaba y fue entonces cuando se le encogió el estómago. La iba a perder para siempre.

—Selma, un momento, por favor.

Ella, antes de abrir la puerta, se giró despacio.

Hunter observó cómo sus ojos brillaban a causa de las lágrimas. Se odió por ello. Dio un paso hacia ella y fracasó en el intento de expresar lo que sentía.

Selma tensó los dedos sobre el asa de su bolso. Lo miró con fijeza por un largo instante y se percató de cómo sus cejas rectas y oscuras se unían. Hunter McKay estaba pasando un auténtico infierno y ella ya conocía lo que era estar en él.

Hunter estaba decidido a expresar lo que sentía, aunque temía que fuera demasiado tarde.

—Si te dejo ir, seré el hombre más idiota del mundo, pero no sé si quieres darme una segunda oportunidad —dijo, esbozando una pequeña sonrisa de disculpa—. Entiendo que intento controlar algo incontrolable, pero en esta vida hay más preguntas que respuestas. —Al ver que ella no decía nada, tragó saliva con dificultad. Se acercó más a ella y le tomó la mano. La sintió fría y temblorosa—. Vas a dejar que siga, ¿verdad?

Una bonita sonrisa cruzó los labios de Selma. Sintió el calor de su mano y el latido de su corazón. Recordó todos los momentos que habían compartido, todos los sueños que habían tenido, todas las promesas que habían roto.

—Me gustaría oír lo que tienes que decirme.

Hunter asintió, consciente de que esta era su oportunidad para recuperarla. Y no iba a desperdiciarla.

—Supongo que me lo merezco. No había sentido algo así por ninguna mujer antes. Lo nuestro me tomó por sorpresa —confesó, nervioso.

—¿Qué estás tratando de decirme, Hunter?

Durante un instante, él titubeó. Extendió la otra mano hacia ella. El hecho de que Selma no apartase las suyas, le dio esperanza. La sensación le traspasó la piel y lo estremeció por completo.

—Te quiero —confesó—. Creo que te he querido siempre, incluso antes de conocerte. Me dejé llevar por mi lado racional, olvidando que el amor no sigue ninguna lógica ni estadísticas, ni dudas existenciales.

Los ojos de Selma brillaron de emoción.

—Tenía miedo. Tengo miedo —se corrigió— de que un día desaparezcas de nuestras vidas o nos alejes de ti. Ya lo he vivido antes y no creo que pueda soportarlo de nuevo. Pero desde hace unos días, me pregunto: ¿qué es la vida sin riesgos? Por mi profesión yo debería saberlo mejor que nadie. Sin embargo, no es así.

Él acortó la distancia lo suficiente para que Selma se viera obligada a echar la cabeza atrás.

—No te vayas. Arriésgate conmigo y con Mark. Sé que te estoy pidiendo mucho...

—La verdad es que no tanto. —La expresión de Selma se suavizó al ver cómo Hunter levantaba una ceja, claramente sorprendido—. Olvidarte sería una forma de morir, soy consciente de ello.

—No sé si te sigo —dijo él, confundido.

Selma no tuvo que pensar demasiado las siguientes palabras:

—Sí, me arriesgaré, Hunter. Tú acabas de hacerlo, ¿por qué no yo?

Él le acarició lentamente la mejilla con el dorso de los dedos, disfrutando de su tacto, de su suave piel. Luego le habló muy cerca. Los ojos, intensos y claros de ella brillaron.

—No te arrepentirás, te lo prometo.

No podía vivir sin él. No quería.

—Me muero por besarte.

Selma se mordió el labio inferior para ocultar una sonrisa.

—¿Y a qué esperas para hacerlo?

Él sonrió a su vez. Estaba preparado para hacer frente a su presente y todo lo que tuviera que llegar. La tomó de la barbilla, sin dejar de mirarla a los ojos. En aquella mirada tenían cabida tantos sueños y amor que quedó maravillado. La atrajo hacia sí, los labios de ella temblaron y la magia surgió. La besó despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Sentirla fue una

sensación increíble y fascinante. Selma lo había salvado de su monótona y aburrida vida, había dado luz a su existencia. Se separó lo suficiente para mirarla a los ojos y vio que la magia seguía allí. Es todo lo que necesitaba encontrar. Buscó de nuevo sus labios, hambriento, y la besó ansioso, con tanta fuerza que ella se arqueó un poco hacia atrás. Un gemido escapó de la garganta de Selma.

Hunter se quedó a unos milímetros de sus labios.

—Por cierto, tienes la boca más sexy que he visto nunca —dijo, buscando su boca y saboreándola.

—Eso es bueno.

Selma sonrió y se perdió en su mirada, estaba claro que los ojos de Hunter no sabían guardar secretos.

—Antes de ti nada tenía sentido, simplemente respiraba para vivir —confesó ella, abandonándose a la sensación.

—¿Y ahora? —susurró él, a punto de perderse de nuevo en sus labios.

—Un día sin vosotros es un día perdido. Ha sido duro aprenderlo.

Hunter la atrajo hacia su torso, acarició su espalda y la besó de nuevo, de una forma concienzuda y experta. Daba la impresión de que nunca se saciaba de ella. Y eso le asustaba y le atraía a partes iguales. Quería recuperar el tiempo perdido, a su encantadora y fascinante Selma.

Todo lo demás podía esperar.

—Diez días máximo —dijo él reticente, cuando se obligó a apartarse de sus labios.

—¿Diez días? —Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa? —Su propuesta la dejó sin aliento—. Espero que no tengas que pensarlo mucho.

Selma dejó escapar una risa nerviosa.

—Es una decisión importante.

—Sí, lo es. Pero no tienes que responder ahora —dijo Hunter, acariciando suavemente su rostro—. Puedes hacerlo cuando estés preparada.

Dejó que sus dedos se enredaran en sus cabellos y esperó pacientemente. Podría soportarlo todo menos perderla.

—Ya he malgastado demasiado tiempo —Elevó las manos y le enmarcó la cara—. Sí, quiero, Hunter. Ahora y siempre.

El mundo de Hunter volvió a cobrar sentido.

—Quiero hacerte feliz —dijo, estrechándola entre sus brazos—. Quiero ser el mejor marido y el mejor padre. ¿Crees que podrás organizar una boda en diez días o menos?

La sonrisa de ella se ensanchó.

—El vestido no es problema. Así que sí.

—Perfecto, porque no creo que pueda esperar ni un segundo más.

Selma se sintió reconfortada por el calor de los brazos de Hunter. Ahí estaba su verdadero hogar, no necesitaba un ático ni una empresa. Con él, había encontrado todo lo que siempre había anhelado: amor, protección y una familia.

—Deberíamos hablar con Mark —sugirió Selma.

—Estoy aquí —dijo el niño con una sonrisa pícar—. Deberíais dejar de besaros ya, dais asco.

Ambos rieron ante la ocurrencia del niño.

—Hey, ¿cuánto tiempo llevas ahí, campeón?

—Más que suficiente.

—Mark, Selma y yo queremos preguntarte algo.

—¡Sí, quiero! —exclamó el niño corriendo hacia ellos con los brazos abiertos.

Selma se agachó y abrazó al pequeño, sintiéndose completa al hacerlo.

Mark sonrió, complacido y feliz. Estaba seguro de que las pesadillas ya no tendrían cabida en su vida.

Había suficiente amor allí para vencerlas al fin.

FIN



CORAZÓN Y CORAJE

Tras la muerte de su mejor amiga, Jules Suvari tendrá que retomar las riendas de su vida y hacer frente a sentimientos encontrados con respecto a lo que siente por Matt, el marido de Sarah.

Sin estar preparada, deberá tomar decisiones que enfrentarán a la razón y al corazón.

Hacerse cargo de la familia de su amiga es una batalla que no está dispuesta a perder.

Matt Killmer es un militar que trabaja para las fuerzas especiales. Cuando le hieren en una misión y regresa a casa, se encuentra que su vida es un caos aún mayor de lo que suponía. Y, por si fuera poco, Jules, la amiga de su esposa, se está haciendo cargo de su familia.

Convivir con la tentación y la obligación es peor que luchar en un campo de batalla.

[SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ](#)



HIELO Y CORAJE

Harper Foster lleva una vida tranquila en el pintoresco pueblo de Midway, trabajando en la librería local y guardando un secreto que solo comparte con su amiga Jules. Su determinación de mantenerlo oculto se pone a prueba cuando Dave Suvvari, el hermano de Jules, entra en escena.

A medida que la pasión crece y los sentimientos se intensifican, Harper se encontrará con una situación que puede cambiar su vida para siempre. ¿Podrá superar sus temores y enamorarse? ¿O dejará escapar la oportunidad de encontrar la felicidad junto al hombre que nunca esperó encontrar en su camino?

Dave Suvvari, exjugador de *hockey*, retirado debido a una lesión en la rodilla, vive con desconfianza hacia Harper Foster, la amiga de su hermana Jules. Harper es hermosa pero enigmática, su pasado y secretos desconocidos lo intrigan y mantienen en vilo. Sin embargo, todo cambia cuando un día Harper le hace una propuesta que él no puede rechazar.

[SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ](#)

YOLANDA REVUELTA

ORGULLO & CORAJE



ORGULLO Y CORAJE

A veces, enamorarse de tu mejor amigo puede no parecer la mejor idea, pero ¿quién decide cuándo y cómo se encienden las llamas del corazón? ¿Cómo puedes decir adiós a lo que más amas en la vida? ¿Cómo continúas respirando después del dolor?

Adéntrate en una historia emocionante donde el vibrante mundo del *hockey* sirve como telón de fondo para una lucha contra la adversidad y una batalla constante contra las expectativas sociales. A través de los desafíos y los momentos más oscuros, Gray y Miller aprenden una lección invaluable: no se elige a quién amar, pero sí se elige cómo afrontar esos desafíos en nombre del amor.

¿Serán capaces de enfrentarse a su destino con orgullo y coraje?

Descubre una historia apasionante que te recordará que el amor no siempre sigue las reglas y que, a veces, lo inesperado puede conducir al camino más extraordinario de todos.

[SI LO QUIERES PINCHA AQUÍ](#)

YOLANDA REVUELTA



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los

protagonistas de Tempestad Salvaje, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio “un amigo es un tesoro”, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Actualmente cuenta con veinticuatro novelas publicadas y sigue buscando historias que contar.

Su lema: «*Los sueños se cumplen si no los abandonas*» es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

El país de los vientos fríos.

Un instante eterno.

El silencio antes del invierno.

Silencio letal.

Despertar en tu mirada.

Perdido en la tormenta (Esencia Irlandesa).

El infierno lleva tu nombre.

Espíritu Guerrero.

Tormenta de viento y ceniza.

Histórica:

Preludios del pasado.

Vientos de otoño.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino.
- Caricias del poder.
- Caricias del ayer.

Bilogía Skye:

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

Trilogía coraje:

- Corazón y coraje.
- Hielo y coraje.
- Orgullo y coraje.

Colección Delicatessen:

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.
- Mentiras legales.

Colección Delicatessen:

- El espíritu del Alce.
- Regreso a Wolcott.
- Un refugio en Lake House.
- Nuevos tiempos.
- Promesas rotas.

Serie Lake House:

El espíritu del Alce.

Regreso a Wolcott.

Un refugio en Lake House.

Nuevos tiempos.

Promesas rotas.

Me puedes encontrar en:



**YOLANDA
REVUELTA**

LOS SUEÑOS SE CUMPLEN
SI NO LOS ABANDONAS